

EL TEIDE, DE LA VISIÓN MÍTICA A LA REAL

Aún en estos tiempos en los que prácticamente nada asombra, en la medida en que todo, o casi todo, ha sido previamente conocido por el hombre a través de los nuevos medios de comunicación (ya sean relatos, fotografías, postales, documentales, películas, incluso páginas webs) hay ciertas maravillas de la naturaleza que siguen despertando el asombro en el viajero o turista cuando se acerca a ellas. Una de esas maravillas es la montaña del Teide. Su imagen se ha visto miles de veces por todos lados, muchas de ellas han viajado alrededor del mundo, pues es el reclamo fotográfico preferido por el turista, es el tema dominante en las tarjetas postales, incluso publicitario en un gran número de empresas de Tenerife. Pero a pesar de todo, el Teide nunca será imaginado bien por quien no lo haya contemplado en la realidad desde cualquiera de los ángulos posibles. Por otro lado, el Teide estaba irremediablemente destinado a protagonizar un papel de primer orden en la historia cultural y científica de Europa y de Canarias, hasta tal punto que, sin su presencia en las islas, muchas de las visitas a Tenerife de los más destacados viajeros, navegantes y naturalistas no se hubiesen realizado. Si no todo, gran parte de ese reconocimiento universal se le debe pues a su legendaria historia. Una historia que bien pudo haber comenzado en la época clásica si consideramos que las referencias de algunos autores grecorromanos al Atlas pudieran haberse referido a él. El asombro por la montaña volcánica de Tenerife es tan antiguo como su constatación misma, pues el Teide es uno de los mitos geográficos más importantes de la historia.

La literatura de viajes ofrece numerosos relatos sobre el icono Teide. La literatura se convierte en historia en la medida en que la consideramos la más importante fuente para el estudio histórico del volcán. Vamos a acercarnos a la evolución de la iconografía de la montaña de Tenerife, sin pretender abarcar en su totalidad un tema tan ampliamente ocupado no sólo en la literatura de viajes sino en la literatura en general.

EL TEIDE, EL MUNDO ABORIGEN Y LOS PRIMEROS EUROPEOS

El Teide era la morada de referentes míticos para los aborígenes isleños, aquellos hombres que no atinaban a comprender los fenómenos de la naturaleza, un asombro propio del primer estadio del proceso de evolución cultural de la humanidad. Durante miles de años, el hombre primitivo, tal vez por miedo e impotencia, tuvo que convivir con la creencia de que los fenómenos de la naturaleza estaban sometidos a los caprichos de los dioses. Cuando algo le desagradaba a estos, vertían sus iras provocando terribles tempestades, terremotos y erupciones volcánicas. En algunas culturas, como las circunmediterráneas, las montañas poseyeron un carácter sagrado, pues establecieron una relación de las mismas con los Seres Supremos.¹ Por eso, en Tenerife el Teide era para los primitivos pobladores de la isla un lugar de horror, ya que sus erupciones eran señales de la furia generada por el Maligno Guayota, el dios malo que habitaba en su interior e identificado así con los infiernos y el dios de los muertos.² El Teide se había recubierto de un carácter demoníaco en la cosmogonía de nuestros aborígenes, no sólo

¹ TEJERA GASPAR, Antonio. *Las religiones preeuropeas de las Islas Canarias*. Ediciones del Orto. Madrid, 2001. Pág., 27.

² VIERA Y CLAVIJO, José. *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*. 2 vols. Goya. Santa Cruz de Tenerife. 1971. Pág, 162.

de Tenerife sino de las otras islas. Según Tejera Gaspar, existen determinadas manifestaciones religiosas en La Gomera, El Hierro, La Palma y Gran Canaria que tienen como referencia el Teide.³

A pesar de las numerosas leyendas y supersticiones de los antiguos habitantes de las islas sobre el Teide, los aborígenes guanches convivieron con él, y aunque conocían la violencia de sus erupciones lo integraron no solamente a sus creencias religiosas sino también a su cultura. Las Cañadas fue utilizada por los pastores en la ruta de la trashumancia, trasladando los rebaños para aprovechar la retama durante la primavera y los primeros meses del verano y los montes de La Orotava durante los meses de otoño. Fue la primera ocupación humana de esa región silenciosa e inhóspita.⁴

Quizás las primeras noticias sobre el Teide se encuentran en la época clásica. Algunos escritores y geógrafos grecorromanos imaginaron el Monte Atlas o el Monte Atlante en Hesperia (era lo mismo que Canarias).⁵ Al estar las islas a escasos kilómetros de la costa africana -era el linde más lejano del mundo antiguo-, es prácticamente imposible que fuesen desconocidas en la Antigüedad, ya fuesen el lugar donde eran trasladadas las almas de los héroes difuntos, realmente como la morada de las Hespérides, el escenario de una de las hazañas de Hércules, el jardín de Atlas, Rey de Mauritania, donde crecían las manzanas de oro custodiadas por el dragón, las cimas de una cordillera que emergen lentamente o los restos del sumergido continente de la Atlántida, mencionado en otras fuentes, o por ser el Pico el Monte Atlas de la mitología, cosa que es muy probable. Son casi visibles desde el Cabo Juby en Marruecos y es muy difícil que los buques que navegaban cerca de la costa de África no las avistaran tarde o temprano. Es muy posible que Hannón, el Cartaginés, del que se cuenta que circunnavegó alrededor de gran parte de África alrededor de los años 600-500 a.C., pudo divisar el Teide; al igual que una expedición fenicia que abandonó el Mar Rojo aproximadamente en el año 680 a.C., por orden de Necho, rey de Egipto; giraron por el Cabo de Buena Esperanza y regresaron por los Pilares de Hércules o por el Estrecho de Gibraltar.

Alexander von Humboldt reflexionó sobre el origen del imaginario griego del Teide y la autenticidad de la identificación del Atlas con el Teide que ofrecen algunos relatos y testimonios de la antigüedad. Lo razona de la siguiente manera. Los fenicios visitaron, entre otros muchos lugares, las islas Canarias. Allí les apareció el Pico de Tenerife, que, aparte de su altura real, se mostraba más elevado por alzarse con cierta pomposidad de la superficie del mar por encima de las nubes. Por mediación de las colonias que los fenicios establecieron en Grecia, los griegos tuvieron noticias de esta montaña tan elevada por encima de las nubes, como de las islas Afortunadas. Las tradiciones fenicias se propagaron con los cantos de los bardos, pueblos con los que había comercializado, y llegó hasta Homero. Homero habla de un Atlas que conoce todas las profundidades del mar, y sustenta las grandes columnas que separan el cielo de la tierra; pinta los Campos Elíseos como una deliciosa comarca situada al occidente. En términos parecidos se expresa el poeta Hesíodo, también en el siglo VII, acerca del Atlas y le supone vecino de las ninfas Hespérides; coloca los Campos Elíseos en el

³ TEJERA GASPAR, Antonio. *Op. Cit.* Pág., 31.

⁴ Sobre la trashumancia en las Cañadas del Teide véase Manuel J. Lorenzo Perera “Datos para el estudio del pastoreo en las Cañadas del Teide (isla de Tenerife, Canarias)” en *Homenaje al Profesor Dr. Telesforo Bravo*, T-II. Universidad de La Laguna.

⁵ VIERA Y CLAVIJO, José. *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*, vol. I. Págs., 221-223. Bory de Saint-Vincent, J.B.G.M. *Ensayos sobre las islas afortunadas y la antigua Atlántida o compendio de la historia general del archipiélago canario..* J.A.D.L. La Orotava, 1988. Pág., 226. Véase también los trabajos de Marcos Martínez, *Canarias en la mitología, y las islas Canarias de la antigüedad al renacimiento*. C.C.P.C, años 1992 y 1996.

límite occidental de la Tierra y los llama islas de los Bienaventurados. Los poetas que siguieron pusieron nuevos adornos sobre estos mitos del Atlas, de las Hespérides, de sus manzanas de oro, de las islas de los Bienaventurados, morada prometida al hombre justo para después de su muerte, y enlazaron con esto las expediciones de Melicerto, el Hércules griego, adorado entre los sirios como el dios del comercio. En términos parecido también se manifestó el historiador Heródoto en el siglo V.

Sólo muy tarde fue cuando los griegos comenzaron a rivalizar, como navegantes, con los fenicios y los cartagineses. Es verdad que visitaron las costas del océano Atlántico, pero parece que no se aventuraron en ellas, y es casi seguro que nunca vieran las islas Canarias y el Teide. Las tradiciones populares y los poetas representaban el Atlas como un monte muy alto, situado en el extremo occidental de la Tierra, y creían que debían de buscarlo en la costa occidental de África. Allí lo colocaron los geógrafos posteriormente Estrabón y Ptolomeo, entre otros. Sin embargo, como no se encontraba montaña alguna aislada de gran elevación en la parte noroeste de África, hubo mucha dificultad para determinar de manera precisa la verdadera posición del Atlas, y ya se le buscaba en la costa, ya en el interior del país; algunas veces se le suponía próximo al Mediterráneo, otras se le tenía por más hacia el Sur. En fin, en el siglo primero de la era cristiana, cuando los ejércitos romanos penetraron en el interior de Numidia y de Mauritania, prevaleció la costumbre de dar el nombre de Atlas a la cadena de montañas que atraviesa el África septentrional de Oeste a Este en dirección casi paralela a las costas del mar Mediterráneo. Plinio el Viejo y posteriormente Solino se dieron cuenta de que las descripciones del Atlas hechas por los poetas griegos y romanos no correspondían a dichas montañas, y creyeron firmemente que el Atlas de Homero y de Hesíodo era el Pico de Tenerife, el Teide.

Los árabes navegaron por el Mediterráneo y el Atlántico y es de suponer que conocieran las islas, aunque difícilmente se puede certificar que las visitaron. Incluso alcanzaron unos conocimientos y una práctica náutica de cierto nivel, pero en absoluto fue un pueblo que brillara por su cultura marinera. Edrisi, geógrafo árabe (1099-1164), cita a Raccamel-Avez para certificar que, con tiempo despejado, el humo que emitían las islas de los dos hermanos magos, Cheram y Cherham (nótese la semejanza con *Cheyde* o *E'Cheyde*, el nombre guanche del Teide), era visible desde la costa africana; un hecho que Alexander von Humboldt (en su obra *Cosmos*) demostró que era matemáticamente correcto. En otros escritos, las islas son conocidas como “Gezagrel Khalidal” y “Aljazir-al-Khaledat”, traducido como las Islas Alegres o Afortunadas.⁶

Pero, la auténtica historia del Teide corre pareja con el acontecimiento histórico del paso del hombre más allá de las Columnas de Hércules. A partir de entonces se pasa del conocimiento mitológico al conocimiento real del Teide. Lo imaginario de la montaña de Tenerife queda eclipsado cuando los primeros navegantes por el Atlántico se acercan a tierras isleñas y éstas se incorporan en el relato escrito. Sin embargo, ese primer contacto estaba lleno de recelos, en consonancia con el terror y la superstición que se tenía a las montañas en la época. Un profundo temor se apoderó del poeta italiano Dante Alighieri cuando en su viaje imaginario a los tres reinos de ultratumba traspasa la barrera del estrecho de Gibraltar, límite permitido por Hércules. El mismo temor, pero ahora real, le sucedió a aquellos navegantes que contemplaron el Teide cuando se acercaron a la isla y que parece ser la primera referencia clara sobre la montaña. La escribió el humanista Giovanni Boccaccio (1313-1375). Boccaccio tuvo conocimiento del viaje que realizaron Angiolino del Tegghia de Corbizzi y Niccoloso de Recco a las Islas

⁶ BROWN, Alfred Samler. *Breve historia de las islas Canarias*. Excmo. Ayuntamiento de La Orotava, 2001. Pág., 9

Canarias en 1341 y lo publica en latín en su tierra natal.⁷ Los viajeros dieron la vuelta a la isla de Tenerife y al observar que veían por todas partes el Teide dominando el paisaje, no se atrevieron a desembarcar por el temor que les producía. El texto de Boccaccio pone de manifiesto el terror y la superstición que se tenían de las montañas en la época.

El veneciano Alvise da Ca' da Mosto (1432-1480) destaca cuando visitó las Canarias en 1455 el carácter violento del Teide por sus permanentes gases y vapores procedentes de su cráter, razón por la cual los guanches lo llamaron Echeyde (*Infierno*) y en la cartografía y literatura antiguas a Tenerife se le denominaba “Isla del Infierno”. En efecto, los primeros portulanos y representaciones cartográficas de las islas atlánticas como los de Pizigani (1367), Bartolomeo Pareto (1455) o Grazioso Benincasa (1470) se utilizan el sustantivo “Infierno” para indicar la isla, aunque el último ya señala entre paréntesis *Tenerifa*. El Teide fue, pues, identificado como uno de esos lugares que los mercaderes y viajeros no se atrevían a desafiar.

Es difícil afirmar cuando fue la primera ascensión al Teide. Según George Fenner, un viajero inglés que salió el 10 de diciembre de 1556 del puerto de Plymouth rumbo a Guinea y las islas de Cabo Verde y visitó Tenerife el 28 del mismo mes, afirmó que nadie había subido hasta su cima. Por su imponente altitud se crea un nuevo mito en torno a la montaña de Tenerife: se le considera la más alta del mundo. En efecto, su colosal aspecto por encima de las nubes en forma de rapadura de azúcar y su dominante posición en el océano fueron motivos para ser considerado desde los primeros años de la navegación hacia el sur como la montaña más alta del mundo.

Como consecuencia del descubrimiento de nuevas tierras y el desarrollo de los nuevos conocimientos geográficos y científicos en los primeros años de la expansión europea (XV-XVII), la cartografía comenzó a ofrecer los litorales hasta entonces menos definidos, la flora, la fauna y dibujo de los accidentes naturales, destacando las cadenas montañosas. Es en este período, y no antes, cuando el icono del Teide comenzó a ser representado. Pero los cartógrafos pintaban o dibujaban los accidentes geográficos basándose en los vagos relatos y descripciones que depositaban los viajeros y comerciantes a su regreso de las travesías. Sus representaciones estaban fuera del horizonte perceptible de las cosas. Por eso, muy probablemente por la consideración del Teide como la montaña más alta del mundo se originó en la iconografía renacentista y barroca una forma de representación muy singular, como “una montaña picuda en forma de diamante que está siempre ardiendo”, según Ca' da Mosto; Guillaume Coppier (1645) lo considera semejante una roca escarpada, razón por la cual la montaña de Tenerife es inaccesible, o como un “montón de rocas amontonadas en forma de pirámide”, según John Atkins, casi un siglo después. Esta forma de representar al Teide como una roca elevada fue bastante difundida en los siglos XVI y XVII, y figuró como grabado en la ilustración de algunos de los libros de viajes más populares de la época, como en el de John Ogilby, *África* (1670) o el de Oliver Dapper, *Nueva descripción de las islas de África* (1676), a quien se le atribuye la autoría de uno de los varios modelos que circularon por Holanda, Inglaterra e Italia. Esa montaña picuda traspasaba la región sublunar del universo según la dominante concepción cosmológica de Aristóteles. El aristotelismo entendía que los cuatro elementos (el fuego, el aire, el agua y la tierra) estaban dispuestos en esferas concéntricas. Los dos primeros son ligeros y ascienden por naturaleza, encontrándose la del fuego por encima del aire. El Teide es demasiado alto, sobrepasando la primera región del aire, según afirmación de Valentín Fernandes (1506), aproximadamente en la región media del aire, según André Thévet (1555). A pesar de que el modelo escolástico de las ciencias había comenzado a ser cuestionado en

⁷ BERTHELOT, S. y WEBB, P. *Histoire Naturelle de Îles Canaries*. Béthune Editeur. París. T-I, V-I. Pág., 22.

el siglo XVII, algunos de los viajeros del setecientos todavía conservaban la percepción de la región sublunar del universo. Para Edward Barlow (1676) el Teide se encontraba en la región del fuego.

Curiosamente esta imagen iconográfica extranjera, producto de la imaginación del geógrafo o cartógrafo elaborada a través de los textos de los viajeros, va estar contrapesada por otra mucho más real elaborada por Leonardo Torriani (1588), ingeniero militar de Cremona enviado a Canarias por Felipe II para cartografiar las islas con objeto de trazar la defensa de sus costas. Torriani elaboró dos mapas de la isla, uno de ellos responde a una cartografía individualizada de Tenerife donde el Teide se representa sobresaliente entre otras montañas de la isla. Es la otra versión, la del que ha visitado la isla

También esta imagen “rocosa” convivió con una representación del Teide en disposición plana y zonal sobre la silueta de la isla, como lo plasmaron los holandeses J. Jonsson en 1650 y J. Van Keulen en 1683. En ambos casos estaba muy lejos de aproximarse a la realidad, era una imagen formada por su observación desde el mar. Hacia las últimas décadas del siglo XVII y principios del siglo XVIII, las islas comenzaron a ser representadas con la topografía de sus accidentes naturales, iniciándose así la aparición del relieve donde la silueta vertical del Teide se divisaba, aunque sin proporción real, y sin escala. Para darle mayor realce, solía representarse con las fumarolas que se desprendían de su cráter dibujadas en su cima, en ocasiones coloreadas en rojo, tal como lo realizó P. Du Val d’Abbeville en 1653.

La imagen del Teide elaborada por los navegantes medievales y primeros renacentistas europeos se mantuvo hasta que definitivamente en 1776 Jean Charles Borda estableció su altura en 3.712,8 metros, la altitud más próxima a la real (3.718 metros).

El Teide se va a convertir en un «reclamo turístico» de primer orden, es decir, se convertiría en un lugar deseado de visitar por cuantos viajeros cruzaban las aguas canarias. El mismo daba fama y proyección europea a Tenerife, y en general a Canarias, en la medida en que “orientaba a los navíos en su ruta por la costa de África”, afirma el botánico francés Michel Adanson. Los viajeros y navegantes renacentistas (Richard Hawkins, Thomas Herbert, John Barbot, entre otros) resaltaban el amplio conocimiento que existía de la montaña de Tenerife, sobre todo entre las naciones hegemónicas en el mar (Inglaterra, Holanda, Francia y España). El papel orientador del Teide en estos tempranos años de la navegación atlántica le proporcionaba categoría cultural entre las naciones europeas. Todavía en el siglo XVII se podía contemplar desprendiendo «fumarolas en llamas, las venas del azufre ardiendo, que las gentes llaman caldera del diablo», producto de su extraordinaria actividad volcánica, tal como la vio Thomas Herbert en 1624. Esta imagen violenta del volcán no era percibida por todos. Algunos años después de Herbert, 1683, Allain Manesson Mallet insinúa que las llamas que en otros tiempos eran frecuente ver en la cima de la montaña ya no se veían.

La concepción guanche de la montaña, identificada con los infiernos, convivía con una visión repulsiva de la misma, pues las montañas de gran altura se consideraban semejantes a monstruos de la naturaleza, fenómenos aterradores y nada favorable para el hombre civilizado. El Teide en particular era además asentamiento de aborígenes salvajes y delincuentes. El viejo arquetipo utilizado por los europeos para definir a los otros habitantes del globo es puesto de manifiesto por los primeros visitantes a las islas.⁸ Al respecto son significativas las palabras de André Thevet, que afirma “que tanto en la cima como en la base de esa montaña queda algún residuo de aquellos canarios salvajes

⁸ Bartra, Roger. *El salvaje artificial*. Destino. Barcelona, 1997. Pág., 118

que se refugiaron allí y se adueñaron de la montaña, alimentándose de raíces y de carne salvajina, que saquean a quienes quieren reconocer el terreno y se acercan para explorar la montaña”. Elocuente es también el escrito de Gregorio Leti, un biógrafo de Felipe II. Para él, el Teide era un lugar indeseado por el tipo de personas que lo frecuenta. Leti dijo: «Hay en Tenerife una montaña tan inconmensurablemente alta, que es imposible treparla sin grandes dificultades. Desde entonces se cree que es la montaña más alta del mundo. De todas maneras, se dice que desde su base hasta lo alto se encuentran las moradas de unas gentes, absolutamente salvajes y crueles, más parecidos a bestias salvajes que a personas razonables».⁹

EL TEIDE EN LA *ROYAL SOCIETY* DE LONDRES

Además de implicaciones religiosas y supersticiosas, incluso económicas, el Teide adquirió protagonismo intelectual en el hombre de la época. En el ocaso del Renacimiento europeo, la montaña de Tenerife se va a convertir en un reclamo de primer orden, un lugar deseoso de visitar por los viajeros que divisaban su silueta sobre el mar de nubes en el horizonte. Se sentían fascinados y asombrados por su grandeza, a la vez que les invitaba a su ascenso. A partir del siglo XVI, pero sobre todo en el siglo XVII, realizar excursiones de exploración hacia el interior de la isla, fundamentalmente para intentar subir la montaña más alta entonces conocida, era una de las mayores ilusiones, aunque difícilmente alcanzable por el escaso conocimiento de la isla y en particular por el respeto que imponía el Teide. Un ejemplo de esa nueva sensibilidad del hombre renacentista lo tenemos en el jesuita inglés Thomas Stevens, que a su paso por Tenerife entre los meses de abril y mayo de 1579, mostró el placer que sentiría si pudiera obtener esa hermosa vista del mundo desde lo alto de la montaña de la isla de Tenerife. Esta nueva sensibilidad despertada en estos siglos nos ha conducido en ocasiones a considerar a algunos extranjeros los primeros en ascender al Teide por el simple hecho de haber residido en la isla o hablado de él. Se ha afirmado con frecuencia que Thomas Nichols hizo una ascensión al Teide; uno de los autores de este trabajo consideró en su momento que Thomas Stevens subió al Teide; o el más confuso de todos, Edmond Scory. Sin embargo, un acercamiento concienzudo a sus textos nos revela que ninguno de los tres subieron al Teide. Si consideramos como correcta la afirmación de George Fenner, según la cual aún en 1556 nadie había ascendido al Teide, se deduce que Thomas Nichols no la hizo en la medida en que la estancia del inglés en Tenerife se realizó en las primeras décadas del siglo XVI. Consideremos también a Edmond Scory. Todo un cúmulo de afirmaciones erróneas del inglés demuestra que difícilmente pudo haber subido al Teide. Como bien señala Buenaventura Bonnet, es errónea la afirmación de que a la mitad del Teide hace un frío intolerable, mientras que en la cima y en su pie hace un calor irresistible, tampoco es cierto que el Sol aparezca más pequeño desde la cima del Teide, ni que el calor de este astro sea irresistible, como tampoco es exacto que sobre el Teide no llueva ni sople el viento jamás. Escory nos habla que el interior del cráter es un abismo, cuando conviene recordar que está cubierto y ya los primeros viajeros descendieron a él. Algunos, como Vincent Le Blanc (1648), llegaron a insinuar que no solamente se divisan todas las islas desde su cima sino que también se puede ver la isla *Encantada* o *No Encontrada*.

En general, la crisis del siglo XVII antes, durante y después de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) sacudió la estabilidad interna de las mayorías de los gobiernos europeos. Una atmósfera de desorden y violencia se prolongó a lo largo del

⁹ VIERA Y CALVIJO, José. *Op.Cit.* Pág, 223.

siglo. La guerra desempeñó un papel cada vez más importante y el poder militar fue considerado esencial para la reputación y autoridad de un gobernante, y por añadidura de una nación.¹⁰ Tal vez por la desconfianza y tirantez entre las naciones, tal vez por la necesidad de estabilizar las adquisiciones realizadas, tal vez por la preocupación dominante de la explotación de los nuevos mundos,¹¹ o tal vez por la inseguridad en los mares como consecuencia de la piratería dominante, el siglo XVII fue un siglo de escasez de viajes.

Sin embargo, desde mediados del mismo siglo XVII, se produce un cambio en el desarrollo de las ciencias que afecta decisivamente en la percepción del mundo. En esta centuria la gran preocupación científica fue la astronomía, pues era la ciencia que necesitaba desarrollarse para facilitar la navegación. Con su desarrollo, las viejas teorías aristotélicas sobre la astronomía y la mecánica comenzaron a dejar de ser útiles, de tal manera que las fuertes críticas a ellas las dejaron heridas de muerte. Las revoluciones científicas iniciadas con Copérnico, Kepler, Galileo y Newton dieron al traste definitivamente a la vieja ciencia aristotélica para inaugurar una nueva, con nuevos problemas: se acentúa la observación como principio cognitivo, la experimentación constituye la base de la técnica, se delimita el campo de la ciencia y la magia, incluso entre ciencia y religión. A partir de este momento se pasa de vagas especulaciones a formas racionales de acercamiento a las montañas, las cuales fueron vistas como objetos bellos porque la gente empezaba a ver sin temor la naturaleza.¹² El Teide se proyecta como una montaña a investigar y a experimentar la sensación que produce su ascenso, pues los cambios que se estaban operando provocó también un cambio en la mentalidad de la gente.¹³

Es el siglo de la aparición del barómetro, el instrumento que posibilitó la medida de la altura de las montañas, el incremento de la capacidad del hombre en interpretar el entorno e influir con su actuación en el planeta,¹⁴ la erupción del Etna en 1669 y otra serie de circunstancias despertaron aún más el interés entre los naturalistas y filósofos de finales del siglo XVII por el estudio de la superficie terrestre y la formación de las montañas y volcanes, que culminaría en el siglo XVIII. A pesar de que la botánica es la ciencia de moda a lo largo del siglo, la geología adquirió protagonismo, de tal manera que a finales del siglo XVII el estudio de la naturaleza terrestre y muy especialmente la génesis de los volcanes adquiere importancia en la ciencia europea. Según la mentalidad de la época, la tierra y las montañas son aspectos de la naturaleza a estudiar, pues en ellas se encuentran los elementos y minerales que marcan el ritmo del progreso. En sus interiores se encierran los tesoros que el hombre estaba llamado a descubrir. Y fue precisamente el Teide, el *Pico de Tenerife*, como se le conocía en siglos pasados, la primera de las montañas volcánicas que llamó la atención a la *Royal Society* de Londres, fundada oficialmente en 1662 bajo los auspicios de Carlos II, que además de responder a las nuevas actitudes culturales, intelectuales y psicológicas surgidas a raíz del avance de la ciencia, trataba de favorecer el desarrollo mercantil de la nación. Precisamente, uno de los dos secretarios adjuntos de la sociedad era Henry Oldenburg, un negociante burgués con amplias conexiones con el continente.¹⁵

¹⁰ SPIELVOGEL, Jackson J. *Civilizaciones de Occidente*. 2 vols. Thomson, E. México. 1997. v.ii. Pág., 514.

¹¹ MARTÍNEZ SHAW, C. Y Alonso Mola, M. *Europa y los nuevos mundos en los siglos XV-XVIII*. Síntesis. Madrid, 1999. Pág., 133.

¹² BOWLER, Peter J. *Historia Fontana de las ciencias ambientales*. FCE. México, 1998. Pág., 101.

¹³ *Ibidem*. Pág. 80.

¹⁴ LÍTER, C., Sanchís, F. Y Herrero. *Op. Cit.* Pág., 39.

¹⁵ MASON, Stephen. *Historia de las ciencias. La revolución científica de los siglos XVI y XVII*. Alianza. Madrid, 1985. Pág., 176.

En la medida en que las compañías mercantiles y los comerciantes ingleses estaban estrechamente conectadas con la investigación de la naturaleza (Inglaterra comprendió desde el primer momento que los problemas de la navegación y el desarrollo de la agricultura dependían del avance de las ciencias), la familiaridad de las islas entre los viajeros, factores y residentes de Inglaterra en la isla y el espíritu emprendedor y explorador del pueblo inglés, no era de extrañar que fueran los ingleses los protagonistas en la tarea de realizar la primera de las mayores excursiones al Teide. Se trata de la realizada por los mercaderes Philips Ward, John Webber, John Cowling, Thomas Bridges, George Cove y un tal Clappham. La fecha de la ascensión no está nada clara. Según el Register I, pp. 36 de la nota 200 de la *History of the Royal Society*¹⁶, el ascenso se produjo en agosto de 1646. Wölfel lo sitúa en 1650. Charles Edwardes señala que tal excursión se realizó en tiempos de Carlos II.¹⁷ Al parecer, tales caballeros obtuvieron un permiso especial de la embajada de España en Londres para realizar experimentos en el Teide. Independientemente de la fecha, sus testimonios son de gran interés, pues nos encontramos entre los primeros viajeros comerciantes que hablan de la gran cantidad de piedras sueltas azuladas que se encuentran en el cráter, además de poseer un herrumbre amarillo que era típico del cobre y el vitriolo. Era el azufre, conocido con el nombre de nitrón, la base del ácido sulfúrico, considerado como el ácido universal («universal» en el sentido de ser el principal ácido presente en todas las sustancias que manifestaban propiedades ácidas).¹⁸ Azufre, nitro y vitriolo van a aparecer como los elementos químicos que marcarían el interés por el Teide. La excursión al Teide de estos comerciantes la incorporó en su historia de la *Royal Society* de Londres, Thomas Robert Sprat, más tarde obispo de Rocherter y deán de Westminster. Fue la primera historia de la *Royal Society*, publicada en 1667, justo cinco años después de la fundación de la sociedad por Orden Real de Carlos II. En ella, Thomas R. Sprat detalla los acontecimientos y las causas que llevaron a fundar la institución científica y escribió que “el noble e inquisitivo genio de nuestros comerciantes ha contribuido mucho al progreso de las ciencias y al establecimiento de la *Royal Society*.” De esa manera Canarias, y más concretamente el Teide, entra en los anales de la más prestigiosa sociedad científica de la época, exactamente seis años después de su fundación. Así pues, es en el siglo XVII cuando se tiene conocimientos de las riquezas mineralógicas del Teide. A partir de esos momentos el Teide pasa a ser motivo de interés por parte de la sociedad y de toda Europa, pues la *Royal Society* constituyó hasta finales de siglo un punto obligado de referencia para la ciencia natural del Viejo Continente.¹⁹

El fin de la Guerra de Sucesión española (1701-1714) con el tratado de la Paz de Utrecht en 1713 supuso la vuelta a una calma entre los estados europeos beligerantes, aunque fuese relativa y en muy malas condiciones para algunos países, sobre todo para los imperios ibéricos, que aparte de perder territorios pierden el monopolio exclusivo del comercio americano, en beneficio de las nuevas potencias ultramarinas. Las facilidades que daba el nuevo clima de paz para la reanudación de los viajes fueron materializadas por las dos nuevas potencias rivales, Francia e Inglaterra. El Teide vivirá su edad de oro en el siglo XVIII y buena parte del siglo XIX. Las expediciones europeas hacia las islas para el estudio de la naturaleza isleña, incluida la montaña del Teide, así

¹⁶ MORALES LEZCANO, Víctor. *Op. Cit.* Pág., 93.

¹⁷ EDWARDES, Charles. *Rides and Studies in the Canary Islands*. Fisher Unwin. London, 1887. Pág., 242.

¹⁸ BROCK, William H. *Historia de la química*. Alianza. Madrid, 1998. Pág., 111.

¹⁹ REI, Darío. *La revolución científica. Ciencia y sociedad en Europa entre los siglos XV y XVII*. Icaria. Barcelona, 1978. Pág., 157.

como los largos viajes de exploración hacia los mares australes, América, Oriente, incluso África, le valieron al volcán el reconocimiento histórico.

En este contexto se realizó la otra excursión reflejada en los anales de la sociedad londinense. Se trata de la realizada el 13 de agosto de 1715 precisamente por un viajero ajeno a la sociedad, J. Edens. El texto de su viaje al Teide fue publicado por la revista de la *Royal Society, Philosophical Transactions*, bajo el título *An account of a journey from the Port of Orotava in the Island of Teneriffe to the Top of the Pike in that Island, in August last: with Observations thereon.*²⁰ Edens partió de Inglaterra a principios de agosto de 1715. Desembarcó en el Puerto de la Cruz. El martes 13 de agosto de 1715 salió del puerto norteño a las diez y media de la noche acompañado de cuatro ingleses, un holandés, algunos criados, un guía que había acompañado en repetidas ocasiones a muchos extranjeros que hicieron la excursión al Teide y varios caballos para llevar las provisiones. En La Orotava cogieron unos bastones para facilitarles la marcha. El día siguiente, a la una de la mañana, alcanzaron una montaña a milla y media del pueblo, desde donde, favorecido por la claridad de la Luna, divisaron el Pico. Edens menciona el Dornajito en el Monteverde, según él, el nombre se debe a un profundo agujero en el que cae agua pura y fresca de las montañas. También menciona la cruz de madera que los isleños la denominaban Cruz de la Solera, y desde donde tuvieron una hermosa vista del Pico. Después de cruzar Montaña Blanca el inglés ya hace mención de la llegada a la *estancia* para referirse a la *Estancia de los Ingleses*. Para él estaba a un cuarto de milla más arriba del pie del Teide por la parte este. Allí encontraron tres o cuatro peñascos duros y negros, con unas cavidades grandes para el abrigo de los viajeros. En ellos dejaron los caballos.

Una vez al pie del Pan de Azúcar pudieron contemplar aún el vapor que salía del interior del cráter. Fue el primero que dio unas medidas del diámetro del cráter. La cima del Pico era para el inglés de forma ovalal por lo menos de 140 taesas de largo y 110 de ancho y la mayor profundidad está en la parte sur. Por todos sus costados era bastante escarpado. En lo interior de la Caldera, la tierra tenía cierto parecido a la pasta; y si se alargaba adquiriría la forma de vela, que ardía como azufre, comentó. Por todos lados había agujeros ardientes “y si se levantaba una piedra había pegado bastante azufre”. Encima de los agujeros por donde salía el humo era tanto el calor que difícilmente se podía poner la mano. Edens negó que en lo alto del Teide hubiera problemas de respiración y aseguró que lo mismo respiró allí que al pie del monte y que comió con el mismo apetito. También tuvo la suerte de contemplar la sombra del Teide que desde el mar se extendía hasta La Gomera.

El Teide estará presente de nuevo en la *Royal Society* a través de tres prestigiosos miembros: los hermanos Heberden y Henry Cavendish. Los viajeros y comerciantes habían señalado la existencia de azufre y, por añadidura, nitro (nitrato potásico) en el Teide. Thomas Heberden, uno de los primeros en ocuparse por el estudio de los recursos naturales del Teide, recogió unas muestras y cuando se trasladó a Madeira, después de vivir en La Orotava 7 años, se las envió a su hermano William, el prestigioso médico de Londres que usó por primera vez el término médico angina de pecho en 1772. Thomas hizo varias excursiones al Teide y pasaba mucho tiempo buscando piedras de azufre y arcilla roja cubierta de sal para enviarlas a su hermano. En Canarias existía gran reserva de plantas barrilleras que crecían de manera espontánea en zonas costeras o salinosas y de las cuales se sacaba la barrilla. Ésta tenía un alto contenido de sales alcalinas. La comercialización de la barrilla (*Mesembryanthemum crystallinum*) adquirió mayor protagonismo en el siglo XVIII, pero Inglaterra la compraba y la

²⁰ *Philosophical Transaction*, Vol. 29 (1714-1716). Pág., 317.

conocía desde el siglo XVII. Como es bien sabido, la barrilla era la planta calí, de la cual se extraía una sal que se llamaba el álcali vegetal, muy utilizado para la fabricación del jabón, los cristales, tinte y otras aplicaciones químicas, de ahí su gran importancia en el comercio de las islas. Las sales que se encontraban en el Teide eran alcalinas, pero se desconocía su composición química. William, en la medida en que no era químico e interesado en dilucidar los componentes químicos de las piedras que le había enviado su hermano desde Tenerife, se las entregó a su amigo Henry Cavendish, un prestigioso químico de entonces y descubridor del Hidrógeno. Los experimentos realizados por Cavendish, junto con las piedras, los presenta William Heberden en una sesión de la *Royal Society*.²¹ Comunicó a los miembros de la sociedad londinense que, según su hermano, la sal que se encontraba en los bordes del cráter se llamaba *salitrón*. Era la base del natrón (carbonato sódico), que se encontraba en abundancia en las Cañadas, y que algunas veces se llamaba álcali, la sosa de hoy en día. Se creía que el natrón solamente se encontraba en Egipto, donde era utilizado para conseguir la preservación de los cadáveres en el proceso de momificación. El natrón encontrado en Tenerife estaba en estado puro. A William también le llamó la atención que se encontrara en las Cañadas del Teide, pues al estar su origen en las sales marinas, no se explicaba como se conservaba a tal altitud, soportando las inclemencias del tiempo. La barrilla tenía más impurezas que el álcali fósil o mineral, del cual se extraía también el natrón. Por su parte, con una solución fuerte de natrón se podía hacer antorchas, que tiene la propiedad de quemarse pero no chispea, y era muy usada por los canarios para alumbrarse.

La curiosidad por la composición del sulfuro ocupó interés de algunos. William Wilde lo analizó como sigue: sílice, 81.13%; agua, 8.87%; y un poco de cal. Otros habían obtenido del mineral, cuando se condensa sobre la superficie fría, cristales diminutos de alúmina. Según Richard Burton, Addison encontró en un “espléndido cristal de sulfuro en forma de octaedro” una brillante sustancia blanca de estructura cristalina, de alguna manera como ópalo. Cuando se analizó se encontró que tenía 91 por ciento de sílice y el resto de agua.

Este acercamiento a los minerales respondía al interés para la explotación comercial dada la importancia del carbonato sódico, el azufre y el ácido sulfúrico obtenido de éste. En el siglo XVIII comienza a exportarse el segundo para la Península Ibérica. Viera y Clavijo señala que el Teide era rico en azufres, que se encuentran incrustados en grandes cantidades en sus calderas y grietas, y “cuantos viajeros y curiosos suben a aquella altura, admiran y celebran con razón la variedad de sus colores, porque hay azufre blanquecino, azul, verde, violeta, amarillo y lo hay virgen, cristalizado, transparente, polvoriento y en filetes”. No obstante, su explotación económica a gran escala no se daría hasta la segunda mitad del siglo XIX y buena parte del XX. Se encontraba también en Lanzarote y La Palma además de Tenerife, como consecuencia de sus respectivos suelos volcánicos.

EL TEIDE Y LA MEDIDA DE SU ALTURA

Los auténticos protagonistas a lo largo del siglo XVIII fueron los franceses, tanto por el mayor número de expedicionarios que nos visitaron, como por los viajes científicos organizados expresamente para el estudio de la naturaleza del Teide, favorecidos por el acercamiento al país galo tras la llegada de la casa de Borbón. Por otro lado, París se había convertido en el centro cultural de Europa. Luis XV apostó decididamente por las

²¹ *Philosophical Transaction*, Vol. 55 (1765). Pág., 57.

ciencias, siguiendo el ideal de su bisabuelo Luis XIV. Éste, que había alentado a la fundación de la *Académie Royale des Sciences* en 1666, depositó la confianza en su ministro Jean Colbert para el desarrollo del proyecto científico en Francia. Colbert atrajo a París a famosos científicos nacionales y extranjeros para que ingresaran en las filas de la Academia. Fue la razón por la que París superó a Londres, entre otras razones porque, mientras en Francia la ciencia fue asumida como una política de Estado, mientras que en Inglaterra la ciencia dependía más de agrupaciones de comerciantes, compañías, organizaciones particulares, etc. París fue la Meca de la mayoría de los ilustrados isleños que viajaban a Europa. En el Siglo de las Luces se va a abordar uno de los mayores problemas que se había planteado en la navegación de ultramar a las potencias europeas (Francia, Inglaterra y Holanda) y en la que va a desempeñar un papel destacado Canarias: la longitud. La latitud de un lugar era relativamente fácil de resolver, solía tomarse como referencia la estrella polar, y nos decía cuánto subimos hacia el norte. En los años de la expansión atlántica, el Teide era el punto de referencia de los europeos en su ruta hacia el sur. La longitud nos dice cuánto nos desplazamos hacia el este, ¿pero al este de qué, si no había una línea divisoria clara?. La resolución de este problema, que se venía arrastrando del siglo anterior, era de suma importancia para Francia.

Los comerciantes franceses se habían quejado a su monarca porque los portugueses y españoles, entonces bajo la misma Corona, atacaban y apresaban sus barcos de vuelta de sus viajes a las Indias en las zonas ya cercanas a las costas y puertos españoles, ataques que, según sus interpretaciones, vulneraban los acuerdos internacionales por los que sólo podían abrirse hostilidades al este del primer meridiano y al sur del Trópico de Cáncer. Los comerciantes franceses, indignados, habían solicitado a Luis XIII permiso para atacar y apresar a los navíos ibéricos en cualquier lugar, incluso al este del primer meridiano, pero el monarca francés decretó en 1634 una ordenanza que pretendía conseguir un área de seguridad en la navegación al oriente del primer meridiano y al norte del Trópico de Cáncer, en tanto que permitía los ataques a los españoles y portugueses al oeste de este punto hasta que la Corona de España no abriera los puertos de las Indias al comercio libre. Para poder aplicar su resolución, Luis XIII necesitaba saber dónde estaba exactamente ese primer meridiano y a cuántos grados estaba de París. Resolver el problema le permitía conocer exactamente el primer meridiano para orientar a sus navíos, trazar la línea correcta para paliar el problema de la piratería del área y acabar de una vez con el baile de los meridianos. Llegaron a existir más de 15 meridianos y no finalizó hasta 1884, cuando en la *International Meridian Conference*, celebrada en Washington se acordó como único meridiano de referencia Greenwich. El cardenal Richelieu fue el encargado de poner en ejecución la orden del monarca Luis XIII.

Pero las permanentes guerras entre Francia y España a lo largo de prácticamente todo el siglo XVII retrasarían el proyecto. Mientras eso sucedía en el exterior, en el interior, la Real Academia de Ciencia de París estaba desarrollando un amplio programa científico en el país. Uno de los fundadores, Jean Picard, matemático y astrónomo que utilizó el telescopio para lograr medidas exactas de los pequeños ángulos y no sólo para meras observaciones como se venía haciendo, utilizó la triangulación o el razonamiento trigonométrico para cartografiar Francia en 1668, ya que un objetivo fundamental que se había marcado la Academia era conseguir un mapa del país mucho más fiable de los existentes hasta entonces.²² Fue la primera cartografía del mundo. Por su parte, el primer director de la Academia, Cassini, construyó un mapa circular para ir fijando

²² RUIZ MORALES, Mario y Ruiz Bustos, Mónica. *Formas y dimensiones de la Tierra*. Ed. del Serbal. Barcelona, 2000. Pág., 110.

todos los puntos geográficos, donde representaba el meridiano en El Hierro, pero aún no sabía bien a cuantos grados estaba la isla canaria. Una vez se produjo la reconciliación de ambos países en 1722 bajo el reinado de Luis XV, se pudo realizar del proyecto trazado por la Academia de Ciencias en París formulado en 1666.

Así pues, aprovechando las buenas relaciones entre España y Francia, la Academia envía a Canarias en 1724 al astrónomo Louis Feuillée²³ para que fijase el primer meridiano –en El Hierro, siguiendo la tradición ptolomaica- y fijase la altitud del Teide, dado la importancia del mismo tanto para la geografía como para la cartografía de las islas, ya que permitiría establecer las coordenadas exactas de Canarias. Además de las condiciones políticas favorables, ya habían sido inventados entre otros instrumentos el octante, el sextante, el círculo, el termómetro y el barómetro. Este último permitía realizar observaciones barométricas que junto con la geodesia iban a permitir realizar los experimentos encomendados, entre ellos medir la altura de la montaña de Tenerife.

Feuillée midió las longitudes de La Laguna, del Teide, de El Hierro y La Orotava. Las longitudes se calculaban observando el cielo una misma noche en diferentes lugares. Se solía aprovechar los eclipses de Luna, pero como estos eran pocos frecuentes se recurría a la inmersión y emersión de los satélites de Júpiter que sucedía todas las noches. Para la medición del Teide, Feuillée utilizó el método de la triangulación trigonométrica. Consistía en fijar la posición de un punto del terreno sirviéndose de otros dos puntos (cuya situación es ya conocida) con los cuales se forma un triángulo. Si se conoce el valor de una parte de los elementos del triángulo se pueden calcular los demás sin necesidad de medirlos: ese es el fundamento de la triangulación, operación de la geodesia. Feuillée eligió dos puntos en los llanos de Martiánez, cuya playa está situada a los pies de La Paz en el Puerto de la Cruz. Utilizó para realizar los cálculos el semicírculo, de un pie de diámetro y dos anteojos, uno fijo sobre su diámetro y otro móvil, que además tenía una brújula, un cuarto de círculo, conocido como el cuadrante de Picard, dos termómetros, un barómetro y un reloj de péndulo. Midió la distancia entre esos dos puntos y proyectó los lados hacia la punta del Teide, formando así el triángulo. Con esos dos puntos y los ángulos formados por medio de operaciones trigonométricas (senos y cosenos) determinó la altura del Teide. Según sus cálculos la montaña de Tenerife medía 2.193 toesas, que después de ciertas correcciones resultó definitivamente 2.213 toesas (4.313 metros).²⁴

Cuando Feuillée subió al Teide no pudo llegar hasta la cima y encargó a Verguin que hiciera una medición con el barómetro. Pero aún Laplace no había resuelto la fórmula (conocida fórmula de Laplace) para resolver el problema de los cambios de temperatura y de presión que distorsionaban la correcta medida con el barómetro.

Una vez en El Hierro decidió observar la posición extrema del Teide para situar la isla, pero en la medida en que la altura de la montaña era errónea lógicamente la posición de El Hierro fue errónea.

Los resultados de los trabajos realizados por Louis Feuillée fueron estudiados con interés por sus colegas miembros de la *Académie Royale des Sciences* en París. A pesar de que Feuillée utilizó el método correcto en sus cálculos, cometió errores que le llevaron a dar una altitud incorrecta. Las mediciones la realizó con una cadena de 5 toesas para formar una base de 210 toesas y el plano no estaba totalmente horizontal (tenía un grado de inclinación). Era muy difícil realizar la triangulación, pues se necesitaba una gran precisión de los ángulos y un plano bien horizontal para cometer los

²³ HERRERA PIQUÉ, Alfredo. *Las Islas Canarias, escala científica en el Atlántico*. Rueda. Madrid, 1987. Pág., 6.

²⁴ *Ibidem*, Pág., 16.

mínimos errores. Los trabajos de Feuillée no se publicaron. Los jóvenes astrónomos Maraldi y Le Monnier lo expusieron en la Academia en 1742 con fuertes críticas. En 1746 Lacaille publicaría un extracto, con comentarios críticos al final.²⁵ La longitud de El Hierro y la altitud del Teide seguían pendiente de resolver.

De nuevo la tirantez entre España y Francia retrasó los experimentos. Las mediciones se sucedieron en los años posteriores. Thomas Heberden, John Cross, Michel Adanson, P. Teville y muchos otros lo intentaron, pero ninguno calculó su correcta altura. Algunos todavía seguían considerando el Teide como la montaña más alta del mundo, caso de Thomas Astley en 1744, aunque tal afirmación ya era compartida con las de otros (M. Adanson en 1749, F. Perón en 1783, o J.M.J. Figaro en 1786) que la consideraban “una de las más altas” y “no la más alta”, o por último con los que hablaban de “la montaña más célebre” en lugar de “la más alta”, como fue James Cook en 1776.

Por fin, la medición correcta del Teide la daría en 1776 el matemático Jean Charles Borda, uno de los científicos más reconocidos en la Francia del momento y miembro también de la Academia. Borda vino a Tenerife en 1771 con Alexander G. Pingré y Verdun de la Crenne para probar unos relojes marinos, momento que realiza mediciones del Teide, pero los resultados fueron incorrectos. En ese año obtuvo una altitud de 1.742 toesas (3.395 metros) en tierra y 1.701 toesas a vela (desde el mar), equivalente a 3.315 metros.²⁶ Pero en 1776, en compañía de los españoles José Varela y Luis de Arguedas, visitó de nuevo la isla. Precisamente la escala de James Cook durante su tercer viaje en Santa Cruz de Tenerife para reponer lo perdido en la travesía como consecuencia de las inclemencias del tiempo y tomar víveres y provisiones en la isla, va a coincidir con la presencia de Jean Charles Borda. El *Resolution* fondeó en el muelle de Santa Cruz de Tenerife el 1 de agosto de 1776. Le acompañaban en esta ocasión a James Cook el pintor John Webber, el médico cirujano William Anderson y dos jóvenes que llegarían a ser grandes navegantes, George Vancouver y William Bligh, que más tarde sería el comandante del *Bounty*. Los viajeros desembarcaron el día siguiente. Cook aprovechó la estancia en Tenerife para situar la longitud y latitud del Teide. El 4 de agosto de 1776 James Cook abandonó Tenerife rumbo a Brasil.

El objetivo de Borda era proceder a la rectificación de las observaciones realizadas en 1771, además de determinar la posición de la cada una de las islas, así como algunos sectores de la costa africana cercana. Esta vez Borda utilizó para las medidas angulares un instrumento mucho más preciso de los empleados hasta ese momento, el círculo repetidor de Borda, precisamente lleva su nombre por ser su inventor. Para realizar su cometido llevó a cabo nuevos procedimientos. Usó en lugar de una base, como lo había hecho Feuillée, dos y tres bases. Utilizó el Teide como poste y comenzó a medir su distancia desde San Sebastián de La Gomera, Santa Cruz de La Palma y otros puntos de las islas. De esta manera, Borda realizó además las primeras mediciones cartográficas precisas de Canarias.

Una vez determinada la altitud del Teide desde otras islas, Borda realizó una triangulación a vela desde el barco. Circunnavega la isla de Tenerife y procede a realizar sistemáticamente medidas angulares con respecto al Teide.

La última medición de Borda, y la auténticamente buena, la realiza en tierra. Hace un reconocimiento de la zona elegida por Feuillée (La Paz), pero comprueba otros lugares susceptibles de ser utilizados para realizar la triangulación. Es aquí cuando elige

²⁵ PUIG-SAMPER, Miguel Ángel y Pelayo, Francisco. *El viaje del astrónomo y naturalista Louis Feuillée a las Islas Canarias (1724)*. C.C.P.C. La Laguna, 1997. Pág., 93.

²⁶ HERRERA PIQUÉ, Alfredo, *Op. Cit.* Pág., 54

tres bases.²⁷ Elige primero La Paz. Desde este lugar mide la distancia al segundo emplazamiento que eligió, situado entre Monte Miseria (donde hoy se encuentra el Casino Taoro) y la Montaña de la Horca, posiblemente a la altura de El Nido. El otro punto que eligió Borda lo situó en los jardines de Franchi en la Villa de La Orotava, conocidos por encontrarse allí la palmera de la conquista y el legendario drago, razón por la cual gran número de viajeros y naturalistas lo visitaron. De modo que, una vez terminada la cadena de triangulaciones, Jean Charles Borda obtuvo como resultado una altitud de 1.905 toesas (3.712,8 metros). Al final Borda y sus acompañantes subieron el Teide e hizo una medición barométrica, obteniendo como resultado 1.976 toesas (3.851,8 metros), muy lejos del obtenido con la triangulación.

El correcto conocimiento de la altitud del Mont Blanc, el acercamiento a la naturaleza de las montañas en la segunda mitad del siglo XVIII y primeras décadas del siglo XIX, y las exploraciones en los interiores de África y Asia, acabaron con la imagen mítica de la montaña de Tenerife: el Teide dejó de ser el punto más alto de la Tierra. Sin embargo, si bien varias montañas de Suecia y de Noruega, el mismo Mont Blanc, en Europa, las cumbres de los Andes, el Antisana o el Chimborazo en América, el Kilimanjaro o el Himalaya los sobrepasan en altura, el Teide siguió siendo admirado porque su imponente y majestuosa vista desde el mar estaba más al alcance de los viajeros que las colosales montañas que lo superaban en altitud. El Teide se presentaba ante los ojos del navegante en todo su esplendor y su mirada lo recorría desde la base hasta la cima. Además, la visibilidad del Teide en la ruta oceánica tenía la ventaja de seguir orientando y corrigiendo la longitud de los navíos, mientras las recién descubiertas estaban en los interiores de los continentes y no al alcance de la vista del observador en el mar.

Al año siguiente de la segunda visita de Borda, llegó a Tenerife el jardinero escocés, natural de Aberdeen, Francis Masson (1741-1805). Joseph Banks, entonces representante y benefactor de *Kew Gardens* de Londres, partidario de enviar emisarios a todas las regiones del mundo para recolectar plantas con el objeto de llevarlas a los jardines reales de la capital británica, lo envió en 1776 a Madeira, Azores y Tenerife. Masson fue el primer colector de plantas de los jardines de Kew.²⁸ Procedente de Madeira llegó a Tenerife el 31 de mayo de 1777. Masson recolectó entre las islas cerca de 100 especies, muchas ofrecidas desde Tenerife y otras recogidas a lo largo del camino durante la ascensión al Teide.²⁹ Pero el primer director de los jardines, William Jackson Hooker (1785-1865) sustituyó la política de Banks de enviar jardineros al extranjero por el intercambio y compra de plantas,³⁰ acabando así los envíos de botánicos británicos a Tenerife.

EL TEIDE, LUGAR DE PEREGRINACIÓN DE EXPLORADORES ILUSTRADOS, ROMÁNTICOS Y AVENTUREROS

En el siglo XVIII, al calor de la Ilustración, va a nacer el explorador como lo entendemos hoy en día. El afán de curiosidad, conocimiento y especulación despertado por el Siglo de las Luces, acaparó la atención de la mayoría de los intelectuales de la sociedad, ya fuese oficial de marina, militar, religioso, botánico o astrónomo. Todos deseaban viajar, convertirse en exploradores para encontrar e investigar las plantas que descubrieran en tierras lejanas; para cartografiar el cielo y la tierra; o para resolver el

²⁷ *Ibidem*, pp., 58

²⁸ DESMONT, Ray. *Kew. The History of the Royal Botanic Gardens*. Harvill Press. 1995. Pág., 433.

²⁹ *Ibidem*, pp., 107.

³⁰ *Ibidem*.

enigma del origen del hombre y conocer el estado de las sociedades de los seres que habitan las tierras lejanas. Por su parte, las Coronas muestran una firme voluntad de orientar sus esfuerzos para la exploración geográfica por razones comerciales y políticas, incluso de prestigio.

Además, con la concepción filosófica de Jean-Jacques Rousseau basada en despertar una nueva sensibilidad hacia la naturaleza en vez de a la sociedad, y reflejada en el *Emilio* (1762), obra que irrumpió en la conciencia del europeo, así como la veneración por los escenarios de montaña de la moralidad protestante,³¹ potenciada en Europa por los ingleses durante el *Grand Tour*, comenzó a producirse una notable transformación hacia la montaña. Poco a poco se despertó una actitud hacia ellas totalmente innovadora, un cambio de mentalidad que paulatinamente conllevaría a la aceptación de las irregularidades de la naturaleza como fuente de belleza y cuando a finales del siglo surgió el romanticismo, las montañas, como el Teide, se volvieron objetos de culto, expresiones de lo sublime, y alentaron su exploración. Las posturas hacia las montañas habían cambiado significativamente, y muchos viajeros las exploraban por su grandeza escénica,³² aunque ese mismo espíritu impregnó a la mayoría de los naturalistas de la época. el Teide reforzaría su categoría cultural en la civilización europea en la medida en que definitivamente se va a conocer el paisaje inhóspito de la montaña y su entorno, las Cañadas. Al contrario de esos lugares horribles que suponían los Alpes, los Pirineos y las cordilleras andinas, el Teide, aislado y elevado en solitario, invitaba a su ascenso, pues desde su cima, lugar privilegiado por antonomasia, el excursionista percibía la armonía del universo.

Es en este contexto en que debe situarse las visitas a Tenerife para ascender al Teide de la mayoría de los expedicionarios extranjeros rumbo a Oriente, África, o para la exploración del Pacífico y el continente austral. Nos referimos a los navegantes extranjeros porque la corona española, que contaba con el imperio colonial más grande del mundo, no fue especialmente activa en materia de exploración geográfica durante buena parte del siglo XVIII. Los pocos que lo hacían se limitaban a acompañar a sus colonias a los exploradores de otras naciones para vigilar sus campañas y participar al mismo tiempo en sus trabajos,³³ y que luego llegarían a ser destacados ilustrados nacionales. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, escoltaron a los académicos franceses a los Andes para la medición del meridiano; en 1769 se designa a dos oficiales españoles para que acompañen al astrónomo Chappe d'Auteroche en su viaje a California para observar el segundo tránsito de Venus; todavía en 1777 se denegó al naturalista francés J. Dombey la autorización para viajar a América del Sur, si no era con la condición de que aceptara la presencia a su lado de dos botánicos, Hipólito Ruiz y José Antonio Pavón; el astrónomo francés debe además compartir con ellos los frutos de su campaña en el momento del regreso.³⁴ Por lo que afecta a Canarias, Jean Charles Borda visitó Tenerife para medir el Teide en 1776 en compañía de los españoles José Varela y Luis de Arguedas. Los primeros bordones organizaron numerosas expediciones, pero más que expediciones de descubrimientos geográficos, fueron organizadas con el fin de vigilar las costas americanas, evitar el asentamiento de otras potencias enemigas y obstaculizar el comercio ilícito.³⁵ Pero cuando en 1782 aparece en la sección «Géographie» de la *Encyclopédie Méthodique* un artículo de Masson de Morvilliers ¿«Qué se debe a

³¹ TURNER, Louis y John Ash. *La horda dorada*. Endymión. Madrid, 1991. Pág., 60.

³² BOWLER, Peter, *Op.Cit.* Pág., 100.

³³ VOVELLE, Michel. *El hombre de la Ilustración*. Alianza. Madrid, 1995. Pág., 275-76.

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ BERNABÉU ALBERT, Salvador. *Expediciones marítimas españolas*. Lunwerg. Madrid, 2000. Pág., 172.

España»?), la polémica provocó en la Península un sobresalto de orgullo nacional: las dos últimas décadas del siglo contemplaron el envío de varias expediciones geográficas y científicas que, con el patrocinio oficial de la Corona, tendieron a demostrar la capacidad científica española a partir de ahora. Ruiz y Pavón, que se habían quedado en el terreno tras el regreso de Dombey a Francia, continúan hasta 1788 su exploración de Chile y Perú; el botánico José Celestino Mutis recibió el encargo de realizar una expedición botánica a Nueva Granada, y el médico Marin de Sessé encabezó en 1787 una exploración de Nueva España. Pero, sobre todo, la vuelta al mundo encomendada entre 1789 y 1794 al navegante genovés Alejandro Malaspina constituyó la réplica a los viajes de Cook y La Pérouse por aguas del Pacífico,³⁶ que precisamente a su llegada a la Península fue denunciado y encarcelado por sus ideas liberales y los resultados científicos de su viaje quedaron enterrados en los archivos hasta 1885.³⁷

Pero junto a los objetivos geoestratégicos, hay que añadir los económicos. El aumento del tráfico comercial fue uno de los mayores empeños de la Monarquía, razón por la cual la presencia de barcos españoles en aguas americanas y filipinas creció paulatinamente, demandándose, entre otras mejoras para la navegación, el perfeccionamiento de la cartografía,³⁸ que con respecto a Canarias destaca las siluetas del Teide en la isla de Tenerife. Debe mencionarse a Tomás López (1731-1802), formado en geografía y cartografía en París, el cual realizó en 1780 un mapa de las Islas Canarias, otro de La Palma y La Gomera, y un tercero de Gran Canaria, según la documentación comunicada por Fernando Magallón y las observaciones de los dos oficiales de la marina española agregados a la expedición de la *Boussole* y *L'Espliege* de Borda en 1776, José Varela y Miguel Arguedas.³⁹ Otros españoles que se ocuparon también de la cartografía de las islas y que destacaron aún más el Teide en Tenerife fueron Prosper Casola en 1634, Pedro del Castillo en 1688, Antonio Riviere en 1740, Francisco Javier Machado en 1762 y Andrés Amat de Tortosa en 1776 y Fernando Magallón en 1780.⁴⁰

Así pues, prácticamente ninguna de las expediciones marítimas españolas organizadas durante los reinados de Carlos III y Carlos IV tuvieron presente el Teide como meta, todo lo contrario de los grandes viajes de circunnavegación de los franceses e ingleses, los cuales mediatizados por su afán de conocer y dominar todos los rincones del planeta, tenían la ascensión al Teide como objetivo, además de dar a conocer las singularidades naturales de las islas. Los expedicionarios tenían la ventaja de encontrarse Canarias, y en particular Tenerife, en su ruta, lo que les evitaba desviarse para conseguir sus objetivos. Por ejemplo, la expedición francesa al océano Pacífico de las fragatas la *Boussole* y la *Astrolabe*, comandadas por J.F. de Galaup, conde de La Pérouse, y P.A. Fleuriot de Langle, respectivamente, alcanzaron el puerto de Santa Cruz en agosto de 1785 y permanecieron unos días para que algunos de los de a bordo subieran al Teide, como el meteorólogo Robert Paul de Lamanon, que midió la altura del Teide con su barómetro, el ingeniero Monneron, el botánico La Martinière, que herborizó por el camino, entre otros. Las mismas razones traería a la isla en agosto de 1791 al contralmirante A.R.T. de Bruni, caballero de Entrecasteaux, durante su búsqueda del conde La Pérouse –la *Baussole* y la *Asrolabe* desaparecieron por las alrededores de las islas de la Amistad entre marzo y abril de 1788, pereciendo todos sus

³⁶ VOVELLE, M. *Op. Cit.* Pág., 276.

³⁷ BROSSE, Jacques. *Op. Cit.* Pág., 92

³⁸ BERNABÉU, Albert, S. *Op. Cit.* Pág., 173.

³⁹ BERTHELOT, S. y WEBB, P. *Op. Cit.* T-II, V-I. Pág., 33.

⁴⁰ *Ibidem*, Págs., 34-35. Véase también Tous Meliá, Juan, *Tenerife a través de la cartografía*. Santa Cruz de Tenerife, 1996.

ocupantes- con el objeto de que algunos de sus miembros realizaran una expedición al Teide, entre ellos los naturalistas Louis Ventenat y J.J. Houtou de La Billardière, el único superviviente de la tragedia de la expedición, y que a su regreso a Francia el 13 de marzo de 1796 se puso a trabajar en *Relation du voyage à la recherche de La Pérouse*, publicado en 1799.⁴¹

Entre la salida J.F. de Galaup, conde de La Pérouse en agosto de 1785 y el regreso de los supervivientes de la expedición de A.R.T. de Bruni, caballero de Entrecasteaux, en 1796 se realizaron tres viajes ingleses en los cuales el Teide va tener un singular protagonismo. El primero es el dirigido por el capitán Arthur Phillip, que partió de Inglaterra el 13 de mayo de 1787 al frente de la *First Fleet*, expedición encargada de transportar setecientos cincuenta presos a Australia, para formar una colonia penal en *Botany Bay*, como remedio al alarmante aumento del número de reclusos en el país, y como beneficio secundario ver la posibilidad de obtener mástiles y madera para las embarcaciones que podrían usar las flotas inglesas de la India.⁴² Algunos de sus miembros hicieron una excursión hasta las Cañadas por ser imposible encontrar un guía que se atreviera a ascender al Teide en esa época del año. En los diarios de los oficiales (Arthur Phillip, Watkin Tench, John White, entre otros) y algunos convictos (George Barrington) de la travesía de la *First Fleet* dejaron las huellas del Teide impresas, incluso Australia emitió en 1987 con motivo del “200 Aniversario” tres sellos con una panorámica de Santa Cruz en 1787 coronado por el Teide.

La segunda sucedería tres años después. El 15 de marzo de 1791, partió de Spithead con destino a Nueva Gales del Sur la *Third Fleet*, 11 barcos bajo el mando de los capitanes John Parker, acompañado de su esposa Mary Ann, y Francis-Grosse, para sustituir el destacamento de infantes de marina establecido desde el primer asentamiento británico realizado con la *First Fleet* por el nuevo cuerpo de recién creado, llamado *New South Wales Corps*. La flota hizo escala en Tenerife, momento durante el cual Peter Rye, lugarteniente del *Gorgon*, uno de los barcos de guerra del Almirantazgo, junto con el botánico de la expedición, un tal Burton, realizaron una excursión al Teide.

La tercera de las expediciones inglesas donde el Pico de Tenerife tiene su impronta es en la realizada en 1792 con motivo del viaje del vizconde de Dervock y barón de Lissanoure, *lord* George Macartney, para negociar los derechos comerciales de la corona británica en la China. Entre los dos más destacados acompañantes del embajador, George Staunton y su secretario John Barrow, sólo éste intentó subir al Teide. Tuvo suerte de conseguir en La Orotava, después de muchas dificultades, a unos guías, arrieros y muleros, que lo acompañara a la excursión, ya que era octubre, fecha difícil de encontrar a alguien que se atreviera a subir la montaña. Durante su partida las gentes los llamaban ¡*locos ingleses!*, en vista del peligro que significaba subir al Teide esos días. A pesar de eso, Barrow y sus compañeros lo intentaron. Una tormenta de viento y lluvia los cogió en las Cañadas. Habían llevado una gran cantidad de provisiones de La Orotava, pero no habían podido conseguir una tienda para ponerse a cubierto. Se protegieron en una roca y la única forma que tenían de descansar era acostándose en el suelo. En el lugar hicieron noche poco protegidos del viento, la lluvia

⁴¹ BROSSE, Jacques. *Les tours du monde des explorateurs*. Bordas. París, 1983. Pág. 92 (existe traducción en español realizada por Purificación Mayoral bajo el título *La vuelta al mundo de los exploradores*. Reseña. Barcelona, 1994).

⁴² HUGHES, Robert. *The Fatal Shore*. Collins and Pan Books. Suffolk, 1988. Pág., 73 (existe edición en español traducción de Ángela Pérez y José M. Álvarez bajo el título *La costa fatídica. La epopeya de la fundación de Australia*. Galaxia Gutenberg. Barcelona, 2002). Sobre la estancia de la *First Fleet* en Tenerife, véase Ángel Pérez Rodríguez, *Cinco siglos de historia y filatelia de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1994).

y el aire frío. Desde que amaneció, los viajeros se levantaron. Apenas habían podido descansar y sus vestidos estaban empapados por la lluvia que había caído durante la noche. Algunos viajeros, de acuerdo con los guías, propusieron renunciar ir más lejos, mientras otros decidieron subir tan alto como pudieran. Sólo un guía permaneció con el grupo que decidió continuar la ruta para subir a la cima del Pico. Después de grandes esfuerzos cruzaron Montaña Blanca, pero el viento continuaba soplando con violencia, la lluvia aumentaba y la cima del Teide estaba cubierta de nubes oscuras. Entretanto, la tormenta batía cada vez con más violencia, el termómetro estaba por encima del punto de congelación y la lluvia caía en gotas condensadas, no quedándole otra alternativa que dar la vuelta y regresar sin poder conseguir la cima del Pico, completamente cubierta de nieve entonces. No llegaron más allá de Montaña Blanca.

La experiencia del intento de ascensión al Teide de John Barrow es sumamente significativa, pues no hace más que confirmarnos hasta donde llegaba en el hombre de la época el deseo de conquista de la cima de la montaña. A pesar de las condiciones meteorológicas adversas, la forma cósmica de su existencia se manifiesta a través de la lucha contra las adversidades de la naturaleza y la percepción sublime del entorno, expresión de la ilusión del hombre romántico. Resguardado de la intensa lluvia y apenas iluminado por una vieja vela de navío escribió:

Los crujidos de esa amplia hoguera, el ruido de la tormenta y la oscuridad de la noche, concurrían para producir una escena romántica, escena que se volvió aún más sublime por la devoción de los guías, que cantaron a coro el himno de medianoche en honor de la Santa Virgen.

El Teide y Alexander von Humboldt

el Teide se va a despedir del siglo XVIII con la visita de uno de los más grandes viajeros de todos los tiempos, que aunque impregnado de espíritu romántico está lejos de ser un romántico puro: Alexander von Humboldt. Sin duda, el más importante naturalista que visitó las islas en el siglo XVIII, que eclipsaría al resto de los viajeros. El viaje emprendido por Humboldt desde 1799 hasta 1804 hacia tierras hispanoamericanas y narrado en su libro *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* fue una expedición de suma importancia, pues fue el que le sirvió a Humboldt para su futuro establecimiento de las bases científicas de la geografía vegetal.

Todo empezó en abril de 1798. Humboldt decidió ir a dar con su hermano Wilhelm que se encontraba en París. En aquellos momentos se estaba planeando en la capital francesa un viaje alrededor del mundo dirigido por Louis-Antoine de Bougainville. Humboldt fue invitado a tomar parte. Sentía una gran admiración por el gran explorador francés y la idea de viajar con él le fascinaba. Sin embargo, Bougainville tenía 70 años y como el viaje duraría unos cinco, el veterano almirante fue sustituido por Thomas Nicolás Baudin. La expedición de Baudin fracasó como consecuencia de los efectos de las guerras napoleónicas. Humboldt vio frustrado sus deseos y Sudamérica y las Antillas quedaban aún lejos de su alcance. Pero durante la elaboración del proyecto expedicionario conoció a Alexandre Aimé Goujaud Bonpland, un médico y botánico francés cuatro años más joven que él. Entre los dos jóvenes naturalistas comenzó una amistad leal que se proyectará hasta el final. Ambos deciden ir a España para, desde Cádiz o Cartagena, dirigirse a Oriente. Sin embargo, se dirigen a Madrid, donde llegan en febrero de 1799. En la capital del reino, Humboldt conoce al barón Forell, Ministro de la Corte de Sajonia en España, hombre de amplios conocimientos de mineralogía e interesado en los progresos de la Ilustración. El barón Forell le presentó a Mariano Luis de Urquijo, Ministro del Exterior y favorito de la

reina María Luisa. Éste logró una audiencia con el rey. Humboldt presenta una memoria de su proyecto a la América española y obtuvo del Consejo de Indias dos pasaportes, uno para él y otro para Bonpland. Constituyó una concesión sin duda única, ya que España había seguido la política de mantener alejados de sus colonias a los extranjeros. El mismo Humboldt comentaría extrañado que *nunca se había hecho una concesión mayor a la realizada y nunca el gobierno español había dado muestras de confianza a un extranjero.*

El puerto principal de donde debían coger el barco para Cuba era La Coruña. Aún no habían embarcado, pero parecía que todas sus ilusiones expedicionarias se hacían realidad. Llenos de esperanzas, marchan hacia el puerto gallego en mayo, donde les aguardaba la corbeta *Pizarro*. El General Rafael Clavijo, responsable de los barcos postales a las colonias, los recibió. El General español le prometió a Humboldt que el barco se detendría en Tenerife algunos días, respondiendo a la solicitud hecha por el propio naturalista alemán *para visitar el Puerto de La Orotava y ascender a la cima del pico del Teyde.* Cuando el *Pizarro* comenzó su travesía el 4 de junio Humboldt escribe a su amigo Freiesleben:

¡Que suerte esta!. Pierdo la cabeza de alegría. Parto con la fragata española Pizarro; hemos de hacer escala en las islas Canarias y arribar en la costa de Venezuela y Sudamérica. ¡Que tesoro de observaciones me esperan...!

El sueño de toda su vida se hizo realidad. Comenzó por fin su gran viaje, necesario para adquirir los conocimientos científicos y culturales que le permitiera elaborar el *corpus* de su teoría geográfica.

En Tenerife pudo conocer el Jardín de Aclimatación (actual Jardín Botánico del Puerto de la Cruz), el Drago de Franchy (La Orotava), Sitio Litre y el Teide, verdadero objetivo por el cual visitó Tenerife. El ascenso al Teide fue la experiencia científica más importante de Humboldt en Tenerife. Pero mientras ascendía a las Cañadas, le vino a la mente la idea fundamental de la geografía botánica, que más tarde cogería cuerpo cuando viaja a través de América: los pisos vegetales. Fue el primero en ordenar la vegetación en diferentes zonas de acuerdo a la temperatura decreciente según la altitud. Su célebre esquema de las cinco zonas forestales según la topografía, los microclimas y diferencias de temperatura según altitud constituye una aportación excepcional al desarrollo de la geografía moderna.

De nuevo en Santa Cruz, el 25 de junio de 1799 zarpó el *Pizarro* para tierras hispanoamericanas, con gran pena de Humboldt. La carta que Alexander von Humboldt le envía desde Tenerife a su hermano Wilhelm habla por sí sola.

Querido Wilhelm

23 de junio [1799] por la tarde.

“¡Regresé del Pico ayer, en la noche! ¡Qué espectáculo! ¡Qué gozo! Fuimos hasta el fondo del cráter; posiblemente más lejos que cualquier otro naturalista. Finalmente, fuera de Borda y de Mason, todos los demás han ido sólo hasta el último cono. No hay mucho peligro, pero uno se fatiga por el calor y el frío; en el cráter los vapores de azufre hirviendo agujereaban nuestra ropa y las manos se agarrotaban a 2° Péaumur. ¡Dios! qué sensación a esta altura (1.500 pies); sobre

nosotros, la bóveda del cielo azul intenso; viejas corrientes de lava al pie; todo lo alrededor de esta escena de desolación (3 millas cuadradas de piedra pómez) está rodeada de bosques de laureles; abajo, a lo lejos, los viñedos entre los cuales ramilletes de plátanos se extienden hasta el mar, lindos pueblitos sobre la costa, el mar y todas las siete islas, entre las cuales La Palma y Gran Canaria poseen volcanes muy altos, que aparecían por debajo de nosotros, como en un mapa geográfico. El cráter en el cual estábamos no exhala más que vapores sulfurosos. La tierra está a 70° Réaumur. De las laderas sale la lava. También se encuentran los pequeños cráteres como los que iluminaron toda la isla, hace muchos años. Se oyó en esa época, durante dos meses, un ruido de descargas de artillería subterránea y piedras del tamaño de una mano fueron lanzadas por el aire hasta 4.000 pies.

He hecho aquí observaciones mineralógicas muy importantes. El Pico es una montaña de basalto, sobre la cual reposan pizarras porfíricas y de pórfido-obsidiana. En su interior se embravecen el fuego y el agua. Por todas partes he visto hacer erupción de vapores de agua. Casi todas las lavas son de basalto fundido. La piedra pómez está producida de pórfido-obsidiana; poseo fragmentos que están compuestos a medias por dichos elementos.

Hemos pasado una noche al aire libre ante el cráter, bajo la piedra que llaman la Estancia de los Ingleses, al pie de una corriente de lava. Hacia las dos de la mañana nos pusimos en camino hasta el último cono. El cielo estaba completamente estrellado y la noche brillaba con un suave resplandor; pero este hermoso tiempo no debía persistir para nosotros. La tempestad comenzó a rugir violentamente alrededor de la cima, debimos agarrarnos fuertemente a la corona del cráter. El aire ululaba con un ruido de trueno en las gargantas, y un envoltorio de nubes nos aislaba del mundo viviente. Bajamos por el cono, aislados por los vapores como un barco en el mar. Esta rápida transición de un bello y puro claro de luna a las tinieblas y a la soledad de las nubes causaba una impresión emocionante.

Post-scriptum. Existe en la ciudad de La Orotava un drago (Dracaena draco) que tiene 45 pies de circunferencia. En la época de los guanches, hace 400 años, ya era tan grueso como ahora.

Me voy casi en lágrimas; me hubiera gustado establecerme aquí; y apenas acabo de dejar la tierra de Europa. ¡Si tú pudieras ver esos campos, esos seculares bosques de laureles, esos viñedos, esas rosas! ¡Aquí se engordan los cerdos con duraznos!. Todas las calles hormigean de camellos” (M.S.R.).

Izaremos anclas el 25 de este mismo mes.

La corta estancia del alemán en Tenerife durante el viaje a bordo de la fragata *Pizarro* acompañado del botánico francés Aimé Bonpland para explorar gran parte del territorio de la América del Sur y Central fue trascendental para Canarias. En primer lugar, Humbolt eleva al Teide al mayor pedestal al compararlo con las montañas y volcanes más altos hasta entonces sobresalientes entre los viajeros y naturalistas dieciochescos. En segundo lugar, porque fue el único viajero utilizado en la isla como escaparate con fines turísticos a lo largo de la siguiente centuria. En tercer y último lugar, porque su ascensión al Teide, la teoría de la geografía de la vegetación y la exploración del famoso drago milenario de la casa Franchy en La Orotava, proyecta la curiosidad no solamente científica sino también “turística” de esta parte de las Canarias.

Por otro lado, Humboldt hizo contribuciones importantes en los estudios de la geología, la climatología y especialmente en la geografía botánica al establecer una estrecha relación entre las franjas de vegetación a diferentes alturas y las zonas geográficas. Precisamente el plan globalizador del estudio de la naturaleza de Humboldt invitó e inspiró a muchos naturalistas a buscar puntos de la ciencia y a visitar Tenerife.

Ningún otro autor tuvo un impacto tan grande entre los viajeros naturalistas y románticos del siglo XIX. En efecto, algunos de los mayores científicos del siglo XIX sintieron esa invitación hecha por el naturalista alemán, pues la influencia que ejerció en el mundo intelectual y científico de la época fue enorme. Sus páginas serían las que más cautivaron a la serie de naturalistas posteriores a él. Por ejemplo, uno de ellos fue su íntimo amigo, el geólogo Leopold von Buch, que con el botánico Christian Smith, se trasladó desde Londres a las islas para estudiar los fenómenos de los climas tropicales “animado” por él, el cual escribiría la primera obra importante sobre los fenómenos volcánicos de Canarias,⁴³ *Description physique des Îles Canaries* (París, 1836), autor además del *Atlas zur Physicalischen Beschreibung der Canarischen Inseln* (Berlín, 1825). Fundador de la vulcanología científica, sus trabajos dieron lugar a la inclusión de términos usuales en el habla canaria en parte del vocabulario científico, como es el caso de "caldera". Fue el autor de la primera teoría que trataba de explicar la formación de las Cañadas que estuvo vigente hasta bien entrado el siglo XX. Esta teoría, la de los cráteres de levantamiento, también fue aplicada a otras calderas volcánicas, el Teide estuvo en su origen.⁴⁴ Trató también la erupción de los volcanes en Lanzarote de 1730 y 1736. La otra erupción de Tao, volcán Nuevo del Fuego y Tinguatón en 1824, fue estudiada por alemán Georg Hartung en 1850.⁴⁵

A pesar de la importancia de Buch, fue con el viaje del británico Charles Lyell a las islas del Atlántico cuando comienza realmente la nueva era del conocimiento geológico de las islas.⁴⁶ Pero Lyell investigó minuciosamente las islas de Madeira y La Palma y apenas tocó Tenerife por encima. Fueron Georg Hartung, alumno y compañero de viaje del geólogo británico, Wilhelm Reiss y Karl Wilhelm Georg von Fritsch, los auténticos realizadores de la construcción geonóstica de Tenerife.⁴⁷ Elaboraron el mejor estudio del siglo sobre la geología de la isla y un mapa geológico publicado en 1867.⁴⁸

Tampoco estuvieron ajenos a la influencia de Humboldt el francés Sabin Berthelot y el británico Philip Barker Webb, cuya obra *Historie Naturelle des Îles Canaries* es obligada referencia para el estudio antropológico y natural de las islas, y donde las Cañadas del Teide está ampliamente tratado, o en el naturalista Charles Darwin, que por la sospecha de cólera entre la tripulación de su viaje las autoridades de Santa Cruz de Tenerife le impidieron tomar tierra, precisamente al naturalista que más ilusión mostró en conocer la isla:

El 6 de enero por la tarde entramos en el puerto de Santa Cruz. Ahora me encuentro por primera vez medianamente bien, y me estaba imaginando el deleite de la fruta fresca que crece en hermosos valles y leyendo la descripción de Humboldt de las magníficas panorámicas de las

⁴³ HERRERA PIQUÉ, A. *Las Islas Canarias, escala científica en el Atlántico*. Rueda. Las Palmas de Gran Canaria, 1987. Pág., 175.

⁴⁴ VILLALBA MORENO, Eustaquio. el Teide en la historia de la ciencia. www.atan.org/teide/ . Pág., 6. historiaciencia.htm

⁴⁵ HARTUNG, Georg. *Betrachtungen über Erhebungskrater ältere und neuere Eruptivmassen nebst einer Schilderung der geologischen Verhältnisse der Insel*. Leipzig. 1862.

⁴⁶ FRITSCH, Karl y REISS, Johann. *Geologische Beschreibung der Insel Tenerife*. Winterthur. Wurster, 1868. Pág., XII.

⁴⁷ *Ibidem*.

⁴⁸ FRITSCH, K., HARTUNG, G., REISS, W. *Tenerife, geologisch topographisch dargestellt*. Winterthur. Verlag von J. Wurster and Co. 1867.

islas, cuando (quizás puedas suponer nuestra decepción) un hombrecillo pálido nos informó que debíamos guardar una estricta cuarentena de doce días. En el barco se hizo un silencio sepulcral hasta que el capitán gritó «arriba el foque» y dejamos aquel lugar por el que tanto habíamos suspirado.

Durante el día estuvimos sin viento entre Tenerife y Gran Canaria y aquí experimenté por primera vez algún placer. La panorámica era magnífica. El Pico de Tenerife, visto entre las nubes, parecía otro mundo. El único inconveniente era nuestro deseo de visitar esta magnífica isla.⁴⁹

EL TEIDE EN EL SIGLO XIX. LA IRRUPCIÓN DE LA MUJER

En el siglo XIX se produce una decadencia de las circunnavegaciones. Con su cese, los viajes de Cook, La Pérouse, Freycinet, Baudin y sus sucesores pertenecerían al pasado. Pero el siglo asistirá a la aparición de las mujeres viajeras, fundamentalmente viajeras victorianas, que se aventuraron a la ascensión del Teide cuando la excursión era aún bastante incómoda. Pero el siglo también asistió a la aparición de otras novedades, mucho más artístico y estético, como eran el grabado y la fotografía. Acerquémonos por separados a estos dos nuevos aspectos relacionados con el Teide.

Los textos recogidos en los grandes libros de viajes, así como los mapas impresos, van a ser fuentes de información para los artistas grabadores europeos que aparecieron en el siglo XIX. Sus grabados, inicialmente reflejando la imagen del Teide desde el mar y posteriormente desde la meseta de las Cañadas, van a convertirse en testimonios visuales en el romanticismo. La visión romántica del Teide ocupó buena parte de su historia (Tenerife y la silueta de su pico fue el recurso de la mayoría de los dibujantes y grabadores de la época) y de la literatura de viajes. En efecto, la exaltación romántica de la montaña canaria está presente en un gran número de ilustradores y viajeros como en Pierre Brunet (1803) que no se “cansaba de admirar esta masa imponente que, desde el fondo de los abismos, elevándose sobre los mares, parece tocar la bóveda de los cielos” o en Pierre-Louis-Antoine Cordier (1803). Para este mineralogista y geólogo francés de Abbeville, que fue el primer viajero que describió el cráter del Chahorra⁵⁰ no había inclemencia del tiempo u obstáculos naturales que impidieran al viajero hacer la excursión al Teide con toda tranquilidad. *Le aseguro a usted –afirma– que el frío era muy soportable, que los licores no habían perdido en absoluto su fuerza, que los vapores hidrosulfurosos no eran malos de respirar, y que la rarefacción del aire no nos molestaba en modo alguno, aunque nos hubiera obligado a realizar frecuentes paradas al acercarnos a la cima.* La altura, el silencio y la soledad devenían en él el sentimiento más puro y hermoso que podía experimentar.

La noche era magnífica, sin nubes y casi en calma. El color del cielo parecía negro profundo; las estrellas titilaban con vivos destellos de luz, con la que apenas se percibía vagamente la vaporosa oscuridad que velaba todo cuanto se hallaba a nuestros pies. Cada vez que me levantaba a observar el termómetro, me detenía a percibir los encantos de un lugar tan hermoso y tan extraño. Elevado a esas alturas del cielo, sentado apaciblemente sobre aquel montón de ruinas humeantes, aislado en medio del océano, el único despierto en medio del silencio de la naturaleza, admiraba con devoción la majestuosidad de su sueño, evocaba recuerdos, y aguardaba pacientemente la hora en la que iba a

⁴⁹ DARWIN, Charles. *Autobiografía y cartas escogidas*. Alianza Editorial. Madrid, 1997. Pág., 275.

⁵⁰ MASFERRER y ARQUIMBAU, Ramón. “Sucinta noticia de una excursión al Teide”. *Anal. de la Soc. Esp. de Hist. Nat.* Tomo VIII, 1879. Pág., 35.

satisfacer la curiosidad que me había traído desde tan lejos a uno de los más antiguos volcanes de la tierra.

En pleno romanticismo Jacques-Étienne-Victor Arago, romántico francés que formó parte como dibujante de la expedición organizada por Louis Freycinet a bordo de los buques *Uranie* (1817-20), fue preso de los mismos sentimientos que su contemporáneo y compatriota Pierre-Louis-Antoine Cordier. Aunque el Teide ya había sido destronado por el Mont Blanc, el Chimborazo y el Himalaya, no le desanimaba alcanzar la cima para poder experimentar uno de los mayores placeres del hombre. Mientras se encontraba descansando en el Teide antes de alcanzar la cima, exclamó:

Sin embargo, me había adormilado. Cerca de la medianoche, me despertaron el frío y las pulgas, y pude disfrutar de un espectáculo fascinante. A mi alrededor no había más que silencio; allá, a lo lejos, el Atlántico a mis pies, unos pueblos contruidos con lava; sobre mí, el Pico, con sus fantásticas fumarolas, despedía, de vez en cuando, una luz pálida y tenue y, a modo de cúpula, la inmensidad de los cielos, tachonada de multitud de estrellas brillantes que centelleaban con un fulgor que dañaba la vista. Era un espectáculo mágico y religioso a la vez, que invitaba a meditar. Me encontraba allí prácticamente solo, puesto que mis amigos seguían durmiendo y, sin querer, me trasladé hasta esa patria ausente que permanece siempre en nuestro corazón. En mi incansable imaginación me pareció verla alzarse en medio del mar. La saludé con la mano y rogué que algún día me fuera devuelta con todas sus riquezas y toda su gloria.

La inestabilidad política de Francia y los disturbios de la Revolución francesa (1789-1799) frenaron las iniciativas en ultramar de los franceses en beneficio de los ingleses. Francia estaba preocupada por los descubrimientos y asentamientos de Gran Bretaña (en 1795 se apodera de la colonia holandesa del cabo de Buena Esperanza, en el transcurso del mismo año el explorador Mungo Park penetra en el interior de África, se implantaron en la costa oriental de Australia, etc.), y llegado el año 1800 se preparaba en Londres una nueva expedición, cosa que no ignoraba el gobierno francés.⁵¹ Restaurado el orden interior, Napoleón se apresuró a organizar un viaje con el objeto de afirmarse en las costas todavía inexploradas de Australia ante una Gran Bretaña con la que estaba en guerra. La expedición llegó el 1 de noviembre de 1800 a Tenerife. Se trataba de la goleta *Le Casuarina*, dirigida por el comandante Louis de Freycinet, la gabarra *Le Naturaliste*, al frente de la cual estaba el capitán Emmanuel Hamelin, y la corbeta *Le Geographe*, comandada por el capitán de navío Nicolás Baudin, que había realizado por cuenta del Jardín du Roi, convertido en 1793 en Museo de Historia Natural, dos viajes botánicos al Extremo Oriente y a los mares del sur y un tercer viaje a las Antillas en 1776,⁵² momento que visitó Tenerife, y donde viajaba el naturalista y sacerdote André Pierre Ledru. A bordo había médicos, astrónomos, botánicos, ingeniero geógrafos, geólogos, pintores, dibujantes, jardineros y zoólogos. Viajaban los zoólogos Jean Baptiste Genevière Marcellin Bory de Saint-Vincent, François Peron y dibujante Jacques Milbert. Precisamente Bory de Saint-Vincent es autor de un ensayo sobre las islas *Essais sur les îles Fortunees et L'Atlantique ou précis de L'Histoire General de L'Archipel des Canaries*, libro polémico por las omisiones de ciertas fuentes y planteamientos controvertidos sobre la antropología del pueblo canario. Bory de Saint-Vincent subió al Teide pero en lugar de describir su excursión se detiene en hacer un

⁵¹ BROSSE, J. *Op. Cit.* Pág., 95

⁵² *Ibidem.* Pág., 96.

repaso histórico de las ascensiones, minerales existentes y las diferentes altitudes dadas por los viajeros.

La expedición fue un desastre. El insoportable autoritarismo y las erróneas rutas tomadas por Nicolás Baudin, así como las enfermedades contraídas a bordo, desencadenaron descontentos, deserciones y abandonos en tierras lejanas. Bory de Saint-Vincent y Jacques Milbert se quedaron en isla Mauricio. Estos problemas como los naufragios eran muy comunes. Precisamente la siguiente expedición francesa de la *Uranie* (1817-1820) se vio sorprendida por un huracán en febrero de 1820 frente a Tierra del Fuego, razón por el cual perdió gran parte de los objetos que habían recogido a lo largo del viaje.

De nuevo los viajes de exploración de las grandes potencias se interrumpieron como consecuencia del estallido de una nueva guerra en Europa en 1803, conocida como las guerras napoleónicas. La contienda no terminaría hasta que el 7 de julio de 1815 cuando los aliados tomaron por segunda vez París. Napoleón fue confinado en la isla de Santa Elena, donde murió el 5 de mayo de 1821. Por el mismo año renacía de nuevo un interés por la exploración de los continentes lejanos, como consecuencia de la publicación en París, entre 1815 y 1825, del *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* de Humboldt, obra que sirvió de modelo. Por su parte, los naturalistas británicos comenzaban a inventariar las riquezas del continente australiano, cuyas costas topografiaba el capitán King ayudado por el botánico Allan Cuningham, y en 1816 John Ross zarpaba hacia el norte de América en busca del paso del Noroeste que Cook no había encontrado.⁵³ Francia, humillada por los tratados de 1815, tenía que ondear de nuevo sus banderas en los mares lejanos, recuperar el prestigio, y solamente lo podía hacer reemprendiendo grandes campañas marítimas. Luis XVIII, el soberano de la Restauración y la Monarquía de Julio, organizó una serie de viajes científicos. El primero fue el de la corbeta la *Uranie* en septiembre de 1817, a cuyo frente estaba el capitán Louis C.D. de Freycinet, y en la que viajaban los prestigiosos cirujanos y zoólogos Joseph Paul Gaimard y Jean René Constant Quoy, y el segundo el de la *Coquille*, en agosto de 1822, bajo las órdenes de Louis Isadore Duperrey, y de segundo de a bordo estaba el teniente de navío Jules Sébastien Cesar Dumont D'Urville. El *Uranie* fondeó en la rada de Santa Cruz de Tenerife, pero el gobernador exige que se observe la cuarentena. Por mediación del propio Freycinet, consiguió que la redujera a 10 y después a 8 días, pero desmoralizado se hizo a la vela al quinto día, permaneciendo del 22 al 28 de octubre de 1817.⁵⁴ Al *Coquille* también se le aplicó la cuarentena de ocho días cuando llegó a puerto el 28 de agosto de 1822.

Pero lo importante del paso de estas dos expediciones por Tenerife es que iban a bordo tres hombres que se quedaron con las ganas de satisfacer el deseo de todos los navegantes y viajeros: subir al Teide. Se trataban de Jules Sébastien Cesar Dumont d'Urville, Joseph Paul Gaimard y Jean René Constant Quoy. Los tres vendrían juntos en la expedición del *Astrolabe*, organizada en 1826 para la búsqueda de los restos del naufragio de La Pérouse y otras misiones como la localización de fondeaderos para los grandes barcos de guerra desde donde operar contra las posesiones inglesas en Australia y Extremo Oriente.⁵⁵ El *Astrolabe* hace escala en Tenerife donde Urville esperaba encontrar al capitán P.P. King, que acababa de zarpar de Inglaterra, para charlar sobre la marcación de las costas australianas hechas por el inglés. Desafortunadamente para Urville, el capitán

⁵³ *Ibidem*. Pág., 139.

⁵⁴ PICO, Berta y CORBELLA, Dolores. *Viajeros franceses a las Islas Canarias*. Instituto de Estudios Canarios. La Laguna, 2000. Pág., 269.

⁵⁵ *Ibidem*. Pág., 300

King había partido justo unos días antes.⁵⁶ Es esta ocasión, Dumont d'Urville, Joseph Gaimard y Jean Quoy arrendaron un caballo y por fin hicieron la tan deseada ascensión al Teide. Al año siguiente de su regreso, 1830, Dumont d'Urville se consagró a la redacción de sus viajes bajo el título *Voyage pittoresque autour du monde*. Cuando contaba con 47 años, Luis Felipe piensa en él para explorar el Polo Sur en 1837, de nuevo con la nave el *Astrolabe* en compañía de la corbeta *Zélée*, ocasión que le brinda para visitar Tenerife desde el 30 de septiembre hasta el 7 de octubre de 1837 y realizar otra vez una excursión al Teide.

Cuando llegamos a las primeras décadas del siglo XIX eran tantas las descripciones del Teide que algunos viajeros se preguntaron qué se podía decir novedoso para no repetir lo que se ha dicho “mil veces”, afirmó Louis Claude Desaulces de Freycinet en 1817. Para René Primavère Lesson (1823), el Teide ya debía su celebridad por los innumerables relatos que lo describen.

Pocos después de la visita de Freycinet, el Teide se va a ver favorecido con la llegada a Canarias del naturalista francés Sabin Berthelot, pues ayudó a un gran número de viajeros con pretensiones de ascender la montaña. Realizó varias excursiones al Teide, siendo la primera en julio de 1827 con el cónsul inglés en Tenerife, Coleman McGregor, y la segunda, al año siguiente, acompañando al botánico inglés Philip Barker Webb, con quien escribió la monumental *Historie Naturelle des Îles Canaries*.

Pero no todos tuvieron la misma suerte a la hora de ver satisfechas sus ilusiones con el Teide, como fue el caso de Charles Darwin. La más importante de las expediciones inglesas del siglo XIX, el *Beagle*, zarpó en 1831 para completar el estudio de las costas de la Patagonia y Tierra del Fuego que el capitán King y Fitz-Roy habían iniciado en 1826 en los bergantines *Adventure* y el mismo *Beagle*. A bordo iba Charles Darwin, una de las figuras más señaladas de la ciencia contemporánea que apenas necesita presentación. En sus días de juventud, Darwin ya llevaba en su bolsillo la edición inglesa *Personal Narrative of travels to the Equinoctial Regions of America (Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente)* de Alexander von Humboldt. Fueron tan cautivadoras las descripciones de la exuberante vegetación y terrenos volcánicos hechas por el naturalista alemán, que Darwin llegó incluso a imaginarse nuevas y espectaculares especies en las arenas y los bosques de Tenerife. La visita a Tenerife y el ascenso del Teide habían despertado tanto el apetito en Darwin, que aún sin partir de Inglaterra, su pensamiento estaba en Canarias. No hacía sino «leer y releer» a Humboldt. Darwin tenía esperanza de visitar Tenerife en la expedición científica que el Almirantazgo había confiado al capitán Fitz-Roy en el bergantín el *Beagle*, pero desgraciadamente al barco se le aplicó en Santa Cruz de Tenerife la cuarentena por 12 días y no pudo desembarcar. De esa manera, uno de los más grandes científicos de siglo no pudo satisfacer sus ilusiones de desembarcar en Tenerife y ascender al Teide.

Mayor suerte que el *Beagle* tendría otra de las más famosas expediciones del siglo, la del *Challenger* (1872-1876), organizada para explorar las profundidades marinas, muestra del especial interés de las ciencias del mar en el siglo XIX. La expedición oceanográfica *Challenger* salió el 7 de diciembre de 1872 de Portsmouth organizado por la *British Admiralty* y la *Royal Society* de Londres en colaboración con la Universidad de Edimburgo. Su objetivo era cartografiar las profundidades y movimientos de los mares, registrar las temperaturas y corrientes de los océanos y otras investigaciones biológicas. Estaban al frente los naturalistas Henry Nottidge Moseley, John Murray y Wyville Thomson. Arribó en el puerto de Santa Cruz en febrero de 1873 con la intención de los tres naturalistas subir al Teide, analizar su vegetación y recoger caracoles e insectos. El 14

⁵⁶ BROSSE, J. *Op. Cit.* Pág., 152.

del mismo, el *Challenger* abandonó la isla rumbo a Saint Thomas, en las Antillas holandesas, para continuar su expedición alrededor del mundo.

Pero como hemos señalado, es el momento en el que hacen su aparición las mujeres extranjeras, sobre todo las británicas. En Gran Bretaña existía una larga tradición viajera, razón por la cual «el viaje era una parte integrante de la vida doméstica de muchos británicos». Pero había sido una actividad exclusiva del hombre, como ha sucedido a lo largo de la historia de la humanidad, aunque las inglesas tuvieron mucho mayor protagonismo que otras congéneres. Incluso la piratería llegó a ser una razón en algunas mujeres para gozar del viaje. Grace O' Malley en el siglo XVI, Mary Read en el siglo XVIII o Anne Bonny, también del siglo XVIII, inmortalizada por el director de cine Jacques Tourneur en su espléndida película *La mujer pirata*. Un avance significativo se produjo en el Siglo de las Luces. No obstante, aún eran casos excepcionales. Pero a partir de mediados del siglo XIX, la aventura de viajar, que hasta entonces parecía exclusivo de los hombres, es asumida por las mujeres de la clase media y alta.⁵⁷ El fenómeno no fue exclusivo de las mujeres inglesas. Se dio en el mundo femenino occidental. Para las historiadoras María Frawley, Alexandra Allen y Doroty Middleton, el viaje era un gesto individual de las jóvenes *ladies* de la pequeña burguesía británica que, como dice Dorothy Middleton,⁵⁸ estaban destinadas a ser puras amas de casa, cuidando de sus parientes mayores enfermos, haciendo croché, o asistiendo a las fiestas de té. Jóvenes que habían sido educadas para cumplir con el ideal de sumisión femenina, de obligación con la promoción y devoción a la religión, tal como había dictado la rígida moral puritana y victoriana. Por lo tanto, para combatir la reclusión de su vida social en familia, sintieron la necesidad de una salida intelectual y emocional. No se trataba de una huida física del ambiente hogareño, sino de ganar un espacio que sólo había pertenecido al mundo del hombre a lo largo de los siglos. Ese deseo de liberación lo ocupó, con mayor fuerza que otros, el viaje por el mar y la ascensión de las montañas. Supuso el deseo ansioso «de degustar la novedad y el placer que suponía verse libre de los deberes y trabajos duros de la casa que diariamente les habían sido encomendados».⁵⁹

Si esas fueron las razones que explica el deseo por el viaje de las mujeres victorianas de la clase media, para Martha Vicinus y Sara Mills,⁶⁰ otras fueron las que motivaron el viaje de las *ladies* aristocráticas. Para estas últimas, el papel de «ángel de la casa» no estaba reservado para ellas, puesto que gozaban de una posición económica mucho mejor. No tenían necesidad de salir de espacios «opresivos». La mayoría de la aristocracia seguía manteniendo la conducta permisiva en cuestiones sexuales heredadas del siglo anterior, aunque ejercida con mayor discreción, y concedía una menor importancia a la vida hogareña y familiar, lo que para las mujeres aristócratas supuso un grado de libertad superior a las de sus congéneres de la burguesía media.⁶¹ Fue el placer y la aventura las razones fundamentales de sus desplazamientos.

Pero si bien las razones del viaje fueron diferentes para las *ladies* victorianas de clase media y alta, lo que sí parece cierto es que el viaje por mar significaba para todas ellas un gesto individual de liberación, de conquista de un espacio social que hasta entonces no habían disfrutado.

⁵⁷ ALLEN, Alexandra. *Travelling ladies. Victorian adventuresses*. Jupiter. London, 1980.

⁵⁸ MIDDLETON, Dorothy. *Victorian lady travellers*. Academy Chicago Publishers. Chicago, 1982. Pág. 4

⁵⁹ FOSTER, Shirley. *Across New Worlds. Nineteenth-Century Women Travellers and their Writings*. Harvester. London, 1986. Pág., 8.

⁶⁰ VICINUS, Martha. *The Widening Sphere: changing Roles of Victorian Women* (1980) y Mills, Sara. *Discourses of difference* (1991).

⁶¹ PERKIN, Joan. *Women and marriage in nineteenth century England*. Routledge. Londres, 1989. Pág., 270. Canales, Esteban. *La Inglaterra victoriana*. Akal. Madrid, 1999. Pág., 188.

La mayoría lo hizo con sus esposos. En 1856 Jessica Duncan (*lady* Piazzì Smyth) viajó con su marido Charles Piazzì Smyth a Tenerife; en 1863 Isabel Arudell (*lady* Burton) subió al Teide con su marido Richard Francis Burton; en 1876 la baronesa *lady* Anna Brassey ascendió al Teide con su marido Thomas Brassey; o en 1883 Olivia Stone que subió con su marido John Harris Stone. Solamente Marianne North visitó la isla sola en 1875 e hizo una excursión hasta las Cañadas acompañada por el residente británico en el Puerto de la Cruz Charles Smith.

El desfase que media entre el discurrir histórico de la mujer española, particularmente la isleña, y el de las naciones desarrolladas del norte de Europa se puso de manifiesto con estas nuevas excursiones. Era impensable en la sociedad canaria que una mujer subiera al Teide, por tal razón suponía todo un asombro contemplar viajeras extranjeras ocupando en espacio exclusivo del hombre hasta entonces. Las jóvenes *ladies* isleñas anhelaban la libertad y formas de vida de sus hermanas las inglesas,⁶² porque aún se les estaban prohibidos muchos de los actos sociales que ya eran muy comunes en los países nórdicos europeos. La libertad de la mujer en el extranjero no sólo para pasear sino también para viajar sola, o en compañía de alguna amiga, incluso era deseada por los caballeros isleños acomodados más «liberales». Un rico «liberal» de Arico elogió la liberalidad femenina de las jóvenes inglesas y no dudó manifestarle al viajero británico Charles Edwardes en 1887 que le había dejado estupefacto el hecho de que las *ladies* inglesas subieran al Teide, cosa inaudita entre las mujeres de la isla. Admitía «que si las chicas canarias fueran permitidas a correr por todas partes y vivir como las inglesas, sin ser reprimidas por las normas y las etiquetas, sería mejor para ellas que la vida de confinamiento que llevan ahora».⁶³

Entre los aspectos que ejercen una especial atracción sobre los viajeros y científicos, fundamentalmente de ingleses y alemanes, podríamos destacar la vulcanología, meteorología y astronomía, entre los científicos, y el encanto pintoresco de la excursión, la emoción de viajar por caminos incómodos, la singularidad estética y la variedad de paisajes del lugar, entre los viajeros y aventureros.

La singularidad de la montaña de Tenerife potencia la capacidad de imaginación del viajero, intensifica su creación literaria, incluso atrapa la atención de escritores, grabadores y los más célebres artistas, que a través de sus grabados lo inmortalizarán. Entre los escritores extranjeros un buen número dedicaron su atención al Teide, pero quizás Jules Verne es sin duda uno de lo que mejor supo reflejarlo.

Jules Verne conoció en París, por mediación del alcalde de Nantes, Évariste Colombel, al explorador Jacques Arago, que no debía únicamente la fama a sus propios méritos, sino al hecho de ser hermano de otros Arago de gran renombre: el mayor y el más ilustre era el astrónomo y físico François Arago, autor de muchos e importantes descubrimientos científicos, conocido también como el padre de la divulgación científica. Los otros hermanos eran Étienne (escritor y dramaturgo, esteta y hombre político) y Jean (general comprometido con la causa de la independencia mexicana).⁶⁴ Cuando Jules Verne conoció a Jacques Arago, éste tenía ya en su haber decenas de libros de todo tipo, entre los que se incluían obras de historia y sus libros de viajes. No cabe duda de que Jules había leído u hojeado los cinco tomos del *Viaje alrededor del mundo* de Jacques Arago (presentado como *Recuerdos de un ciego*).⁶⁵ En el relato de su vuelta al mundo Jacques describe las comarcas y los pueblos lejanos, habla de cómo ha

⁶² BROWN, A. S. Madeira and the canary Islandst. Sampson Low, Marston, Searle, and Rivington. London, 1890. Pág., 27.

⁶³ EDWARDES, Ch. Rides and Studies in the canary Islands. Fisher Unwin. London, 1888. Pág., 165.

⁶⁴ LOTTMAN, Herbert. *Jules Verne*. Anagrama. Barcelona, 1998. Pág., 58.

⁶⁵ *Ibidem*.

navegado por el Mediterráneo, cómo ha bordeado las costas de África, cruzado el Atlántico, su visita a Tenerife, su llegada al Brasil, como había doblado el cabo de Hornos y atravesado el Pacífico hasta Insulindia, etc.

Según Herbert Lottman, es muy probable que el estilo de Jacques Arago sirviera de inspiración a Jules Verne,⁶⁶ incluso que inspirara temas para libros de viajes como *La Agencia Thompson & Cía*, una novela sobre la época de los viajes *charters*, publicada en 1907, dos años después de su fallecimiento. Un agente de viajes, llamado Thompson, embarca en el vapor *Seamew* y tripulación británica a un grupo de turistas de diferentes nacionalidades (fundamentalmente franceses y norteamericanos) para que realicen un crucero barato por las Azores, Madeira y las Canarias. En el programa se ofrecía una ascensión al Teide.⁶⁷

Muchos expertos en Jules Verne estiman que este libro, ajeno a los cánones del escritor, es, de cabo a rabo, una obra de Michel, su hijo, escrita en vida de su padre, una idea de Verne para darle trabajo al hijo, desesperado precisamente por las sucesivas y desafortunadas empresas de su hijo.⁶⁸ Sea como fuere, el autor, realizó una descripción de Tenerife, particularmente del Teide, tan objetiva y real, que parece que estuvo personalmente aquí.

ALGUNOS DE LOS MÁS DISTINGUIDOS EXCURSIONISTAS AL TEIDE

El desarrollo de los medios de comunicación a través del vapor, el espíritu del romanticismo y el elemento aventurero, favorecieron las excursiones al Teide. En el siglo XIX el Teide dejaría de estar reservado a unos cuantos naturalistas y expedicionarios para convertirse en un lugar privilegiado, anhelado para visitar por un gran número de viajeros, la mayoría de los cuales se desplazaban ahora a título individual. Para el viajante del siglo XIX alcanzar la cima de una montaña se convirtió en la culminación de un sueño, a la vez se había convertido en una moda para el turista de «fin de siglo». Salvo los científicos, los nuevos visitantes no realizaban la excursión con la finalidad de observar y analizar la montaña, como lo hicieron los viajeros ilustrados de la segunda mitad del siglo XVIII, sino que ahora la montaña en sí misma constituiría un motivo de emoción y exaltación estética, propia del sentimiento romántico que abrazó buena parte del siglo. A pesar de las enormes dificultades que aún existía para hacer una excursión, la experiencia era atractiva porque le permitía sentir el esfuerzo para alcanzar el contacto con el mundo inhóspito de la montaña. Dificultades a veces insalvables, que impidieron a algunos lograr su ascensión, como fue el caso de los hermanos Albert Victor y George, nietos de la Reina Victoria, hijos de Eduardo VII y Alejandra de Dinamarca. La fragata *Buchante* había zarpado en 1879 para realizar una expedición alrededor del mundo y con el objeto de que los jóvenes príncipes subieran al Teide visitó Tenerife. La fragata llegó el 3 de diciembre al muelle de Santa Cruz y acompañados por el vicecónsul británico en el Puerto de la Cruz Peter Reid y otros subieron de madrugada a las Cañadas, pero no pudieron realizar el ascenso del Teide por la nieve, al contrario que su tío Alfred en 1860. De esta manera se despidieron de la isla sin poder saciar sus deseos.

A través de los fragmentos de los viajeros decimonónicos, la deslumbrante realidad natural del Teide se eleva a hermoso paraje deseoso de visitar, de estudiar. Lugar conocido pero misterioso, las excursiones a Tenerife con las claras intenciones de

⁶⁶ *Ibidem*.

⁶⁷ VERNE, Julio. *Agencia Thompson y Cía*. 2 vols. Orbis. Barcelona, 1988.

⁶⁸ LOTTMAN, Herbert. *Op. Cit.* Pág., 397.

subir el volcán se sucedieron y de esa manera se convirtió en lugar de peregrinación de destacados viajeros. el Teide ejerció un singular atractivo sobre la corriente viajera que invadió las islas en el siglo XIX. Una corriente que iría a más hasta alcanzar cotas algo considerables con el despegue del turismo, como veremos más adelante. Sin embargo, a lo largo del siglo XIX no serán los ingleses y los franceses los únicos protagonistas, sino también los alemanes. Con anterioridad el viaje de ultramar estuvo ajeno a los germanos, excepto Alexander von Humboldt. Pero en la centuria decimonónica el viajero de habla alemana irrumpió por mar, señalándose Madeira y Canarias como destinos preferidos. Así pues, es difícil, a partir de ahora, dejar de señalar algún viajero sin caer en el posible error de omitir destacadísimos naturalistas y escritores, pero haciendo un esfuerzo podríamos señalar algunos de los más singulares.

En primer lugar debemos mencionar al alemán Christian Leopold von Buch (1774-1853). Fue uno de esos geólogos que emprendió sus estudios allende las fronteras europeas. Leopold von Buch, rico miembro de la aristocracia prusiana, era un hombre terriblemente reservado y tan insociable que parece que resultaba casi imposible permanecer en su compañía, pero su fiel amigo Alexander von Humboldt se percató de su riqueza intelectual y excentricidad, y sobre todo se sorprendería rápidamente de su capacidad y extenso saber geológico. Nació en el castillo de Stolpe, Uckermark, el 25 de abril de 1774, y era barón de Gellmersdorf. Su padre Adolf Friedrich (1733-1811) era un latifundista prusiano hijo de Adolf Friedrich (1685-1738) líder aristocrático y amo de las tierras de Stolpe, Gellmersdorf, Doberzin, Wilmersdorf, etc. Desde 1793 hasta 1796 Buch recibió una sólida formación de geología en la Escuela de Minas de Freiberg, ciudad muy próspera de Sajonia desde la Edad Media y sede universitaria y de Estudios Superiores de Mineralogía, hoy un centro industrial de metalurgia, maquinaria e instrumentos de precisión. En Freiberg estuvo viviendo en la casa de su profesor A.G. Werner. Bajo su influencia, Buch abraza las teorías neptunianas y en 1797 publica una descripción geológica de Silesia. Posteriormente continuó los estudios en las universidades de Gotinga y Halle. Entre los años 1806 y 1808 se hace miembro de las academias de ciencias de Berlín, París y Londres. A medida que fue adquiriendo una formación científica, Buch abandonaría la doctrina neptuniana para convertirse en un convencido plutonista y destacado volcanólogo. Buch fue uno de los últimos grandes investigadores geológicos antes de la revolución del actualismo de Lyell.

Fue en Freiberg cuando un buen día Buch conoció a Alexander von Humboldt. Pronto Buch y Humboldt, que quería aprender todo lo que fuera posible de su nuevo amigo, recorren algunos países y ciudades del viejo continente. Emprendieron un viaje a Salzburgo y Berchtesgaden para realizar observaciones científicas de las montañas tirolesas. Comenzó así la amistad de los dos naturalistas que les llevarían a realizar más viajes juntos como el que realizaron a Italia en 1805 junto con Gay Lussac para contemplar la erupción del Vesubio. Al año siguiente emprendió un viaje a Escandinavia que le ocuparía dos años y luego emprende el viaje a las Islas Canarias. Él y su amigo Alexander von Humboldt fueron dos de los más destacados naturalistas de habla alemana que visitaron Canarias. Por su importancia nos entretenemos más en su obra.

Todo comenzó cuando Leopold von Buch, 40 años, viajó a Londres en 1814 y allí se encontró con el médico y botánico noruego Christian Smith, de 29 años. Smith, hijo de un rico propietario de Drammen, nació en Ström, puerto de Drammen (Noruega) el 17 de octubre de 1785. Gran conocedor de las lenguas clásicas -escribía y hablaba perfectamente el latín-, estudió botánica en Copenhague, aunque se doctoró en medicina. Los dos naturalistas partieron del puerto de Spithead, cerca de Portsmouth, sur de Inglaterra, para Canarias, el 31 de marzo de 1815. Después de llegar a Madeira (el 8 de abril), Buch y Smith llegaron a Tenerife el 2 de mayo. Nada más llegar a Santa Cruz se dirigieron al

Puerto de la Cruz, pues sus intenciones eran hacer una ascensión al Teide, cosa que no podrían hacer hasta el día 18 por el mal tiempo. Esos días de espera lo aprovechan para recorrer los parajes naturales de La Orotava, Santa Úrsula, Los Realejos, La Rambla, Icod y Garachico.

Por fin llegó la tan deseada excursión al Teide. Para el naturalista alemán el Teide es el único volcán central, es una montaña que se eleva sobre otra montaña, así como considera el Teide y la montaña de Chahorra las dos cimas de un solo volcán. Mientras se encontraban ya en el cráter se cruzaron con la señora Hammond, una escocesa que según le informaron los guías era la primera mujer que subía al Teide. En lugar de descender de nuevo por la vertiente norte de la isla, lo hicieron por el sur, permitiéndoles recorrer Vilaflor, Granadilla, Adeje, Guía, Chío, los Cristianos, etc.

A su regreso a Santa Cruz, se encontraron con el economista y naturalista burgalés Francisco Escolar y Serrano, que le proporcionó a Buch sus registros climáticos de la capital tinerfeña para incorporarlos en su obra.

Desde Tenerife se trasladan a Gran Canaria, donde son recibidos en Las Palmas por el obispo Nicolás de Verdugo, que les recibió amablemente y les aseguró su protección durante toda la estancia en la isla. Recomendó para que les acompañara a su médico Juan Bautista Bandini Galli, miembro de la Real Sociedad Económica de Las Palmas, amigo de Viera y Clavijo y un gran conocedor de la historia natural de las islas.

Desde Gran Canaria se trasladó a La Palma. En la capital, Santa Cruz, pernoctaron en la casa de Felipe Massieu Monteverde, que había tenido la amabilidad de mandarla a abrir para que se hospedaran. Sus trabajos en la isla son de gran trascendencia, pues la palabra “caldera” proveniente de sus trabajos en la Caldera de Taburiente pasó a incorporarse a la terminología volcánica internacional desde la publicación de sus estudios.

Mientras se encontraban dispuestos a abandonar Canarias, la casualidad hizo que todavía visitara otra de las islas: Lanzarote. Cuando estaban esperando la llegada del *Albión*, el buque que debía de conducirlos a Inglaterra, el capitán recibe la orden de dirigirse a Lanzarote para cargar barrilla. De esa manera, el 11 de octubre partieron desde el Puerto de la Cruz a Lanzarote, la última isla que visitaría Buch y su amigo Smith.

Los trabajos de Leopold von Buch en la geología, fecundas en ideas, y sus observaciones de la geografía tectónica y regional, han sido una gran aportación a la ciencia de la geología, referencia obligada antes de la revolución del actualismo de Lyell. Su personalidad constituye un apego en la Historia de la geología. En sus largos viajes a través de toda Europa, casi todos hechos a pie según sus diarios, no sólo adquirió un sólido conocimiento práctico de la geología, sino que también le permitió el contacto con los más representantes naturalistas y geólogos de la época. Su libro *Physikalische Beschreibung der Kanarischen Inseln (Descripción física de las Islas Canarias)*, publicado en Berlín en 1825, es un relato original e instructivo, a pesar de sus errores.

El 8 de diciembre de 1815 llegó el barco donde viajaban Buch y Smith a Stockesbay, cerca de Portsmouth. Pero a los pocos días de la llegada de los naturalistas a Inglaterra, el naturalista y explorador inglés Joseph Banks le hizo le propuso a Christian Smith que le acompañara como botánico a una expedición al Congo. Joseph Banks (1743-1820), que había acompañado a James Cook en su primer viaje (1768-71), era por entonces un prestigioso naturalista y director de la prestigiosa *Royal Society* de Londres, hechos que influyeron en Smith para no rechazar la oferta. De esa manera el 28 de febrero de 1816 partió de nuevo de Inglaterra, pero esta vez para no regresar más. En julio llegó al Congo y el capitán Tuckery tenía la intención de remontar el río del

mismo nombre, pero cuando se encuentra con las cataratas se ve obligado a remontarlo por tierra. Los conflictos con los indígenas de la zona, las preocupaciones, la falta de víveres, el hambre y la fatiga, hacen que el proyecto fracase, encontrando la inmensa mayoría de los expedicionarios (un total de 40) la muerte, ocurriendo la de Christian Smith el 22 de septiembre de 1816. Gracias al él, el viaje de von Buch tuvo su impronta también en la botánica, pues hizo una enumeración de las plantas canarias y un estudio de la vegetación donde distingue la flora autóctona y la importada.

El otro científico destacable en el siglo XIX fue Ernst Heinrich Philipp Haeckel (1834-1919), naturalista y filósofo alemán, que muy joven se había trasladado a Inglaterra para conocer personalmente al que había sido su iniciador en la filosofía de la naturaleza: Charles Darwin.⁶⁹ Ernst Haeckel nació el 16 de febrero de 1834 en Potsdam. Su padre Carl Gottlob Haeckel (1781-1871) era consejero gubernamental superior para asuntos eclesiásticos y escolares en Merseburg y su madre Charlotte Auguste Henriette (1799-1889), era hija de Christoph Sethe (1767-1855), WGR prusiano, presidente jefe de Rhein. Revisions-u. Kassationshofs en Berlín.

Haeckel ya era un excelente conocedor de las plantas cuando aún era un alumno y su ilusión era hacerse botánico, sin embargo, para cumplir con los deseos de sus padres estudió medicina. Así pues, en 1852 ingresó en las universidades de Berlín, Wurtzburgo y Viena para estudiarla. Bajo la influencia de sus profesores Köelliker, Leydig y H. Mueller, Haeckel dirigió su interés especialmente a la anatomía comparada y a la histología. Se doctoró en 1857 en la Universidad de Berlín con una disertación sobre los tejidos del cangrejo de agua dulce; aprobó allí, 1858, el examen estatal y después renunció a la carrera de medicina para dedicarse a la anatomía comparada y a la zoología. Aconsejado por Carl Gegenbauer y con su apoyo hizo en 1861 se le concedió la *venia docenti* y al año siguiente el cargo de profesor de supernumerario de anatomía comparada, a la vez que se le concede la cátedra en la Universidad de Jena, creada expresamente para él. 1865 se cambió a la facultad de Filosofía y Letras como profesor de zoología y rechazó todo tipo de nombramiento honorífico (Wurtzburgo, Viena, Bonn) y permanecería en Jena hasta su muerte y jubilación (1909).

Ernst Haeckel consideró el viaje como una fuente imprescindible para su formación. Por tal razón, realizó numerosos antes de terminar su carrera académica. Por ejemplo, en 1857, recién finalizada la carrera, realizó un viaje de exploración zoológica a la isla de Heligoland y a Niza, y poco después lo realizaría a Italia y Sicilia donde permaneció largas temporadas.

Pero el auténtico viaje lo realizaría en 1866. En octubre de ese año Haeckel se trasladó a Inglaterra para conocer a Charles Darwin, el naturalista inglés que defendió apasionadamente desde 1862. Era un gran admirador y difundió el “darwinismo” en todos los centros académicos e instituciones culturales de Alemania, razón por la cual se le llamaba el “Darwin Alemán”. Darwin le presentó a los más distinguidos naturalistas y defensores del evolucionismo, Thomas Huxley y Joseph Hooker. Pero la visita a Inglaterra se enmarcaba dentro del proyecto de hacer un viaje de exploración científica por los archipiélagos de Madeira y Canarias y la costa africana. En octubre de 1866 Haeckel cogió en Londres el vapor portugués *Lusina* que dirigía a Lisboa, el mismo donde viajaba Richard Greeff. Después se trasladó a Madeira y aquí tomó el navío de guerra prusiano *Niobe* para realizar el viaje a Canarias. Ernst Haeckel subió el Teide, experiencia que relató en *Eine Besteigung des Pik von Teneriffa* (“Una ascensión

⁶⁹ GONZÁLEZ LEMUS, Nicolás. *Viajeros, naturalistas y escritores de habla alemana en Canarias*. Baile al Sol. Tenerife, 2003. Pág., 99

al Pico de Tenerife”).⁷⁰ La excursión la realizó en compañía del residente suizo Hermann Wildpret, uno de los pocos visitantes de lengua alemana que adoptó Canarias como tierra de residencia por el resto de su vida.⁷¹

Desde las islas Haecker se trasladó a Mogador, Tánger hasta alcanzar el sur de la Península.

No acabarían aún los viajes. En 1873 se trasladó a Egipto donde el virrey puso a su disposición un barco de guerra para explorar los arrecifes del Mar Rojo. Recorrió también Ceilán entre los años 1881/82 y Java y Sumatra (1900/01) dieron origen a numerosos acuarelas y descripciones en color, que todavía, en la actualidad, ejercen una poderosa atracción.

Haecker destacó por sus doctrinas sobre la unidad del Universo y la teoría de la evolución de los seres vivos. En este sentido fue un auténtico defensor y divulgador de las teorías de la naturaleza de Goethe y la teoría evolucionista de Lamark y Darwin, siendo considerado como el acuñador del término “ecología”, una ciencia en la cual jugó un destacado papel el Teide. A pesar de que su lucha contra los dogmas eclesiásticos y las generalizaciones teóricas le llevaron a disputas fuertes tanto con sus contrincantes ideológicos como con los científicos especializados, Ernst Haecker fue miembro de alrededor de 90 sociedades cultas y académicas, que le otorgaron extraordinarios galardones científicos y sus numerosas obras son conocidas en todos los países por haber sido traducidas en los principales idiomas.

Pero no todos eran naturalistas. El Teide se vio coronado con la ascensión de los mayores aventureros del siglo.

En primer lugar con Richard Francis Burton (1821-1890), quizá el explorador, viajero, escritor, traductor, militar, etc., que más destacó durante la época victoriana.

⁷⁰ Sobre el viaje de Ernst Haeckel al Teide, véase Wilpret de la Torre, Wolfredo, “Naturalistas y viajeros en Canarias durante el siglo XVIII y XIX” en *Canarias, parques rurales y naturales*. Gobierno de Canarias, 2000.

⁷¹ Llegó a la isla de la mano de amigo Hermann Honegger, residente en Tenerife, el cual se encontraba en Suiza buscando un jardinero joven que estuviera dispuesto a viajar a la isla. Wildpret llegó a Santa Cruz de Tenerife y comenzó a trabajar como jardinero de Honegger, pero a los dos años Honegger, liquida su negocio y se traslada al Puerto de la Cruz, donde se dedica a ganarse la vida como profesor de idiomas y más tarde en la hostelería. Wildpret decide instalarse en La Orotava, donde se dedicaría a la jardinería por su propia cuenta, y en 1859 contrajo matrimonio con Luisa Duque Suárez, con la que tuvo seis hijos. En 1860 solicita el puesto de jardinero que ha quedado vacante en el Jardín de Aclimatación de Plantas del Puerto de la Cruz, puesto que ocupó durante treinta años. Su labor como jardinero fue importantísima. Gracias a su actuación el jardín pasó de 220 especies catalogadas por él mismo en 1860 a 2.486 especies en 1879. Paralelamente a su trabajo de jardinero se dedica a realizar de horticultor y arboricultor y pronto se dedica a la venta de semillas, diseños de jardines, etc. Introdujo gran variedad de especies en las islas, identificó numerosas especies endémicas e injertó muchas otras. Gracias a su iniciativa y bajo su dirección se crearon algunos parques públicos en Santa Cruz, La Orotava y Puerto de La Cruz. Pero la actividad de Hermann Wildpret no se limitó solamente al mundo de las plantas sino también a la acción sociocultural. Fue miembro del Liceo Taoro y perteneció a la logia masónica Taoro 90, de la cual fue tesorero desde 1875 hasta 1878. También pertenecía a la misma su hijo German Wildpret Duque. En el año 1888 colaboró con gran entusiasmo en la organización de la Exposición Provincial de Horticultura celebrada en La Orotava y organizada por el Circulo Agrícola del Valle de La Orotava, ocupando Wildpret la vicepresidencia del Comité Organizador, así mismo, formó parte del jurado que otorgó los premios.

Hermann Wildpret era persona muy conocida y solicitada en Tenerife porque solía acompañar a los viajeros a visitar el Teide o a los encantadores jardines particulares de los hacendados isleños. En ese sentido actuó como *cicerone*, además de Ernst Haeckel, de Marianne North, Isaac Latimer y su hija Frances, E. Bolleter y muchos más.

También fue un lingüista que hablaba veinticinco lenguas y cuarenta dialectos. Las dominaba con tanta perfección que podía pasar por nativo. Fue el primer blanco que entró para explorar las ciudades sagradas de la Medina y la Meca, haciéndose pasar por musulmán. Pero por encima de todo es el paradigma del aventurero del siglo XIX, pues viajar era una de las grandes pasiones de Richard Burton. Fue el primer europeo en descubrir el lago Tanganika y junto con John Hanning Speck realizó la interesante expedición en busca de las fuentes del Nilo. Después de ser expulsado de la Universidad de Oxford in 1842 por problemas de disciplina, comienza su andadura militar hasta que se casa con Isabelle Arudell en 1861 y es nombrado cónsul en Fernando Poo. En agosto de ese año parte para la isla africana sin su esposa para tomar posesión de su nuevo cargo. En esa ocasión, llegó a Tenerife el 2 de septiembre y estuvo un día. La isla canaria le fascinó tanto que una vez hubo ocupado el consulado, en 1862 solicitó unas vacaciones para ir a descansar a Tenerife. Le fue concedido, pero con tan mala fortuna que en la isla se había declarado cuarentena a causa de la fiebre amarilla, lo que le obligó a continuar a Liverpool. Sin embargo, al año siguiente pudo coronar el sueño de visitar la isla. El viaje lo realizó esta vez con su esposa Isabel. Salieron de Inglaterra el 24 de enero de 1863, y después de permanecer un mes en Madeira, siguieron rumbo a Tenerife. En la isla permanecieron todo el tiempo residiendo en La Orotava, en el Hotel Hespérides, entonces llamado Hotel Govea. Los Burton fueron los únicos ingleses que se atrevieron a subir al Teide en invierno, cosa que no había hecho nadie desde 1797. La ascensión la realizaron el 22 de marzo.

Su ambición de riqueza le llevó a explorar África en busca de minas de oro con la esperanza de proporcionarle el suficiente dinero para poner fin a sus dificultades financieras. Con el respaldo de un comerciante y empresario de Liverpool llamado John Irvine, que detentaba amplios derechos de explotación minera en la costa occidental africana, y el comandante aventurero Verney Lowett Cameron, Burton se hizo a la mar en noviembre de 1881. La operación fue un auténtico fracaso y a mediados de mayo de 1882 estaban los dos de regreso en Londres. En esa ocasión, Richard Burton visitó de nuevo Canarias, esta vez Tenerife y Las Palmas, pero no subió al Teide en esta ocasión. La muerte le sorprendió el 20 de octubre de 1890 en Trieste, la ciudad donde vivió dieciocho años. Tras la cama fue colocado el mapa de África en memoria del continente que llevaba en su corazón.

El otro afamado aventurero imposible de omitir es al alemán Hans Heinrich Joseph Meyer (1858-1929).⁷² Hans Meyer fue un destacado explorador y geógrafo que nació el 22 de marzo de 1858 en Hildburghausen. Su hermano Hermann (1871-1932) fue otro gran explorador, además de editor, que emprendió una expedición al Brasil Central entre 1895 y 1897 y fundó las colonias alemanas Neu Wuerttemberg, Xingu y Fortalez en el Estado Federal de Río Grande Do Sul y se casó con una hija del zoológico Ernst Haeckel llamada Elisabeth.

Después de su doctorado, Meyer emprendió un viaje alrededor del mundo entre los años 1881 y 1882, el cual le llevó a América pasando por la India, el Archipiélago de Sunda y las Filipinas. En 1884 se integró en el negocio de su padre, el Instituto Bibliográfico en Leipzig, en calidad de director científico. Entre los años 1886-1887 tuvo lugar su primer viaje a África, un continente el cual visitaría hasta 1895. Recorrió el África oriental pasando por Ciudad del Cabo, Kimberley, Transvaal, Natal, Mozambique y Zanzibar. Fue en este primer encuentro con África cuando intentó ascender al Kilimanjaro. La montaña había sido precisamente mencionada por primera vez por los misioneros alemanes Johannes Rebmann y Ludwig Krapf en 1848, pero la

⁷² *Ibidem*, pp., 137.

noticia fue acogida con escepticismo por los geógrafos del momento, siendo más tarde cuando empezó a despertarse el interés. En esta primera ascensión Hans Meyer llegó a la altura del hielo por falta de equipamiento adecuado, viéndose pues obligado a volver. Cuando regresa a Alemania, ya es un personaje célebre debido a que aún la explotación del interior de África era una aventura heroica y el Kilimanjaro todavía no había sido ascendido. Meyer organiza una segunda expedición en 1888, junto a Oscar Baumann, pero de nuevo tuvo que abortar el proyecto a consecuencia de una sublevación árabe. Por fin, en su tercer intento, en 1889, llegó, junto al alpinista australiano Ludwig Purtscheller, al punto conocido por Cumbre del Emperador Guillermo, el cráter de Kibo, a 5.895 metros de altura, la elevación más alta de África. Meyer y Purtscheller fueron pues los primeros europeos en ascender al punto más alto del Kilimanjaro.

Meyer hizo una cuarta expedición al Kilimanjaro en 1894 cuyo objetivo era la observación específica de las condiciones del hielo del volcán. Es precisamente en esta ocasión cuando aprovecha para visitar Tenerife con el objeto de subir al Teide. Hizo sus propias mediciones altimétricas y para ayudarse se apoyó en los trabajos realizados por Webb, Berthelot, Friçstch, Hartung, Reiss, Smyth, Simony, y dos destacados botánicos Hermann Christ y Carl Bolle. Recibió ayuda y asesoramiento de Hermann Wildpret. Amante de las montañas, Meyer compara el Teide con el Kilimanjaro catalogándolos como dos reyes, uno alzándose en medio del océano y el otro en medio de desiertos y estepas. Sus relatos *Winterffahren auf Teneriffa* “Viajes en invierno a Tenerife”, publicado en Jena en 1894, y *Die Insel Tenerife, Wanderungen im kanarischen Hoch und Tiefland* (“La isla de Tenerife, senderismo en la altitud y medianías”), publicado en Leipzig en 1896, y el interesante trabajo *Die Urbewohner der Canarischen Inseln* (“Los aborígenes de las Islas Canarias”) ilustran sus experiencia e inquietudes intelectuales en tierras isleñas. Su viaje al Ecuador (1903), donde escaló los volcanes Antisana, Chimborazo y Cotopaxi, le proporcionó las experiencias necesarias para profundizar en sus estudios vulcanológicos. En 1911 recorrió por última vez África oriental: Ruanda, Urundi y los volcanes Karissimbi y Niragongo.

Meyer se convirtió en un destacado viajero y geógrafo de reputación, pues sus esfuerzos continuos como explorador y profesor académico eran para dar fundamento científico a la geografía colonial a través del estudio de los países. Sus estudios de los volcanes y glaciares tropicales lo llevó además a la exploración de las colonias alemanas. En 1914 Meyer renunció de la dirección del Instituto Geográfico. Le encargaron la cátedra para Geografía y Políticas Coloniales en Leipzig (1915), la cual ejerció hasta el año 1928, año de su jubilación.

En 1929 realizó su segundo o tercer viaje a Canarias, donde enfermó gravemente y como consecuencia de la misma fallecería el 5 de julio de 1929 en Leipzig.

ASTRONOMÍA Y METEOROLOGÍA EN LAS CAÑADAS Y EN EL TEIDE.

Exactamente doce años después de la visita frustrada de Charles Darwin a tierras isleñas le va a llegar la hora de la astronomía al Teide con Charles Piazzi Smith. Con este escocés se inicia la era astronómica de la montaña de Tenerife y en Canarias y que concluirá con la instalación de los observatorios de las Cañadas y los Roques de los Muchachos en La Palma. La verdad es que desde mediados del siglo XVIII, cuando la astronomía empezaba a ocupar un capítulo importante en la ciencia europea, se había destacado el Teide para realizar observaciones del cielo. El más claro exponente de la idea de establecer un observatorio en la montaña de Tenerife fue George Glas. En su *Description of the Canary Islands*, publicado en Londres en 1764, señaló:

*No hay lugar en el mundo más apropiado para un observatorio que la Estancia, si se construyera allí una casa caliente y cómoda, para instalar astrónomos cuando dura el buen tiempo, o sea, todo el mes de julio, agosto y septiembre.*⁷³

El mismo Viera y Clavijo en su *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, indicó que el Teide había sido considerado a lo largo de los años como el sitio del mundo más apropiado para las observaciones del cielo y de la atmósfera. Trae a la luz al marqués de Saint-Aubin porque declaró que si él pudiera establecer algunos astrónomos en un observatorio establecido en la cumbre del Teide “tal vez todas las distancias de los planetas y de las estrellas fijas, todas las magnitudes de los globos, toda la forma del universo y la colocación entera de los cielos recibirían una mutación potentosa, por medio de las nuevas observaciones”.⁷⁴

Años después, Hugh Clapperton, joven aventurero y explorador escocés, miembro de la *Royal Navy*, que exploró el Sahara y la costa occidental de África y fue el primer europeo que se adentró en Nigeria, acompañado de Robert Pearce y otros ingleses, visitó Tenerife en octubre de 1825 para realizar mediciones termométricas a diferentes altitudes del Teide. Sus trabajos fueron de suma importancia. Constituyen en sí los primeros registros que se hacen de este tipo en la montaña de la isla. Además, sus observaciones se realizaron simultáneamente con Santa Cruz y el Puerto de la Cruz. No es ésta la única referencia, que por razones obvias eludimos de traer aquí. En la década de los veinte también fueron importantes los experimentos meteorológicos del clérigo Robert Edward Alison. La primera ascensión la hizo en octubre de 1827 y la segunda en febrero de 1829. En las ocasiones que visitó Tenerife se hospedó en el convento de San Agustín de La Orotava. Sus crónicas desde Alta Vista en el Teide sobre la inimaginable claridad del cielo para la observación de las estrellas y los planetas animó a más de un astrónomo a elegir la montaña como base de operaciones para realizar sus observaciones astronómicas.

En efecto, la excelente pureza del cielo de las Cañadas del Teide para la observación de las estrellas y los planetas, reclamándolo como lugar idóneo para el establecimiento de una estación astronómica, así como los elogios recibidos por la inmensa mayoría de los viajeros, animaron a más de un astrónomo a elegir el Teide como base para sus observaciones. En 1833 vino desde París Despreaux para llevar a cabo observaciones astronómicas en lo alto de la montaña -probablemente en Altavista, emplazamiento indicado como idóneo con anterioridad- pero con tal mala suerte que sufrió una caída y no pudo subir más arriba de la Estancia de los Ingleses. Sin embargo, mejor suerte tuvo Piazzi Smyth. Es el auténtico protagonista de la historia astronómica del Teide en el siglo XIX.

Los trabajos de Charles Piazzi Smyth en las colinas de Sudáfrica le habían convencido que los lugares montañosos daban las mejores condiciones para las observaciones del cielo. Fue el primero que apostó por la “astronomía de montaña”, siguiendo la recomendación de Newton hace más de un siglo.⁷⁵

¿Que montañas podrían ser las más apropiadas para hacer las observaciones?, fue la cuestión para Piazzi Smyth, quién concluyó que las Islas Canarias pudieran proveer condiciones excepcionalmente favorables. Estaba la isla de Tenerife, por

⁷³ De la traducción de Constantino Aznar de Acevedo, *Descripción de las Islas Canarias* de George Glas, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1999.

⁷⁴ VIERA y CLAVIJO, José. *Op. Cit.* Págs., 224-225.

⁷⁵ BRÜCK, H.A. y BRÜCK, M.T. *The Peripatetic Astronomer. The life of Charles Piazzi Smyth.* Adam Hilger. Bristol, Great Britain, 1988. Pág., 48.

ejemplo, con su Teide a una elevación de 12,500 pies, donde se podía montar unos telescopios con más facilidades que en cualquier otra montaña conocida.

Piazzzi Smyth presentó sus ideas acerca de la astronomía de montaña a la Junta de Visitantes en agosto de 1852, pidiéndoles su apoyo para una expedición experimental al Pico de Tenerife. La respuesta de los miembros de la Junta, a su propuesta era favorable, pero temían a los gastos, ya que beca que recibía el Observatorio de Edimburgo del Gobierno era modesta. Convencido de la viabilidad de su proyecto recurre a amigos y otras instancias en busca de apoyo como la del astrónomo John Herschel, en 1853, y en 1855 la de *British Association*, en Glasgow.⁷⁶ La idea fue extendiéndose y alcanzó al *First Lord of the Admiralty*, a la *Royal Society* de Londres, la *Royal Astronomical Society*, la *Ordinance Survey* (oficina para la elaboración de mapas), mostrándose todos ellos a favor del proyecto. Por fortuna para Piazzzi Smith la noticia alcanzó a Robert Stephenson, gran ingeniero de ferrocarriles e inventor del *Stephenson's Rocket*. Stephenson estaba de acuerdo con todas las pretensiones de Piazzzi Smyth acerca de la superioridad de los lugares de montaña, confirmándolas por sus propias experiencias en las Cordilleras de América del Sur. Las sugerencias de Piazzzi Smyth impresionó tanto, que le invitó a navegar con él a Tenerife en su muy amado yate, el *Titania*.

Piazzzi Smyth no perdió tiempo en hacer los preparativos de la expedición. Su primer problema era buscar los instrumentos necesarios tan rápido como fuera posible, pues como el observatorio de Edimburgo tenía pocos, tuvo que ingeniárselas para conseguirlos. Pero inmediatamente le llegaron ofertas de amigos y colegas. Como los telescopios del observatorio sólo tenían un refractor de 3 pulgadas, su amigo H.L. Patterson, un químico metalúrgico que tenía su propio observatorio privado en Gateshead (Newcastle-upon-Tyne), le prestó un refractor potente de 7 ¼ pulgadas, montado ecuatorialmente; un actinómetro para medir la radiaciones del Sol fue cedido por G.B. Airy, astrónomo real; un espectroscopio de cuarzo, fue facilitado por G.G. Stokes de Cambridge; un termomultiplicador para observaciones infrarroja, cedido por J.P. Gassiot; barómetros y termómetros prestados por John Lee de *Hartwell House*; un heliómetro para observar la separación angular de dobles estrellas, por James Nasmyth; y así una serie de personas vinculadas al mundo de la ciencia y la astronomía.⁷⁷

El *Titania* y su tripulación estaban puestos a la disposición de Piazzzi Smyth durante toda la expedición. La señora de Piazzzi Smyth, Jessica, acompañaría a su marido como su ayudante voluntario; esta expedición sería la primera de las muchas aventuras que compartieron la pareja. Todos los preparativos estaban listos en junio de 1856, y con los instrumentos y el equipaje almacenados, los Smyth zarparon de Cowes, el 3 de junio. El *Titania* llegó el 8 de julio a Santa Cruz de Tenerife, donde el grupo de pasajeros fue recibido por las autoridades de la isla, y, entre otros, el señor Charles Smith, graduado de St. John's College, Cambridge, residente desde hacía 20 años en Sitio Litre del Puerto de la Cruz. Nada más tomar tierra se dirige al Puerto para entrevistarse con el vicecónsul del lugar y plantearle sus intenciones. Piazzzi Smyth comenzó la subida a la montaña de Guajara el 14 de julio, y la excursión consistía en el sobrino del vicecónsul en funciones, Andrew Carpenter, actuando como intérprete, un carpintero, William Neale, un suboficial del *Titania*, William Corke y dos guías españoles. El capitán del yate, L. Corke, debería quedarse a bordo, mientras que el barco estaba en las afueras del Puerto de Santa Cruz, para recoger información meteorológica, al nivel del mar, para, más tarde, hacer comparaciones con la

⁷⁶ *Ibidem*, pág., 49

⁷⁷ *Philosophical Transaction*, Vol. 148 (1858). Págs., 466-467.

información obtenida por Piazzzi Smyth en la montaña.⁷⁸ El pequeño grupo fue acompañado por una procesión de veinte mulas, y la misma cantidad de muleteros, quienes habían cargado a los animales de cajas, llenas de instrumentos, y una colección de equipaje y provisiones. El grupo tuvo una subida larga, calurosa y difícil hacia la cima de la montaña de Guajara, donde llegaron por la tarde del mismo día, el 14 julio. Pasaron los próximos días construyendo un refugio habitable, con un número de gruesos muros de piedra, de los cuales podrían colocar las hamacas y las tiendas, para proteger el grupo y sus instrumentos del viento y las incidencias del tiempo. Acampó aquí durante cinco semanas.

El trabajo empezó inmediatamente, con lecturas constantes de las condiciones meteorológicas tales como temperatura, humedad, velocidad y dirección del viento. En una semana, el telescopio *Sheepshanks* fue colocado dentro de un recinto de muros de piedra, de 5 pies de alto. Las primeras observaciones hechas por Piazzzi Smyth con este telescopio eran suficientes para confirmar completamente todas las predicciones que él había hecho sobre las ventajas de un lugar montañoso. Estaba impresionado por la destacada definición y perfecta estabilidad de las imágenes estelares en su telescopio. Encontró el cielo tan claro que no tuvo ninguna dificultad en encontrar estrellas de la segunda magnitud, en la luz del día, durante una o dos horas antes de la caída del Sol. Hizo observaciones del Sol y su espectro, y estudios de diversos fenómenos atmosféricos, tales como la polarización de la luz del cielo; investigó la radiación infrarroja de la Luna. Piazzzi Smyth observó el Sol para realizar el estudio de la absorción de la luz solar por el aire de la atmósfera terrestre, un problema que durante años fue el centro de interés de distinguidos científicos como Herschel, Brewster y Forbes. Descubrió, lo que hoy día es obvio, pero que en aquel entonces era inesperado, es decir, que la terminación del espectro solar, en los lados rojos y violetas, se termina como consecuencia de la atmósfera interpuesta de la Tierra, y que no es intrínseco del Sol. Una importante observación hecha por Piazzzi Smyth, en la montaña de Guajara, fue su cálculo cuantitativo de la radiación termal de la Luna. Fue el primer astrónomo en medir la radiación infrarroja de una fuente celestial, aparte de la del Sol. Examinó la luz 'Zodiacal'. Airy tenía razón cuando sugería que el problema de la posición de la luz 'Z' en el espacio pudo ser decidida en el Pico de Teide.⁷⁹ Vio con facilidad las estrellas dobles. Fueron tan impresionantes que Piazzzi Smyth pensaba que valdría la pena examinarlas en otro lugar y a más altitud.

Aunque las condiciones de observación eran buenas en la montaña de Guajara, Piazzzi Smyth tenía a veces molestias por la presencia de calima. Para evitarla decidió trasladarse hasta una altitud incluso más alta, y en el 21 agosto, el grupo subía al Teide hasta Altavista, una altitud de 10,700 pies. "La hora ha venido," escribía en su diario "de cansar cada nervio para cumplir la principal propuesta de esta expedición, es decir, colocar el telescopio más grande, en la parte más alta de la montaña". Esto fue el telescopio Pattinson de 7¼ pulgadas, todavía en La Orotava, porque el transporte de las cajas enormes y pesadas había sido declarado imposible. Piazzzi Smyth bajó de la montaña, y, con la ayuda de un mecánico astuto alemán residente en el Puerto de la Cruz -el cual había ofrecido sus servicios como un observador meteorológico- desarmó el instrumento, y puso sus partes en 7 pequeñas cajas, que fueron transportadas por las mulas. Todo eso fue cuidadosamente montado de nuevo en Altavista, sobre una plataforma dentro de un recinto de piedra de unos 55 metros cuadrados con unos muros

⁷⁸ BRÜCK, H.A. y BRÜCK, M.T. *Op. Cit.* Pág., 52.

⁷⁹ *Ibidem*, pág., 46

de 1,20 metros de ancho y 1,82 de alto.⁸⁰ El traslado a Altavista valió la pena. La definición de las imágenes de las estrellas era tan perfecta que, usando el telescopio Pattinson, los componentes de las estrellas dobles, de una distancia de menos que un segundo de arco, podrían ser separados fácilmente. Piazzzi Smyth observó 56 estrellas dobles seleccionadas del libro *Ciclo de Objetos Celestiales* escrito por su padre, haciendo medidas de sus separaciones, y haciendo nota de los colores de sus componentes.⁸¹ También en Altavista, las imágenes telescópicas de planetas, y, en particular, de Júpiter, cerca del cenit, eran magníficas, “una vista muy diferente de cualquiera de las obtenidas por astrónomos europeos, durante muchos años”. Los dibujos de Piazzzi Smyth de Júpiter son impresionantes. Se le había sugerido que hiciera observaciones de las manchas solares, pero como estaba cerca del periodo mínimo de tales manchas, no pudo conseguirlo. Piazzzi Smyth intentó fotografiar la superficie del Sol, para mostrar el descenso en brillantez de su disco, desde el centro hasta el borde, un fenómeno bien conocido desde los primeros días del telescopio, pero nunca había sido fotografiado antes. El hábil carpintero del barco inventó una caja para la cámara fotográfica, y un obturador con gatillo, pero el astrónomo escocés no estaba contento con sus fotos, y no las publicó.

Durante los meses que Piazzzi Smyth y sus ayudantes permanecieron en Tenerife reunieron una formidable cantidad de observaciones meteorológicas en las dos estaciones de montaña (Guajara y Altavista) y durante las excursiones alrededor de la isla: Hizo un enorme esfuerzo para recoger las características geológicas del Gran Cráter (las Cañadas).⁸² Examinó la Cueva del Hielo siguiendo el consejo de Herschel que le había insinuado “hay que investigar este hecho, hacer observaciones precisas, y recoger cuidadosamente las circunstancias concomitantes”. La petición de Herschel era difícil para un astrónomo, pero el escocés se puso serio, y redactó un largo informe sobre los resultados.⁸³ Utilizó las fotografías estereoscópicas. Eran las imágenes que se obtenían mediante una cámara de dos objetivos situados a una distancia similar a la que separa los ojos (65 mm). Estas imágenes al ser contempladas con el visor adecuado producen efecto tridimensional. Los visores, denominados estereóscopios al igual que las cámaras, fueron ideados por F-A. Elliot en 1837.

El *Titania* salió de Tenerife el 20 de septiembre, y llegó a Southampton el 14 de octubre.

Por la valiosa información que llevó Piazzzi Smyth de Tenerife, por la propia expedición que sólo duró tres meses, y por su bajo coste, sólo £500 libras, siendo una de las misiones científicas menos caras jamás hecha, se le considera una de las mejores.⁸⁴

Después de su regreso, el astrónomo británico inmediatamente se puso a trabajar con los resultados obtenidos en la excursión realizada a Tenerife y hacer uso de las fotografías obtenidas en la isla. Ya en 1857, es decir, al año siguiente de su viaje, Piazzzi Smyth había elaborado un informe de 10 volúmenes.⁸⁵

La historia de las experiencias en las Cañadas del Teide, *Teneriffe, An Astronomer's Experiment or Specialties of a Residence above the Clouds* fue publicada antes de los informes científicos. Fue el primer libro editado con fotografías

⁸⁰ PIAZZI SMYTH, Charles. *Tenerife, An Astronomer's Experiment or Specialties of a Residence above the Clouds*. Lovell Reeve. London, 1858. Pág., 241

⁸¹ BRÜCK, H.A. y BRÜCK, M.T. *Op. Cit.* Pág., 62

⁸² PIAZZI SMYTH, Charles. *Op. Cit.* Pág., 143

⁸³ BRÜCK, H.A. y BRÜCK, M.T. *Op. Cit.* Pág., 64

⁸⁴ *Ibidem*.

⁸⁵ SCHAAF, Larry. “Piazzzi Smyth en Tenerife”, en *History of fotografía*, vol. 4, nº 4 (Oct. 1980).

estereoscópicas, curiosamente reveladas por Jessica, que ayudó a Piazzzi Smyth no sólo en las fotografías sino en todas las otras actividades. Piazzzi Smyth tuvo éxito en la reproducción de estas fotos gracias a su editor, Lovell Reeve de Londres, que incluyó 20 vistas en el libro, en una edición de 2.000 copias.

En memoria de los trabajos realizados por Charles Piazzzi Smyth en Tenerife, el astrónomo alemán German Schröeter dio el nombre de *Pico* a uno de los promontorios de la Luna y el británico R.W. Birt le daría otro con el nombre *Montaña de Tenerife*, también en la Luna.

Pero después de los experimentos de Charles Piazzzi Smyth en el verano de 1856, el Teide no acogería a otro científico hasta 1878. Se trataba de William Marcet. Tan pronto se fundó la *Royal Meteorological Society* de Londres (RMS) asumió la clara misión de ampliar el conocimiento de la climatología. A partir de 1867, la RMS se ocupa de las islas Británicas, toda Europa, donde incluía las Canarias. Sin embargo, el primer acercamiento de la RMS al archipiélago, concretamente a Tenerife, la realizó en 1878 su presidente William Marcet. Con los análisis climáticos del doctor Marcet, Tenerife, al igual que las Canarias, queda definitivamente reconocida en una de las más prestigiosas sociedades científicas de Inglaterra.

Marcet nació en Ginebra en el año 1829. Era hijo de un profesor escocés establecido en Bélgica, Francis Marcet, y nieto del prestigioso médico Alexander Marcet. Estudió la carrera de medicina (1846-1850), especialidad de laringología, en Edimburgo. En 1855 se estableció en Londres como médico del *Westminster Hospital* y el 1857 ingresó en la *Royal Society*, en reconocimiento por sus trabajos en la química de la digestión y la acción del alcohol en el cuerpo.⁸⁶ El interés por la investigación científica le conduce en 1867 a trabajar en los laboratorios del Hospital de enfermedades del pecho de *Brompton*. A partir de entonces comenzó la investigación de los efectos del clima sobre las enfermedades respiratorias. En 1876 ingresó en la *Royal Meteorological Society* de la que fue presidente entre 1888 y 1889.⁸⁷

Después de realizar ciertos estudios sobre los climas de los más importantes *health resorts* (centros médico-turísticos) de la Francia mediterránea (Niza, Cannes, etc.), William Marcet se interesó por la climatología de Egipto y Tenerife. Salió de Londres el 14 de junio de 1878 hacia Madeira, donde permaneció alrededor de unos diez días. A finales de junio vino a Tenerife. Se hospedó en el hotel Turnbull del Puerto de la Cruz hasta que regresó a Inglaterra el 4 de agosto. William Marcet hizo algunos estudios sobre las características climatológicas de Tenerife con fines terapéuticos. Realizó también observaciones de las temperaturas del agua del mar en el Puerto de la Cruz; de la humedad relativa del lugar, obteniendo el grado de humedad de 63,3, muy por debajo de Funchal; midió las diferencias de temperaturas entre el día y la noche, etc. Importante fue el estudio comparativo que hizo de las temperaturas de Tenerife y los *health resorts* y centros turísticos del momento: norte de África, sur de Europa y las Antillas y los experimentos en el Teide.

El interés de William Marcet por el Teide estaba estrechamente relacionado con la climatoterapia. Su auténtico objetivo era establecerse tres semanas en las Cañadas, pero sobre todo, en el Teide. Eligió la explanada de Altavista para pernoctar, el lugar donde Charles Piazzzi Smyth había construido 18 años antes el refugio para realizar sus experimentos astronómicos. Como había hecho su compatriota, instala la tienda de campaña para realizar sus observaciones geográficas. Fue el primero que estudió el clima de las Cañadas con fines terapéuticos. En esta época empezó a cobrar importancia el "turismo" de montaña en centroeuropa, pues se creía que el frío y pureza de aire en los

⁸⁶ *Weather*. vol. 52 n° 3, marzo 1997. RMS. Pág., 87.

⁸⁷ *Ibidem*.

climas de altura, las zonas situadas por encima de 1.200 m eran beneficiosos para la cura de la tuberculosis y otras enfermedades. Como consecuencia de ello, una pléyade de estudios, fundamentalmente a cargo de doctores británicos, comenzaron a realizarse en lugares de altitudes de 2.500 a 3.500 metros -Quito, Riobamba y Ambato por Edward Whymper, Jauja por el doctor Webwe, en La Paz por el doctor Bert, en ciudad de México por el doctor Jourdanet, o Davos, la estación de altitud por excelencia, por Williams, etc.-. A raíz de todos estos experimentos se creyó que el aire puro de montaña curaba la tuberculosis. Sus estudios revelaban que la tuberculosis en estos sitios era prácticamente desconocida, nula. Esa fue la razón de la verdadera invasión de tuberculosos de toda Europa a los *sanatorium* establecidos en las montañas de Suiza. El poder antiséptico de las atmósferas frías y secas de esos lugares de altura también se encontraba en la cañada que albergaba el Pico de Teide.

Con sus instrumentos científicos y una caseta de campaña y demás elementos para una acampada de 15 días en Altavista, a las 7 de la mañana del miércoles 28 de junio William Marcet partió del Puerto de la Cruz hacia el Teide para realizar sus experimentos. Marcet destacó la gran oscilación térmica que se daba en las Cañadas y sobre todo en Altavista, donde las temperaturas podían bajar por debajo de cero grados. Entre otras observaciones Marcet midió la proporción de aire respirado y ácido carbónico espirado en la costa de Tenerife y la contrastó con el espirado durante los 12 días que permaneció en Altavista. Durante el ascenso al Teide tuvo un accidente y como consecuencia del mismo se le rompió el barómetro. Por tal razón, no pudo medir la presión atmosférica. No es mi intención dar detalles de sus investigaciones, sino el ofrecer los resultados obtenidos, o en otras palabras, de sus conclusiones:

*En la costa de la isla de Tenerife respiré 12 litros de aire por un gramo de ácido carbónico espirado y en la base del cráter del Pico, a unos 2.580 m. (10,700 pies), el volumen de aire que yo arrojé desde los pulmones descendió a 10,3 litros por la misma cantidad de ácido carbónico.*⁸⁸

Esta influencia era más o menos acentuada de acuerdo con las personas. Pero los resultados de su experimento coincidían con los realizados por sus compatriotas en *health resorts* de montaña, a saber, que a cierta altitud era menor el aire respirado para espirar el ácido carbónico que en la costa. Es decir, una persona respirará menos aire para producir el mismo efecto en el cuerpo que en un punto más bajo. La oxigenación, es decir, el oxígeno del aire que llega a la sangre a través de los tejidos del pulmón, se realiza con facilidad, sin embargo, la cantidad absoluta suministrada al cuerpo es más pequeña que en las bajas latitudes. Por otro lado, duda que el frío sea beneficioso. Creyó firmemente que la ausencia de tuberculosos pulmonares a esa altitud no se debía a los efectos del frío, sino a su atmósfera seca. Así pues, la caída de la temperatura nocturna descalificaba las Cañadas. Creyó que las estaciones intermedias y bajas eran mejores para la convalecencia.

La influencia de las opiniones de William Marcet entre los locales fue enorme, pues entabló amistad y correspondencia con muchos isleños muy interesados en el turismo, como los doctores Tomás Zerolo y Víctor Pérez. A partir de estos momentos, las referencias al clima insular y su relación con la medicina pasan a formar parte constante en los relatos de los viajeros, pero ya apoyándose en los trabajos sobre todo de James Clark, William Wilde, Gabriel de Belcastel y William Marcet. Sus opiniones pasarán a la historia del turismo en Canarias, pues se les debe a ellos haber resuelto definitivamente el

⁸⁸ MARCET. W. *Op. Cit.* Pág. 335.

problema de la idoneidad de Canarias para la convalecencia de los *invalids* nórdicos europeos. A partir de ahora, los antiguos *health resorts*, con larga tradición de la cuenca mediterránea, Argelia, Egipto, etc. y el sur de Francia e Italia quedan totalmente desplazados. Nació así el interés por las Canarias.

Después de los británicos Charles Piazzzi Smyth y William Marcet el Teide va a recibir la visita de un singular naturalista centroeuropeo: el matemático y alpinista Oscar Simony. Nació en Viena el 23 de abril de 1852 y era hijo de Friedrich Simony (1812-1896), geógrafo y explorador checo, conservador del Museo Provincial de Klagenfurt, geólogo del Instituto de Geología de Viena y profesor numerario de geografía de la Universidad de Viena. Durante su tercer año en la Universidad, Oscar Simony fue nombrado profesor suplente de matemáticas en la Academia de Comercio de Viena, docencia que ejerció desde octubre de 1873 hasta julio de 1874). Se doctoró en abril de 1874 (o en mayo de 1875). Su doctorado lo habilitó para la enseñanza de las matemáticas y física. Precisamente la Academia de Ciencias Forestales de Mariabrunn le ofreció un puesto de docente honorario de matemáticas y de mecánica teórica. En mayo de 1875 fue nombrado *Privatdozent* de matemáticas en la Universidad de Viena. También enseña en la Escuela superior de Agricultura de Viena a partir de 1875-1876.

Oscar Simony efectuó tres viajes a las Islas Canarias durante las vacaciones de verano de los años 1888, 1889 y 1890. Era un aficionado a la astronomía y además a la fotografía. Permaneció 18 días en el Teide para llevar a cabo estudios del espectro ultravioleta del Sol. El espectrógrafo que usó pesaba 40 kilos y lo subió el mismo sobre sus espaldas. Tomó un buen puñado de fotografías solares y de carácter geológica-paleontológica. Durante su primera estancia en las Cañadas, Oscar Simony se perdió una semana, originando una enorme preocupación tanto entre sus familiares en Austria como entre las autoridades locales. Simony se suicidó lanzándose de su ventana del segundo piso en Viena el 6 de abril de 1915.

LAS EXPEDICIONES ALEMANAS Y LA LLEGADA DEL SIGLO XX

El siglo XX va a florecer un abanico mucho mayor de acontecimientos históricos. Desde las primeras décadas del siglo se pusieron de moda las reproducciones fotográficas a través de las tarjetas postales. Las postales supusieron un fiel reflejo de la fotografía de los primeros años del siglo y alcanzaron una gran difusión entre 1900 y 1930. Las tarjetas postales de estos años, llamémosles antiguas, estaban reglamentadas por la UNION POSTAL UNIVERSAL, y en su mayoría eran las propias fotos, ya que cuando se revelaban se les imprimían por detrás las letras alusivas a postales. Solían medir 9x14. Cuando la industria privada comenzó a su vez a colorearlas y producir nuevos modelos, las postales se pusieron de moda entre las clases medias y burguesas de la época. Coleccionar y enviar postales se convirtió en una práctica usual.

En los comienzos del siglo XX alcanzaron gran popularidad algunas de las casas especializadas en su comercialización como Cuatro Naciones, Isidoro Luz, Wildpret Bros, English Bazar, en Tenerife, o Librería Internacional A. Gerbert, Bazar Alemán, en Gran Canaria. También era normal que los mismos fotógrafos vendieran sus fotopostales en sus estudios fotográficos, como sucedió con el portugués Jordao da Luz Perestrello en el Puerto de la Luz, o el alemán Maximilian Lohr, establecido en la calle de San Francisco de Santa Cruz, y que comercializaba sus postales con el nombre comercial Fotografía Alemana. La tarjeta postal fue el nuevo vehículo de difusión de la imagen del Teide.

A partir de los años cincuenta la tarjeta postal cambió de estilo y formato. Ahora será la tarjeta turística la que hace su aparición, donde la imagen del Teide aparece dominando el paisaje isleño, junto a escenas rurales. Aparece el tamaño 10x15, y dos nuevas, la POSTAL PANORÁMICA, de 11x22, y la POSTAL GIGANTE, 15x22,50.

En los años sesenta comienza a representarse al Teide con elementos propios del tipismo y folclore, como los magos y magas en sus trajes típicos, un tipo de tarjeta turística que se proyectó en los setenta y ochenta.

Por último, en los noventa y dos mil el Teide se combina con elementos iconográficos turísticos dominantes, como sol y playa, arquitectura, rincones típicos, etc. Aparecen el tamaño 15x15 y nuevos modelos de tarjetas mucho más sofisticadas.

También en las primeras décadas del siglo el emplazamiento de las Cañadas fue protagonista de unas de las ocupaciones más relevantes de su historia. Todo empezó con el arrendamiento del hotel Taoro a una compañía alemana. En la primavera de 1887 se fundó en el Puerto de la Cruz la sociedad anónima *Taoro Company Limited*, también llamada la “Taoro, Compañía de Construcción y Explotación de Hoteles y Villas del valle de La Orotava”, responsable de la construcción del hotel Taoro, comenzando en julio de 1888 y el 22 de diciembre de 1890 se inauguró la parte central, quedando definitivamente terminado en julio de 1893. El hotel desde el primer momento de su andadura fue un fracaso por sus altos costes de construcción y salvo algunas temporadas relativamente buenas, en general, la ocupación fue baja. La consecuencia inmediata fue una crisis financiera que obligó a sus propietarios a ponerlo en venta. En la medida en que era mucho dinero el costo del inmueble, la compañía entró en contacto con el secretario general de la Asociación Internacional Antituberculosis y destacado miembro de la Cruz Roja, el médico alemán Gotthold Pannwitz para el arrendamiento del hotel en 1905. Al año siguiente, en 1906, el doctor Pannwitz formó una compañía en Charlottenburg (Alemania), denominada la *Kurhaus Betriebs Gesellschaft* (Sociedad de Explotación del Sanatorio) con un capital inicial de 150.000 marcos alemanes (al cambio unas 195.000 pesetas, aproximadamente).⁸⁹ A partir de esos momentos el hotel se llamará Humboldt. Es el inicio de una intensa actividad germana en Tenerife que tuvo al Teide como protagonista de una serie de expediciones científicas.

La primera de esas expediciones es la organizada por el Instituto Politécnico Federado de Zurich desde el 24 de marzo al 27 de abril de 1908, en la que participan un grupo de profesores y estudiantes, la mayoría de ellos del instituto⁹⁰. Estaba la frente el doctor Martin Rikli.⁹¹ Junto a él tomó parte Carl Schröter,⁹² que estuvo al cuidado de redactar los informes de viaje. Acompañaban a Schröter y Rikli el inspector jardinero Willy Lang de Berlín, el doctor Rübél de Zurich, que estudió la intensidad lumínica química, y con el estudiante Schuepp analizó la demografía, Selig que se encargó del estudio de los detalles económicos, los estudiantes Waser y Stoll que realizaban las mediciones de temperatura, Paul Bohny de Basilea, que coordinaba la toma de las fotografías contaba con la ayuda de los estudiantes, de químicas, F. van Oostroom de Zurich y de farmacia, Schürmann de Lucerna, entre otros. Se tomaron unas dos mil fotografías. El grupo en total era de 34.

La excursión más importante del viaje fue la subida al Teide.⁹³ El día 26 de abril partieron del hotel Humboldt veintiséis mulas para el transporte de personas y

⁸⁹ Véase para mayor información, González Lemus, Nicolas, *Del Hotel Martiánez al Hotel Taoro*. Búho Ed., Puerto de la Cruz, 2002.

⁹⁰ SCHRÖTER, Carl. *Eine Exkursion nach den Canarischen Inseln*. Zurich, 1909.

⁹¹ Historisch-Biographisches Lexicon der Schweiz 6 (Neuenburg 1931) Pág., 622.

⁹² Sobre las biografías de los expedicionarios, véase González Lemus, Nicolás, *Op. Cit.* 2003

⁹³ SCHRÖTER, Carl. *Op. Cit.* Pág., 34.

provisiones, barriles de agua y cincuenta mantas. Trece arrieros y delante de todos José Bethencourt, el afamado guía que ha guiado a un gran número de científicos.⁹⁴

Los excursionistas erigieron un campamento para subir al pie del Teide y a la mañana siguiente alcanzaron Altavista. Después de subir hasta la cima del cráter, el grupo pasó la noche en Altavista y a la mañana siguiente, a las 7 comenzaron el descenso.

Carl Schröter expuso en una conferencia pronunciada el día 2 de septiembre 1908 en la segunda reunión de la comunidad científica de Suiza en Stachelberg la experiencia de esta excursión al Teide, tarea que tenía que desempeñar Martin Rikli, pero, como este viajó a Groenlandia, autorizó a Schröter para que lo sustituyera.

Al año siguiente de la expedición suiza, el 5 de febrero de 1909 Jorge Víctor Pérez Ventoso, médico del hotel Humboldt presentó una instancia al Ayuntamiento de La Orotava en nombre del doctor Gotthold Pannwitz, ausente en Berlín, solicitando autorización para poder realizar estudios climatológicos e instalar en las inmediaciones de la *Fuente de la Grieta* en las Cañadas unas casetas para poder llevarlas a cabo. En sesión del 11 de febrero el Ayuntamiento acordó por unanimidad conceder autorización para que el doctor germano pudiera realizar sus experimentos. Tan pronto como se dio a conocer la respuesta positiva, el 23 de febrero se embarcó en el puerto de Hamburgo el material necesario para hacer observaciones científicas aéreas en el Teide y a continuación se embarcaría la barraca regalada por el Emperador de Alemania, el káiser Guillermo II.

Inmediatamente Gotthold Pannwitz, como presidente de la Estación Internacional Médico-Biológica, y su compatriota, el científico Hugo Hergesell, como presidente de la Comisión Internacional para la Exploración de la Alta Atmósfera, se dirigieron por escrito al Ayuntamiento especificándole los terrenos donde deseaban instalar su Observatorio y posible precio de arrendamiento, y el 18 marzo de 1909 el Ayuntamiento de La Orotava autorizaba a su alcalde para que realizara contrato en arrendamiento de 28 hectáreas de terrenos de las Cañadas por un periodo de 5 años, a partir del 1 de abril, y por una renta anual de 400 pesetas.

Las Cañadas del Teide es reclamada por los alemanes para combatir la tuberculosis, que todavía a principios del siglo XX seguía preocupando a la comunidad médica de la época. Los ingleses creyeron más en las propiedades curativas de la hidroterapia marina y en el clima de costa que los alemanes, que en su mayoría creyó más plausible la idea originada por el Romanticismo alemán, el cual divulgó la creencia de que el clima de montaña era el más saludable para combatir la tuberculosis que el de costa, idea que había tomado cuerpo porque en las gentes de las montañas no se daban casos de la enfermedad. Uno de los responsables de esta creencia fue Alexander von Humboldt. Ello condujo a los médicos y fisiólogos alemanes a establecer sanatorios de montañas como centros de tratamiento antituberculoso. Creían que la tuberculosis era una incapacidad del corazón para hacer circular la sangre por los pulmones, lo que favorecía el depósito de los tubérculos, y que en un lugar por encima del nivel del mar la presión atmosférica haría aumentar la función cardíaca y consecuentemente la circulación pulmonar. Una dieta rica y abundante y el ejercicio físico era en un principio lo necesario. Uno de los mayores defensores de estas ideas fue el médico Hermann Brehmer, el cual estableció un sanatorio en Gorbardsdorf, a 650 metros de altitud en los Alpes germanos, precisamente animado por Humboldt y otros, para la convalecencia de tísicos. Pero pronto un paciente suyo, Peter Dettweiler, fundó su propio sanatorio en 1876 en las montañas de Taunes (Falfenstein) convencido, por su propia experiencia, de

⁹⁴ *Ibidem*, pp. 33.

que más que los efectos de la altitud eran los efectos saludables del aire frío y cálido. Sustituyó los paseos por largas horas de exposición para reposo. El modelo alemán traspasó las fronteras germanas.

Así pues, en sintonía con este modelo, las Cañadas del Teide podía ocupar un lugar destacado como centro antituberculoso de montaña y para realizar experimentos la Asociación Internacional contra la Tuberculosis presidida por Leon Bourgeois, un político francés que ocupó algunos ministerios y se le concedió el Premio Nobel de la Paz en 1920, y cuyo secretario general era Gotthold Pannwitz, organizó una expedición a Tenerife en marzo de 1910 en el buque *König Friedrich August*, año en que Jorge V, de 45 años de edad, fue proclamado rey de Gran Bretaña y renunció a todos sus títulos alemanes y cambia el nombre dinástico de Sajonia-Coburgo-Gotha por el de Windsor. Ya se han efectuado importantes experimentos de fisiología en puntos elevados de montaña como en el Mont Blanc o en el Mont Rose, pero allí las estaciones son cortas y extremas y el buen tiempo es efímero. Sin embargo el clima de Tenerife, y particularmente el del valle de La Orotava, es templado, por lo que es muy apropiado para los enfermos y más aún para los convalecientes. Además, el Teide era fácilmente accesible durante todo el año. En lo que respecta a la meteorología, el mar de nubes está situado entre 1.000 y 1.500 metros, permaneciendo las zonas altas con un cielo casi inalterable. En estas condiciones, existía la ventaja de poder realizar experimentos sin interrupción entre 0 y 3.700 metros de altitud en cualquier estación y con un clima benigno.⁹⁵

El objetivo de la expedición consistía en el estudio fisiológico del cuerpo humano y su relación con el medio en una estación situada a una elevada altitud, como las diversas radiaciones solares que atraviesan la atmósfera terrestre, la incidencia del Sol y la altitud en determinados gases en los pulmones, la piel, la circulación sanguínea, y otros efectos importantes para la terapéutica de la tuberculosis. Se trataba de obtener conclusiones terapéuticas sobre la herencia, al agotamiento, el estado pretuberculoso, etc. Los experimentos fisiológicos fueron redactados por Jean Mascart en *Le Figaro* del 17 de mayo de 1910 y en la *Revue Générale des Sciences* del 15 de agosto de 1910.⁹⁶

Sus componentes eran los británicos Claude Gordon Douglas, cuyo trabajo consistía en investigar el volumen total de la sangre y su modificación según condiciones climatológicas, y el irlandés Joseph Barcroft, cuya tarea era estudiar la fisiología respiratoria; el berlinés Natham Zuntz y el fisiólogo austriaco Arnold Durig se encargarían de estudiar la alcalinidad de la sangre, la respiración bajo los efectos del Sol y la altitud; el bioquímico y fisiólogo alemán Carl Neuberg, encargado de la investigación de la materia orgánica según los efectos de la luz solar en relación con la altitud; el fisiólogo austriaco Hermann Schrötter Kristelli, encargado del estudio de la influencia de la presión barométrica en el hombre a gran altitud; y los astrónomos alemanes Karl Hermann Gustav Müller, encargado del estudio de la espectrografía solar y fotometría celeste y Erich Kron, encargado de las fotografías del cometa Halley.

Dada la pureza de la atmósfera de las Cañadas del Teide, Gotthold Pannwitz invitó al francés Jean Mascart y otros astrónomos (Plasse, Carrière, y otros) para que estudiaran al cometa Halley en la proximidad de su perihelio a su paso por Tenerife y examinar las condiciones meteorológicas y astronómicas de la zona. Levantaron su campamento en la montaña de Guajara, a 2.715 metros de altitud, la cima más alta en las Cañadas después del Teide, justo en el mismo emplazamiento en que Piazzi Smyth llevó a cabo sus experimentos astronómicos en 1856.

⁹⁵ MASCART, Jean. *Voyage a Tenerife*. Ernest Flammarion, Ed. París, 1911. Pág., 9

⁹⁶ *Ibidem*, pp., 7.

Pero las autoridades españolas vieron los trabajos de los alemanes de esta expedición como una tapadera para trabajos que iban dirigidos a otros fines y suscitó la sospecha de que se trataba de un creciente y activo espionaje alemán en Tenerife. Por tal razón, el itinerario de la expedición científica fue rigurosamente trazado por las autoridades españolas. El Presidente Gobierno de España, Antonio Maura y Montaner, recibió en 1909 informes poco favorables del doctor Gotthold Pannwitz, entre otras razones porque se había desatado un pleito judicial entre la Compañía Taoro y la *Kurhaus Betriebs Gesellschaft*, de su propiedad, por la propiedad del hotel, a raíz de 1.167.352 de pesetas que la compañía alemana debía en 1909.⁹⁷ La crispación originada por el caso del hotel Taoro desprestigió a Pannwitz en los círculos locales, tanto nacionales como británicos. Una nueva actuación suya vino a irritar a las autoridades canarias cuando averiguaron que se había construido sin autorización una caseta cerca al punto donde estaban las provisionales, probablemente ante las demoras de respuestas del Gobierno central. Al parecer la caseta la destinó a *sanatorium* para cura de tuberculosos. La iniciativa hizo sospechar más a las autoridades locales y nacionales de las auténticas intenciones de los alemanes en las Cañadas del Teide. A pesar de esa sospecha la expedición realizó interesantes trabajos científicos sobre la naturaleza del clima y el aire de las Cañadas y se sacaron las primeras fotografías del cometa Haley

Al año siguiente, en octubre de 1911 se trasladó la primera expedición científica española para ver el emplazamiento donde construir los dos observatorios en las Cañadas del Teide que se había comprometido el Gobierno de España. Después de analizar varios emplazamientos, definitivamente la comisión presentó el 1 de enero de 1912 la memoria de organización del Observatorio y el proyecto y planos de construcción de los edificios en Izaña y el 11 de julio el Ministro de Hacienda Juan Navarro Reverter envió al Presidente del Consejo de Estado el expediente sobre la concesión de un crédito extraordinario de 250.000 pesetas con “destino a la construcción de un Observatorio Aerológico en Tenerife y una Estación Aerológica en el Observatorio Central Meteorológico”⁹⁸. No obstante, las constantes crisis ministeriales y problemas administrativos iban a dilatar las obras hasta su definitiva inauguración el 1 de enero de 1916.

La siguiente de las excursiones alemanas se realizó en 1914. El día 13 de julio de 1914 el Príncipe de Ratibor, embajador de Alemania en España, se dirigió al Marqués de Lema, Ministro de Estado del Gobierno español, comunicándole que el doctor Harry Dember, profesor agregado adjunto de Física de la Academia Técnica de Deseán, deseaba trasladarse a finales de mes a Tenerife con cuatro personas más para realizar ensayos de fotometría y electricidad en las Cañadas y en el Teide durante los meses de agosto y septiembre. Además, participaban la Academia Técnica de Dresden por el Instituto de Física de la Universidad de Leipzig y la Academias de Ciencias de Alemania. Se autorizó la expedición, pero tanto los ministerios de Gobernación, Instrucción Pública y Guerra se pusieron en alerta para controlar discretamente los movimientos de los expedicionarios, máxime cuando todos los gobiernos europeos presagiaban ya el estallido inmediato de la Primera Guerra Mundial.

Una vez en el lugar, los científicos alemanes trabajaron hasta septiembre de 1914, pero ya había comenzado el conflicto bélico y el Gobierno español, para no poner en tela de juicio su neutralidad, le permitió permanecer en las casetas del Observatorio provisional de Izaña. Los alemanes regresaron a La Orotava; uno de los miembros, el

⁹⁷ Para una detallada información del conflicto del hotel Taoro, véase, González Lemus, Nicolás. *Op. Cit.* 2002.

⁹⁸ Ory Ajamil, Fernando de y González Lemus, Nicolás. *Canarias y el imperio alemán*. Puerto de la Cruz, 2002.

doctor Buchheim regresó a los Estados Unidos y Dember y el doctor Martin Uibe, otro de los expedicionarios alemanes, ante la imposibilidad de marchar a Alemania pasaron toda la guerra en los pueblos de Güímar y Vilaflor. Ambos permanecieron con toda naturalidad en la isla durante todo el curso de la guerra, como el resto de los alemanes que decidieron quedarse o incluso como aquellos que desertaron, pues a pesar de la neutralidad de España, los españoles y los canarios en particular, el ejército y cuerpos de seguridad sentían simpatía por Alemania y la causa alemana, según declaraciones de testigos directos.⁹⁹

LUCAS FERNÁNDEZ NAVARRO Y LAS ERUPCIONES HISTÓRICAS

El casino de Santa Cruz de Tenerife, presidido por Rafael Hardisson, le pidió al eminente catedrático de la Universidad Central, Fernández Navarro, que tuviera la amabilidad de dar una conferencia sobre un tema tan interesante como la geología de Las Cañadas del Teide. La tituló *El Teide y la geología de Canarias*. El geólogo español, miembro de la Real Sociedad Española de Historia Natural y catedrático de la Universidad Central de Madrid, Lucas Fernández Navarro, que había visitado la isla en el verano de 1916, se había especializado de manera tan intensiva en el estudio del Teide, y entonces era una autoridad en su conocimiento. Fernández Navarro estudió los conos del Chahorra, que empezó la erupción el 9 de junio de 1798, y duró, con intervalos, unos tres meses, producto del cual se formó las “Narices del Teide”, y el Chinyero, la última erupción ocurrida el 18 de noviembre de 1909 y que duró unos 10 días, a la altura de los municipios de Guía de Isora y Santiago del Teide, y que la publicó en un trabajo *Erupción volcánica del Chinyero (Tenerife)*.¹⁰⁰

En las sesiones del 28 de noviembre de 1916 y 21 marzo de 1917, el secretario del Casino, Rumeu Hardisson, firmaba el acuerdo de la Junta Directiva del Casino expresando al señor Lucas Fernández Navarro la gratitud de la sociedad “por haberse dignado atender el ruego que se le dirigió, cumplimentando el art. 61 del Reglamento; y en atención al mérito e importancia de su conferencia, que se imprima y reparta por cuenta de esta Sociedad”. Mención especial merece su trabajo sobre las erupciones volcánicas de Tenerife, en particular la de 1909 por ser testigo directo. Por el interés de lo narrado vamos a reproducir su comentario sobre las erupciones volcánicas:

“Relatemos ahora sucintamente las erupciones bien conocidas de las isla de Tenerife, prescindiendo de las anteriores al siglo XVI, de las que sólo poseemos noticias confusas y escasas. La de 1430, sin embargo, a juzgar por los restos dejados en el distrito de Taoro (valle de La Orotava), debió tener gran semejanza con la de 1824 en Lanzarote, salvo el fenómeno final de la emisión de agua, del que no hay indicación alguna.

La primera erupción bien conocida es la del volcán de Siete Fuentes, que tuvo lugar el 24 de Diciembre de 1604.¹⁰¹ No conocemos relato que indudablemente se refiera a la misma; pero podemos juzgar de ella por los restos de la erupción, que son dos montañitas de escorias y lápilis, de 35 metros de altura máxima (altitud absoluta,

⁹⁹ LEY, Ronald. *Rumores de espionaje*. La Laguna. 1995. Pág., 48.

¹⁰⁰ VILLALBA MORENO, Eustaquio. *El Teide, una mirada histórica*. Ministerio de Medio Ambiente. Madrid, 2003. Pág., 104.

¹⁰¹ La visita que hemos hecho a los centros eruptivos de Siete Fuentes y Fasnía, que no conocíamos de visu, nos permite rectificar aquí la opinión que acerca de ellos habíamos expuesto con duda en la página 13 de nuestra Memoria acerca del Chinyero (*op. cit.*).

2.310 metros), con cráter imperfecto, de las que salen hasta tres corrientes lávicas, la mayor de las cuales no alcanza 1 kilómetro de longitud.

Muy análogo, aunque más importante, es el volcán de Fasnía (erupción de 5 a 13 de Febrero de 1605) (lám.I, fig. 2). Le forman dos cráteres próximos de altitud relativa de unos 45 metros (altitud absoluta, 2.290 metros), entre los que al principio queda una cañada estrecha. Del más occidental, que es el menor, sale hacia el sur una corriente lávica bastante ancha, que no bajará de 1 kilómetro de longitud. Del otro cráter sale, también hacia el sur una gran corriente profundamente abarrancada, que se despeña hacia Fasnía, deteniéndose como a una legua de dicho pueblo, después de un recorrido que no bajará de 5 kilómetros. Más a levante hay una pequeña boca oval aislada, que no dio corriente y que acaso sería la que iniciara la erupción, como ocurrió en la primera boca del Chinyero.

Ambos volcanes, Siete Fuentes y Fasnía, están situados fuera de las Cañadas, pero cerca del borde externo de las mismas, a levante del Teide. Toda la cumbre lleva por aquí basaltos de aspecto reciente y lapilis pumíticos que se apoyan en otros basaltos más antiguos. Se conservan numerosos cráteres de restos, algunos muy perfectos como forma y muy importante por la dimensión; tal, por ejemplo, la Montaña de los Hurones, sobre la Cañada de las Pilas. Es indudable que por toda esta región se han superpuesto a los materiales constituyentes de la gran Caldera una serie de erupciones basálticas, modernas, cuyos últimos términos son los volcanes descritos de Siete Fuentes y Fasnía y el de Güímar, de que en seguida haremos mención. La modalidad de las erupciones de los dos primeros, a juzgar por los restos presentes, en nada se diferencia de la que caracterizó al Chinyero.

El volcán de Güímar (31 de Diciembre de 1904 a 2 de Febrero de 1705) está situado en el barranco que baja de Pedro Gil hacia Arafo, a unos 1.700 metros de altitud absoluta.¹⁰² La montaña, muy regular de forma externa, pero muy irregular en su interior, se eleva unos 90 metros sobre el suelo del barranco, al que obtura completamente. De ella una corriente muy voluminosa que a poca distancia se bifurca; la rama más importante pasa por Arafo (las casas del oeste del pueblo están edificadas sobre las lavas) y llega hasta cerca del mar (unos 8 kilómetros), siendo cortada por la carretera. La otra, más occidental, deja la villa de Güímar a su izquierda y llega hasta muy cerca de la carretera, pero sin cortarla.

Los relatos de la erupción de Güímar, como los que acaso pudieran referirse a las próximas de Fasnía y Siete Fuentes, no dicen nada que permita singularizarlas con relación a las que llevamos enumeradas en las otras islas. Parece que en la noche del 24 de Diciembre de 1704 se sintió un fuerte terremoto en todo el distrito de Güímar y de La Orotava, siguiendo los temblores con tal frecuencia que antes de amanecer se habían contado más de veintinueve, y siguieron hasta el 27 de Marzo siguiente, produciéndose 10 o 12 diarios. No sólo es notable esta frecuencia de los temblores, sino también la circunstancia de que, tanto éstos como los ruidos subterráneos, se percibían con más claridad en la ladera opuesta de la isla, en La Orotava, cuyos habitantes alarmados acampaban fuera de la villa.

¹⁰² Persiste alguna confusión entre las erupciones de Güímar y Fasnía, confusión que por lo demás no afecta en nada a nuestras conclusiones. Al volcán que ahora describimos debiera llamarse mejor de Arafo, para evitar confusión con la Montaña o Volcán, que se llama también de Güímar, y que está situado a la orilla del mar, entre las puntas de Güímar y del Socorro; éste corresponde, sin duda, a una erupción de fecha más antigua.

Hagamos de paso una observación que no deja de tener interés para la tectónica de Tenerife. Desde las inmediaciones de Pedro Gil hasta el borde mismo de la Caldera, toda la cumbre está formada por restos de cráteres explosivos llenos de bombas, escorias y lápilis. A uno y otro lado de esta arista se encuentran asimismo numerosos volcanes basálticos bien conservados y corrientes lávicas de igual naturaleza, por entre las que suele surgir algún testigo de la fonolita, en que sin duda se apoyan. Los dos valles opuestos de La Orotava y Güímar, que se comunican precisamente por la escotadura de Pedro Gil (número 8 del plano; 2.060 metros), se hacen frente en una dirección general de NW a SE. Ambos representan una depresión en el relieve general de la isla, estando limitados al W por fuertes acantilados (ladera de Tigaiga en el valle de La Orotava, ladera de Güímar en el de este nombre), siendo más borrosos sus límites orientales (laderas de Santa Úrsula y de Candelaria, respectivamente).

Tantas analogías y las demás circunstancias enumeradas, nos permiten ver en esta faja una primitiva fractura, zona de menor resistencia que atraviesa toda la isla y que pasando tangente a la caldera de Las Cañadas, se señala en el borde de ésta por la depresión de El Portillo (nùm. 3 en el plano), en cuyas inmediaciones abundan los volcanes modernos. Esta zona débil deja a levante toda la península NE de Tenerife, en que se encuentra la región de Anaga, extensa mancha de materiales antiguos a que no se superpone un sólo cráter de restos ni una corriente lávica de naturaleza basáltica. En dicha faja han tenido asiento entre las erupciones conocidas las de 1430, 1604, 1605, 1704 (¿) y 1705. Excede en actividad eruptiva esta región, dentro del periodo histórico, a cualquiera otra que consideremos en Tenerife. En ella o en el plano eruptivo del Teide, de que más tarde haremos mención (zona Teide-Teno), debe esperarse con toda probabilidad que se abran salida en su mayor parte las futuras erupciones.

La erupción que sigue cronológicamente es la de Garachico, que precedida de un gran temblor de tierra (noche del 4 de Mayo de 1706), tuvo lugar en la madrugada del día siguiente. Se localizó en Montaña Negra, lugar situado en la faldas del Teide, al NW del pico y a unos 7 kilómetros de la costa en la dirección S a N, que es la que siguió la corriente lávica.

Es la más célebre de las que han tenido lugar en Tenerife, más que por su importancia intrínseca por los daños irreparables que causó. El primer paroxismo envió *un feroz torrente de peñas y materias encendidas* que prendió la iglesia y varias casas de El Tanque y llegó hasta muy cerca de la costa, en el camino de San Pedro de Daute. A las nueve de la noche del mismo día, otra corriente llegaba al borde del enorme acantilado que domina Garachico, y precipitándose en cascada ardiente por diversos sitios, destruía casi todo el pueblo y rellenaba casi en su totalidad el puerto, único de regulares condiciones naturales que tenía la isla en su banda Norte. El día 13 del mismo mes llegaba otra corriente lávica, aún más considerable que las anteriores, derribando e incendiando lo poco que del pueblo había respetado la anterior.

El carácter de la erupción le da su corto periodo, la gran cantidad de lava que proporcionalmente se produjo y la indudable escasez de productos de explosión, pues en ningún relato se habla de proyecciones. Se dice que las lavas, sobre las que se ha vuelto a edificar la población, permanecieron incandescentes por espacio de cuarenta días.

La erupción siguiente es la más importante de las modernas de Tenerife, por el volumen de lavas producidas y ofrecer la particularidad de ser interior a la gran caldera de Las Cañadas. También es la que ha dado origen o conos de restos de más importancia relativa. Todo lo cual singulariza a esta erupción, próxima al cráter superior, diferenciándola un tanto de las otras de época histórica que tuvieron lugar en las faldas del gran cono y a distancia considerable del mismo. No tanto, sin embargo, que pueda decirse que representa una modalidad distinta, pues, como resulta de los

relatos conocidos, persiste el carácter predominantemente estromboliano de los paroxismos y el predominio de las corrientes sobre los restos de la explosión. (véanse láminas II y III).

La erupción tuvo lugar a lo largo de una grieta orientada según una generatriz del cono del Chahorra, bastante por debajo del cráter de esta montaña, que tiene su punto culminante a 3.105 metros; por debajo hay un pequeño cráter amarillento (2.770 m.); luego otro de escorias rojas, que es el mayor de todos (2.710 m.); más abajo otro de lavas negras, lámina III, figura 2 (2.630 m.), y, por último, otro pequeño e irregular (2.590 m.). La grieta se manifiesta todavía a nivel inferior por pequeños hundimientos irregulares que ya no se pueden llamar cráteres. Al W de la grieta y muy próxima a ella existe una montañita volcánica anterior, cubierta por materiales explosivos de esta erupción, que fácilmente se tomaría por un cráter más.¹⁰³

La lava histórica del Chahorra se dividió a poca distancia de los cráteres en dos torrentes; uno más oriental, que corre hacia la Montaña del Cedro y Boca de Tauce; otra más occidental, que marcha hacia el extremo de las Cañadas y llega a derramarse fuera de la caldera por una escotadura que hay frente a Guía (véanse lám. II, fig. 2, y lám. III, fig.1). Entre ambas queda un malpaís rojo cubierto de retamas, sin duda bastante antiguo. Las lavas modernas llegan en varios puntos a embestir contra la pared de la caldera, cegando las Cañadas. Desde los 2,770 metros de la primera boca descienden hasta menos de los 2.000.

En cuanto al dinamismo de la erupción, nada hay que la diferencie de las demás reseñadas. Empezó en 9 de Junio de 1798, y duró, con intervalos, unos tres meses, corriendo varias veces las lavas en cantidad enorme, rellenando en parte las Cañadas, como ya hemos indicado. La longitud de la corriente no bajó de 4 kilómetros en la rama oriental, y de 5 en la occidental; la superficie cubierta puede calcularse en unos 6 kilómetros cuadrados, con gran espesor en algunos puntos. La descripción de las erupciones no se diferencia en nada, salvo su mayor importancia; de la que hacen los testigos presenciales del paroxismo de 1909. Como entonces, las lavas no exhalan olores y es posible aproximarse a ellas sin peligro alguno.

La última erupción histórica de Canarias, la del Chinyero, en Noviembre de 1909, ha sido objeto por nuestra parte de un estudio bastante detallado (*op. cit.*), sobre el que no hemos de volver. Duró diez días, del 18 al 27 de dicho mes, sin que en este periodo se interrumpiera el fenómeno. Las explosiones fueron de poca importancia, y la corriente lávica, bastante estrecha, alcanzó una longitud de 4½ kilómetros, cubrió con poco espesor algo menos de 3 kilómetros cuadrados, dando un volumen aproximado de 15 millones de metros cúbicos. Es sin duda una de las erupciones menos considerables que ha presenciado Tenerife. A su forma de dinamismo, que en nada la diferencia de las demás reseñadas, nos hemos referido con frecuencia en los relatos anteriores.

Obsérvese que, así como un primer grupo de erupciones de Tenerife se localizan en la depresión NS a que sirven de eje los valles de Güímar y de La Orotava, las demás tienen dentro del sector occidental formado por dos líneas que, partiendo del Teide, vayan a parar respectivamente a Garachico y a Guía. A este grupo se refieren las erupciones de Garachico, Chahorra y Chinyero. Dentro de la mencionada zona, especialmente en la dirección Teide Santiago, se encuentran numerosos volcanes que

¹⁰³ En el mapa en escala 1:50.000 del E.M. del Ejército, no publicado pero del que se nos proporcionó amablemente una copia fotográfica, se señalan con el nombre de "Narices del Teide" los dos cráteres rojo y negro de esta erupción, a que los cabreros llaman en general "Montaña Nueva". Las montañas a que realmente se da en el país el nombre de "Narices del Teide" son otras dos más pequeñas y a más bajo nivel, situadas a levante y fuera de las lavas de épocas históricas.

por el estado perfecto de conservación de los aparatos explosivos y lo fresco de sus respectivos malpaíses denotan una edad muy reciente.

Esta zona representa sin duda el plano eruptivo o de menor resistencia del Teide, en el que por la gran altitud alcanzada (3.706 metros) no son ya probables las erupciones terminales. El gran volcán se alzó dentro de la vieja caldera de las Cañadas, más cerca de su borde septentrional, y pudo muy pronto rellenar con sus lavas la depresión, rebasar las paredes externas de la misma y tenderse hacia el NW en una superficie seguida de forma cónica. Este inmenso malpaís llegó hasta el mar mismo por las regiones de Garachico al Norte, y de Chío al oeste, pero fue detenido al NW, desde Puerto de Santiago a Santiago, Los Silos y Buenavista, por las intrincadas montañas que constituyen la región de Teno.

Esta región, sin un sólo cráter conservado, es idéntica en topografía y composición petrográfica a la de Anaga, que hemos señalado en el NE de la isla. Representa, como ella, los materiales más antiguos de Tenerife, no recubiertos por las erupciones posteriores. Y así vemos cómo las dos zonas en que se localizan todas las modernas erupciones son precisamente las dos comarcas menos resistentes, que separan los materiales más antiguos del gran macizo edificado por las erupciones del cráter de las Cañadas primero y del Teide y sus dependencias después.

Se esbozan asimismo claramente cuatro épocas eruptivas bien reconocibles en Tenerife, que son, a partir de la más antigua, las siguientes:

1.^a Emisión de las rocas de Anaga y Teno, de naturaleza volcánica, pero ya sin restos de aparato explosivo reconocibles.

2.^a Formación del inmenso cráter de las Cañadas (unos 60 kilómetros de contorno) ligeramente oval, masa principal de la isla.

3.^a Erupciones interiores a la caldera, que han constituido dentro de ella el cono del Teide y han recubierto los materiales del segundo periodo en el sector NW.

4.^a Erupciones modernas, generalmente exteriores a la caldera, localizadas, sobre todo, en las dos zonas de menor resistencia que anteriormente hemos señalado.

Se comprende que lo dicho no son más que líneas generales y que el desarrollo de estas ideas sería labor muy larga, a la que tampoco me autoriza mi conocimiento incompleto de la isla. En el presente trabajo nos hemos de concretar al estudio de algunos materiales del último periodo, para ver si de sus conocimiento podemos deducir consecuencias que nos permitan limitarle con cierta precisión, tanto para Tenerife como para las otras islas, La Palma y Lanzarote, dotadas de volcanes activos”.

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ALPINISMO EN EL TEIDE

Precisamente Lucas Fernández Navarro era miembro de la Real Sociedad Española de Alpinismo. Esta sociedad se fundó en 1913 bajo el nombre la “Asociación Peñalara: Los doce Amigos”, cuyo nombre se basaba en la cumbre más elevada de la sierra de Guadarrama y en su número de integrantes, doce amantes de la naturaleza, la montaña, y el deporte que durante mucho tiempo dio en llamarse Alpinismo, siendo su primer presidente hasta 1.916. Uno de los fundadores de la Real Sociedad Española de Alpinismo (R.S.E.A) en 1913, su primer presidente hasta 1916 y primer director de su revista *Peñalara* hasta 1925 fue el jurista y sociólogo Constancio Bernaldo de Quirós (1873-1959). En 1923 publicó tres libros capitales para el montañismo español. Abogado de profesión, recibe enseñanzas de Francisco Giner de los Ríos, fundador a su vez de la Institución Libre de Enseñanza, quien le introduce en su visión de la

naturaleza como fuente de educación. Con la II República en 1931 colabora en una comisión para analizar el proyecto de reforma agraria y fue jefe del Servicio de Política Agraria dependiente del Ministerio de Trabajo. Exiliado desde 1939, ejerció como docente en las universidades de Santo Domingo, La Habana y México.

Al año de su fundación, la R.S.E.A ya publicaban con periodicidad mensual la revista *Peñalara*, primera y única en España dedicada exclusivamente a la montaña y que desarrolla desde entonces su andadura hasta nuestros días. Así, durante sus ochenta y cinco años de vida, *Peñalara*, sólo interrumpida por la Guerra Civil, dio a conocer la naturaleza en general y la montaña en particular a todo aquel que se quiso acercar a tan fascinante medio. En 1921 el Rey Alfonso XIII, que ya era Presidente Honorario, confirió el título de Real, título que fue despojado en la II República y recuperado tras la guerra civil.

Pronto la prestigiosa sociedad alpina madrileña comenzó a animar a sus socios para que emprendieran excursiones al Teide, una montaña que permanentemente estaba en las páginas de su revista.¹⁰⁴ De ese modo, en el año 1923 realizó una excursión al volcán Joaquín Gómez de Llarena, en 1926 Eduardo Alfonso y singular mención fue la que realizaron los asistentes al XIV Congreso Geológico Internacional celebrado en Tenerife los días 12 y 13 de mayo de 1926.

La Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial apartan al Teide de los primeros planos de la ciencia internacional. Los estudios geológicos sobre el Teide y las Cañadas aportarán los datos necesarios para elaborar una nueva teoría sobre la formación de calderas y valles en islas volcánicas.¹⁰⁵ Según Villalba Moreno, hoy, esa teoría, ya forma parte de los libros de vulcanismo. Hasta los años sesenta, la hipótesis dominante atribuía la formación de la caldera de las Cañadas al hundimiento de la parte central de Tenerife. En 1962, el geólogo canario Telesforo Bravo, publicó un artículo en el que atribuía su formación a un enorme deslizamiento que descabezó la cúpula central de la isla de Tenerife; su cicatriz fue un gran valle en forma de herradura que desaguaba en dirección a Icod de Los Vinos.¹⁰⁶ Aunque la idea fue rechazada por la mayoría de los vulcanólogos, las investigaciones posteriores de otros geólogos como los de J. Coello, que obtuvieron sus datos estudiando las galerías perforadas en toda la isla para obtener el agua subterránea y los del geólogo J. M. Navarro para los planes hidrológicos, aportaron suficientes datos para avalar la teoría de los deslizamientos gravitacionales como el origen de las Cañadas y, también, de los valles de Güímar y de La Orotava.¹⁰⁷ Sus ideas fueron confirmadas en los años noventa por los estudios oceanográficos de los fondos marinos canarios a cargo del buque científico *Hespérides*. La topografía submarina revelaba la existencia de enormes abanicos de rocas de centenares de kilómetros cúbicos, procedentes de las islas. La concordancia de los datos submarinos con los terrestres validaba la teoría y el Teide como antaño, ha vuelto a estar relacionado con un nuevo e importante capítulo del libro de la historia de la ciencia. No ha sido un hecho excepcional, el mítico volcán sigue siendo objeto de numerosas investigaciones científicas en diversos campos del conocimiento, y su nombre continúa vinculado al saber.¹⁰⁸

¹⁰⁴ Véase Fernández, Joaquin y Pradas Regel, Rosa. *Historia de los Parques Nacionales Españoles*. Ministerio de Medio Ambiente. Madrid, 2000.

¹⁰⁵ Villalba Moreno, E. *Op. Cit.* Pág., 8.

¹⁰⁶ *Ibidem*.

¹⁰⁷ *Ibidem*.

¹⁰⁸ *Ibidem*.

En el siglo XX se van a desarrollar algunos aspectos socioculturales y económicos que van a marcar el Teide por muchas generaciones. Cabe reseñar en estos momentos en qué medida influyó sobre los isleños las frecuentes visitas de extranjeros a Canarias por el Teide.

La ausencia de expedicionarios y viajeros españoles en las islas, como hemos podido constatar a lo largo de esta exposición, nos indica que la corona española había vivido de espaldas al Teide. No debemos olvidar, que frente al elevado número de expedicionarios, naturalistas y viajeros extranjeros que visitaron la isla para subir al Teide, apenas existió alguna nacional destacable, ya fuese oficial o individual. Lo mismo sucedió con el isleño. George Glas apuntó en 1761 que salvo los «extranjeros y algunos pobres de la isla que se ganaban la vida recogiendo azufre», los naturales de Tenerife se interesaban muy poco por el Teide. Aunque el creciente interés despertado en los europeos por el volcán sirvió de estímulo para que algunos isleños se fijaran en él, en general, el desinterés se proyectó hasta bien entrado el siglo XIX. Samuel G. W. Benjamin, escritor, ensayista, diplomático y colaborador de *Illustrated London* que visitó Tenerife en el año 1876, afirmó que el número de personas que durante el año subieron al Teide fue como una docena, y que la mayoría fueron viajeros venidos del extranjero expresamente con tal propósito. Contundente fue también Nicolás Estévez cuando afirma en 1863 en *La Ilustración de Canarias*:

Muchos extranjeros han subido hasta la cima del Teide; y cuando en el verano llegan a Tenerife barcos de guerra ingleses, puede asegurarse que sus oficiales organizarán excursiones. En cambio, los hijos del país han realizado tan pocas que saben y las recuerdan todas, existiendo muchas personas en Canarias que han trepado a las crestas de los Alpes y recorrido gran parte del mundo sin haber pensado jamás en visitar el Teide.

Esta despreocupación de los canarios por el Teide también se proyectó hasta la primera mitad del siglo XX. Detengámonos en las palabras elogiosas de George Busch, miembro de la Sociedad Alpina alemana-austriaca cuando visitó la isla para ascender al Teide en septiembre de 1924, y cómo su final corrobora lo que venimos afirmando:

el Teide se eleva de una manera fantástica hacia el firmamento. No es posible apreciar su sin igual belleza desde lo bajo. No; porque así no se comprende el verdadero concepto de su grandiosidad. Es necesario atravesar la inmensidad de las dantescas Cañadas con su abrupta formación; escalar el coloso, y al alcanzar la cúspide encontrarse súbitamente bañado por los primeros rayos de Sol naciente, contemplar el azul indescriptible de su sombra que se extiende al infinito cubriendo islas, cielo y mar; es preciso admirar la esplendidez de los puros e intensos colores que rodean la puesta de Sol, para que penetre bien y eternamente persevere en el alma de todo ese cúmulo de bellezas.

Los que conocemos los Alpes, la Sierra Nevada, los Apeninos y hemos admirado las sorpresas del Vesubio, podemos afirmar que no hay nada que iguale al Teide.

el Teide es único e incomparable.

Es lamentable que los hijos de este país no hayan aún comprendido la enorme riqueza que tienen en el Teide.

Quizás la imagen tenebrosa, que provocaba pánico entre los aborígenes canarios, perduraría entre los naturales bastante tiempo; probablemente la familiaridad del volcán entre los isleños, o la misma sensibilidad religiosa, pudieron ser las razones que explica ese desinterés.

Sin embargo, la atracción por el Teide entre los navegantes, viajeros y turistas extranjeros fue tan grande que despertó la admiración de parte de la población local por un elemento del entorno local que no había sido apreciado hasta entonces. El Teide ha servido de inspiración a numerosos escritores y viajeros extranjeros durante siglos, contando de ese modo con varias miles de páginas en la historia literaria. Muchos de esos escritos son figuras poéticas en las que el clima, el paisaje y su singular belleza han convertido el lugar en una geografía literaria. El Teide exhibía un conjunto de bellezas naturales tan singulares que lo convirtió en un lugar de moda durante los siglos XVIII y XIX. La afluencia de tales visitantes extranjeros despertó la conciencia y apreciación por el Teide entre algunos de los naturales isleños.

Especial incidencia tuvo en la plástica insular a partir del siglo XIX. En este siglo algunos pintores se apropian de la idea esteticista foránea para incorporarla a la estética paisajística canaria. Durante siglos el Teide tuvo poco protagonismo en la plástica canaria, consecuentemente no es extraño que en la historia de la pintura canaria su presencia haya sido escasa y en algunos casos anecdótica. Por ejemplo, en el siglo XVIII aparece en el fondo del cuadro *Patricio Murphy Meade* de Luis de la Cruz y Ríos. Pero en el siglo XIX pintores como Alejandro Ossuna y Saviñón o Gumersindo Robayna, se ocuparon de la montaña. El portugués Álvarez Rixo con algunos dibujos y los británicos residentes Alfred Diston y Charles Smith también participan de este tímido acercamiento al Teide. En las primeras décadas del siglo XX existe una ruptura más acentuada con ese desinterés por el Teide. Según Fernando Castro Borrego, serán los surrealistas quienes rompieran el tabú de la invisibilidad del Teide en pintura. Según él, sus visiones de la montaña y el paisaje canario modificaron el modo en que los canarios empezaron a percibir, y a valorar estéticamente, la geología volcánica de las islas. Podemos ver claramente, que Francisco Bonnín, como su contemporáneo Manuel Martín González, había iniciado por aquel entonces un sistemático acercamiento a la montaña.

Hoy en día, los máximos representantes de la plástica en Canarias participan de esa atracción por el Teide y en general por el paisaje volcánico insular, siendo algunos de sus máximos representantes Juan José Gil, Carlos Tatafiore, Gonzalo González, Carlos Matallana y Pedro González.¹⁰⁹

Nicolás González Lemus
La Orotava, enero del 2004

¹⁰⁹ Para más información, véase “El volcán invisible: reflexiones sobre la imagen del Teide en la pintura y la poesía canaria” de Fernando Castro Borrego en el catálogo de la Exposición *El Teide, Representación e Identidad*, 2003. Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, 2003.

